

CASTELAR, EMILIO (1832-1899)

ERNESTO

(Novela original de costumbres)

I

Hermosas son las noches del estío, cuando la luna huella los cielos coronada de estrellas, y el aura pronta a obedecer sus mandatos, confía celestes secretos al cáliz de las flores, cuyas aromas se pierden en la inmensidad como las oraciones del alma dolorida.

Hermoso cuadro presentan las poéticas orillas del Mediterráneo en uno de los rincones del florido reino de Valencia. El sol, al dormirse sobre las olas deja una cinta de fuego, recuerdo de sus amores, el horizonte ostenta sus galas, semejante a un hermoso árbol cargado con las perlas del rocío, las hojas del azahar caen como lluvia de plata sobre el verde césped, y juegan cual inocentes ilusiones en alas de los vientos, y la palmera se eleva al cielo, dejando caer sus lánguidas ramas a la tierra, para contarle los secretos de las nubes, que han dormido en su dorada copa.

Este cuadro no es el cuadro inanimado del artista, hay murmullos, que embriagan el corazón, armonías que llevan el alma a los pies de su creador. Murmura el mar, suspiran los cielos, y canta la campana de una sagrada ermita. Horas deliciosas, que hicisteis llorar a Byron; vosotras hijas de la imaginación del Eterno, sois el lejano eco de su lira y el pálido reflejo de su gloria.

II

Era de noche...

Tengo que continuar en mi descripción, y voy a cansarte, amado lector, sin embargo, si has recorrido la huerta de Alicante, si has visto sus innumerables palacios, sus floridos jardines, sus bosques de naranjos, su cielo siempre azul, su mar siempre de color de cielo, no extrañarás mis descripciones.

¿No te has parado jamás a contemplar una blanca casa, modesta en medio de tanta opulencia, sencilla entre tan desvariado lujo? En una noche de luna (no olvidéis que ilumina la luna mi teatro) en medio de un verde bosque, a orillas del mar, parece la paloma torcaz, que duerme en su nido de palmas.

En el reloj de la aldea de San Juan suenan las doce. El campo está solitario. Qué hermosa hora para el amor, que busca las sombras, porque es misterioso, y la soledad, porque es infinito. La puerta de la modesta casa se abre, y una mujer vestida de blanco se dirige a la orilla del mar, cual una de esas gasas vaporosas, que disipa el débil rayo de la blanca luna. Tres circunstancias propias de toda novela, la hora de la noche, la soledad y la mujer vestida de blanco. Sin embargo, mi novela no es novela, es historia, ¡Ojalá no fuese tan verdadera!

III

María, tal es el nombre de la blanca dama, se detiene en la orilla, y se sienta silenciosa en un peñasco. La luna envidia su hermosura. Rubio el cabello parece los trémulos rayos de la estrella de la mañana, pálida la color, pero con esa palidez mística de las rosas blancas, da a sus perfectas facciones un tinte melancólico que embelesa el corazón, sus ojos tienen algo de divino, la sonrisa que en sus labios vaga, es el matiz ideal de la esperanza; el que la ve la admira, el que la contempla la ama; porque encierra compendiadas todas las perfecciones, con que Dios ha dotado a la mujer para arrastrar tras sí el orgulloso corazón del hombre. María mira la vasta extensión del mar. Si observáis su blanca bata, veréis que respira fatigoso su pecho, y que late violento el corazón. La esperanza es un dogal que nos ahoga, la esperanza juega muchas veces el papel de traidor en la churrigueresca tragedia de la vida humana. ¡Cuántas veces nos engaña! Es un prospecto y como todo prospecto, jamás se cumple.

IV

Allá a lo lejos se ve una barca que vuela sobre las ondas como la golondrina, al cruzar los mares. En ella descansa un joven, de hermosísimas formas. Es un tipo árabe; moreno como buen hijo del sol, de ojos rasgados, vivos y negros, de blancos dientes, que se dibujan perfectamente sombreados por un ligero bigote rizado sobre unos labios, cuyo color envidiaran las flores del granado, espaciosa frente que refleja alma noble y elevada, y negro cabello que cae en desorden, pero, con gracia, completan su varonil y hermoso rostro. Rema con languidez, y sin embargo, la barca hiende presurosa las olas. Sus ojos ya se fijan en el firmamento, ya se convierten al mar. Todo está tan hermoso, las plateadas estrellas se dibujan en el espejo de las aguas, de modo que si un cielo flota sobre la cabeza del joven, otro cielo se extiende bajo la quilla de su ligera barca. En el éxtasis con que contempla la naturaleza, en el recogimiento con que escucha sus rumores, se echa de ver que el joven es poeta, que pertenece a esa raza de ángeles destinados a consolar a la tierra, y a elevar al hombre. Por eso en todo ve ilusiones y amores. Por eso las armonías de los astros en sus círculos de luz, las palpitations de las olas, el vago rumor de las brisas que arrancan sonidos a la veleta del campanario, y cánticos a las hojas de los árboles, las nubes que se disipan, los insectos que brillan, el trasparente horizonte, presentan a su alma delirios del amor en que se abrasa naturaleza, y su ser se abisma estático en aquel océano de revelaciones divinas.

V

Desde que la barca ha aparecido, María está arrodillada. Invoca a la Virgen, y ruega que ni viento enemigo, ni enemiga honda combatan aquella barca. Entonces la luna palideció. Diz que fue de envidia, y despecho al verse precisada a iluminar aquel rostro tan encantador, aquellos ojos tan divinos. ¡Pobre mujer! Siempre te pintan agujonearla por el orgullo, cuando eres toda modestia, siempre embebida en ti misma, cuando si de ti te acuerdas, es para embellecer la vida del hombre, y si te adornas es sin duda para divertir su gusto; todos los noveleros han dado en sacar negros colores de su paleta, y en trazarte hermosa, pero vana; amante, pero egoísta; sensible, pero veleidosa; compasiva, pero coqueta; en fin, mujer, Dios mismo que te ha creado, no te conociera si semejantes cuadros contemplase. Yo que veo en la mujer la sensibilidad ahogada por el despego del hombre, el amor amargado la poesía disipada por el poder de sus tiranos; yo digo que la mujer es la única flor que esmalta el desierto de la vida. Pero pido también condiciones, si esa flor, no es de hermosos colores, y de suave aroma, estoy porque se le de su verdadero nombre, es decir, *abrojo*. Me explicaré, estoy por que la mujer sea hermosa y buena, su hermosura es su cáliz, y su bondad es su aroma, solo así puede ser flor. María era buena y hermosa, ya lo veremos.

VI

La barca arriba a do María estaba, y el joven salta presuroso a tierra.

-¡Ernesto!

-¡María!

A esto siguió ese silencio amoroso que nada dice y que es un poema, cuyos cánticos son infinitos.

VII

-¡Cuánto has tardado!

-Oí las doce, desamarré mi barca, y me lancé al mar, a buscarte María, a sentir tu aliento refrescando mis agitadas sienes, a adorarte con todo mi corazón.

-¿Qué fuera de mí sin ti? Cuando oigo tu canto, Ernesto, por las tardes, cuando te veo cruzar las olas mi alma te sigue como el viento que agita tus velas.

-Si, y yo te veo también. Si el mar está en calma y rizado por el soplo de las brisas, me parece ver tu corazón amoroso, tranquilo, henchido de amor; si suspira el viento, al rozar los costados de mi barca, te oigo suspirar con amoroso suspiro; si la blanca gaviota extiende sus alas, rozando con su cuerpo las espumas, veo en ella tu pensamiento que me busca, tu recuerdo que me bendice, y cuando al caer la tarde en el desierto cielo, aparece la primer estrella, la saludo cual si fuera un rayo de tu mirada.

-¡Qué hermoso está el cielo, y cuantas veces ha contemplado nuestra dicha! Este campo y ese mar están unidos a nuestro corazón.

-¡Ay!

-¿Suspiras?

-No, no tengo nada. Pensaba en la posibilidad de nuestra separación.

-¿Separarnos? La muerte tan solo puede separarnos.

-¡Ah! No temo a la muerte, porque nos heriría a ambos de un solo golpe, temo a los vaivenes de la vida.

-En la vida, ¿quién tendrá poder para arrojarnos al uno lejos del otro? Preguntó María.

-La suerte, contestó Ernesto.

-No temo a la suerte, mientras puedas con valor hacerle frente.

-¡Hacerle frente! ¿No sabes que es más poderosa que el huracán, y más despiadada que la tormenta?

-¡Pero la voluntad que nos une!

-¿Y qué hago yo aquí, pobre joven? ¿Qué porvenir me espera en esa estrecha isla de Tabarca? Yo quiero mundo.

-¡Qué mas mundo que nuestras riberas sombreadas de palmas! -Quiero anchura.

-¿Aún te parece estrecho ese mar?

-Anhelo un premio.

-¿No te basta mi corazón?

-Pero desearía que al pasar por las calles deslumbraras a todos con tu riqueza, y mi deseo no puede cumplirse sino a costa de nuestra separación.

-Me basta para mi adorno las rosas que tu me traes.

-¡Ay! y volvió Ernesto a suspirar.

-No me amas, Ernesto, cual te amo yo. Este campo es para mí el paraíso, porque te veo alguna vez vagar en su llanura. Cuando pienso en el cielo lo comparo a ese mar, porque alguna vez desde mi ventana veo aparecer a lo lejos las velas de tu barco.

-Escúchame. Yo siento aquí en mi frente un fuego que me devora, fuego que se convertiría en suavísima luz, si lo alimentase otra atmósfera.

-¿Con qué mi amor nada vale?

-Sí, sí, tu amor es la sangre de mi corazón. Pero mi ambición sólo puede llenarse en Madrid, allí donde el poeta es oído con entusiasmo, donde todos a porfía tejen coronas para sus sienes, donde la riqueza es el premio de sus versos, allí que habita la inteligencia debe la juventud encontrar el teatro de sus triunfos. Mis canciones aquí son las hojas de la palmera del desierto, que el viento se las lleva.

-¡Los escucho yo con tanto amor! Ni el canto del ruiseñor en la espesura es tan grato para mi oído como el eco de tus cantares.

-Le he escrito a mi tío; pidiéndole asilo en su casa.

-¿Vuelves a tu idea de abandonarme?

-No, sino para volver pronto cargado de triunfos, a depositar a tus pies mi corazón y mi vida.

-¡Madrid! No sé por qué me horroriza ese nombre. ¡Madrid, Dios mío, cementerio de tantos corazones! Pero no quiero atarte con grillos, ni a tu suerte oponerme.

-María; ángel de paz en mi desolada vida. Tú seras mi estrella en el mundo; como son tus ojos mi inspiración y mi vida.

- ¿Me olvidarás?

-¡Olvidarte! Jamás. Mi tío está en Alicante; pronto puedo saber su contestación. Si dentro de un año no me ha sonreído próspera fortuna; volveré, tenderé mis redes; y los peces que en ellas se prendan nos servirán de alimento; de palacio una choza a orillas del mar; y de lecho las hojas que a los árboles arranque el viento del otoño. Pero si logro fortuna; María, el mundo entero ha de envidiarte.

-Me parece más halagüeña la desgracia.

-De cualquier modo la felicidad será mi corona, y tú María, tú mi eterna compañera.

-¡Ernesto!

-Te lo juro por mi corazón; por el Dios que se oculta tras ese azul firmamento.

Y Ernesto voló a su barca; y voló en los mares cual el viento.

María lloraba.

VIII

A imitación de la Biblia haremos la genealogía de nuestros héroes. María era hija de un comerciante alicantino. Su padre era viudo y sin embargo era muy desgraciado. Eso prueba que el arancel de la felicidad es muy difuso y complicadísimo. Decíase en la plaza que sus negocios iban de mal en peor. Honradez a toda prueba no es parte para medrar en el comercio. Tal creemos, después que hemos visto la corona del pueblo entregada a los especuladores. Ved, sino como arrancan uno a uno sus diamantes y los empañan con su aliento; para que los míseros desposeídos no los estimen de subido precio. ¡Cuándo sonará el día de la reparación! No soñemos; aunque la esperanza a despecho de la descreída conciencia, se levanta gozosa en nuestra alma.

IX

Ernesto hijo de un gobernador de la isla de Tabarca. Su madre era muy hermosa, pero se levantó un día de buen humor, y tomó las de Villadiego, con un francés, que pasaba a la Argelia. El padre de Ernesto, como si le hubiese caído el premio grande, convidó a todos sus amigos de Alicante a comer, y a vagar por la Isla. A la noche siguiente Ernesto fue llevado por su padre, en celebridad de tanta dicha, al teatro, y vio el Trovador. Ernesto a los diez y nueve años se acordaba de la escena del desafío; pero no se acordaba de su madre huida el día antes. En los tiempos en que para la acción de esta novela, Ernesto tiene veinte años. Su madre era muy joven cuando huyó. No se ha podido averiguar quién tuvo la culpa de tamaño entuerto; si el marido o la mujer. Yo lo consulté con un juez, que había oído la demanda de divorcio entablada un año antes de la fuga.

Y me contestó: oí a los abogados de ambas partes. Después del discurso del abogado de ella, saqué en limpio que la mujer era una santa mártir, y el marido un Lucifer; y después de oído el discurso del abogado de él saqué en claro que el marido era un san Estéban y la mujer un Asmodeo. Apeló a otras informaciones en tal discordia, y como ambas partes influyeron en el asunto con su bolsillo particular nada se pudo poner en claro.

-¡Oh santa, tres veces santa Jurisprudencia! Tu eres la ciencia de la ciencia. Tus prosélitos en España son más numerosos que las arenas del mar. No en vano dijeron los antiguos que eras la ciencia universal. Exclamé yo entonces. Decíase que una mujer misteriosa

vestida de negro seguía siempre desde lejos a Ernesto, sin que Ernesto de ello se apercibiese.

X

Hemos oído que Ernesto en su conversación con María ha contado con su tío, del cual dependía su ansiada partida para Madrid. Este era uno de esos entes singulares que Dios echa al mundo tal vez en un momento de mal humor. Su físico andaba en armonía con su moral; veamos su físico. Era pequeño; y tan pequeño que degeneraba en enano. Su saliente espalda llevaba la carga de una pesada joroba, donde se hundía como maldecida su diminuta cabeza. Dios le había quitado un ojo, el otro era bizco; arrastraba una pierna y su melliza podía competir con los arcos de herradura; rematando ambas con unos pies hinchados y descomunales. Se me olvidaba decir que no tenía cejas y su frente era una cinta rugosa apergaminada. Por escudo de armas ostentaba una descomunal nariz, con la cual podía muy bien medirse de arriba a abajo su brevísimo cuerpo. Cuando hablaba escupía como la víbora una saliva asquerosa. Cuando miraba hería como la serpiente. Pero usaba a las mil maravillas sus monstruosos órganos. Corría cojeando, sin cansarse aunque tuviese que atravesar largas distancias; con su único ojo orlado siempre de legañas, atisbaba lo que quizá no atisbaría el más práctico; vencía a la naturaleza, para él tan despiadada, con maravilloso arte. Veamos su parte moral: era lo más infame, lo más degradante que se puede ser en el mundo. ¿Ladrón? No. ¿Asesino? No. ¿Usurero? Sí. Se llamaba don Braulio... Evitaremos mientras podamos citar apellidos por prudencia.

XI

Hemos oído la conversación de María y Ernesto. No la olvidemos. Al día siguiente don Braulio entraba en el gabinete del padre de María.

-Buenos días, don Pedro, dijo.

-Felices, contestó con sequedad, don Pedro.

-Sé el estado de vuestros negocios.

-Sí, sí, ya estoy informado.

-Vengo a salvaros. Me ha hablado en vuestro favor un comerciante, y yo tengo unas entrañas que no puedo presenciar indiferente la desgracia.

-También de vos he oído hablar.

-Ya sabréis que soy el Hipócrates del comercio, y que mi caja es el panacea universal.

-Lo sé, contestó amargamente el padre de María.

-Habládme, que os escucho. Sólo por serviros podía yo haber venido desde Alicante a la huerta en día de tanto calor.

-Necesito pagar mañana una letra ya vencida, dijo Don Pedro.

-¿De cuánto?

-Para que veáis cuan apurada es mi situación, de sesenta mil reales, y no puedo reunirlos

-¡Eso es una vagatela! Firmadme un recibo de ciento veinte mil reales; hipotecadme cualquier finca que los valga y todo está concluido.

Don Pedro miró espantado a su horroroso interlocutor.

-¿Os espanta mi proposición?

-No: que me repugna.

-He ahí las cosas del mundo. Os estáis ahogando; mañana quedaréis afrentado, sin honor, sin crédito, y os atrevéis a insultar al que viene a salvaros.

-No; me repugna el hombre que explota el infortunio de otro hombre; el hombre que roba con la cuchilla de la ley en la mano; el hombre que vive y medra con la desgracia de sus hermanos.

Y en verdad que es bien espantosa la usura: cáncer que devora las entrañas de la sociedad. Esos traficantes de la desgracia humana; esos seres despiadados que cual manada de buitres, olfatean los cadáveres; beben las últimas gotas de sangre, que le queda al pobre; son el azote de toda ciudad; de todo pueblo. No hay familia que no pase bajo sus horcas caudinas; no hay desgracia que no se remedie con ese dinero espantoso, que agota hasta la esperanza en lo porvenir, que devora hasta las fuerzas del pobre. ¡Cuántas veces el triste jornal pitado a costa de sudores, y fatigas; el jornal que debiera saciar el hambre de una familia desamparada; va a parar a las arcas de un avaro; que se recrea en contemplar el amarillento oro; sin escuchar los lastimeros quejidos de los infelices; que mueren de frío y de miseria! Y aquel jornal no es suyo, no; aquel jornal es el producto de un monstruoso interés arrancado a un náufrago en el momento de ahogarse en su desgracia.

El bueno de don Braulio, que tenía todas las tretas de un práctico usurero, se dirigió a la puerta murmurando.

-Puesto que desprecias mis servicios...

-Deteneos, que no es mi situación para dilaciones. ¿No rebajáis nada de ese monstruoso interés?

-Nada; porque es bien módico. Solo os exijo el doble.

Los dientes de don Pedro rechinaban con reconcentrado furor.

-Tomad: dijo con despecho dándole un recibo.

-¿Qué finca tenéis libre de hipoteca?

-Esta en que estáis.

-Veámosla, y ahora mismo vendrá el escribano.

XII

Examinó escrupulosamente la finca, pero donde se detuvo admirado aquel informe hombre, fue en uno de los cenadores del jardín, no para mirar sus enredaderas cargadas de flores azules, sino para contemplar a la hermosa María que limpiaba una jaula, do aprisionado se hallaba un pintado colorín.

Era aquel hombre entusiasta por el bello sexo. Desprovisto de belleza ardía por la hermosura; pero ardía en ese fuego de los sentidos que la marchita y la devora. Su amor era la lava del volcán, que cae sobre las blancas azucenas y mancha su cáliz, y las reduce a cenizas.

Desgraciada, infeliz la mujer que se viese precisada a caer a los pies de aquel ente asqueroso y repugnante. Sería juguete de sus vicios, y se vería precisada a recibir sus inmundas caricias. Al volver al gabinete de don Pedro, exclamó: Hermosa es vuestra finca; pero es más hermosa vuestra hija. Aquel elogio produjo una invencible repugnancia en el corazón de aquel buen padre.

XIII

El escribano de Muchamiel, pueblo de la huerta de Alicante esperaba en el gabinete, y dio fe de que don Braulio prestaba a don Pedro ocho mil duros.

XIV

Al salir volvió a ver el usurero a María. Su ojo centelleaba al mirarla, y se enardecía su sangre. Salió trastornado, y casi perdido él por la hermosa hija de su deudor.

-¡Bella es la muchacha! dijo al escribano.

-Con V. emparentará.

-¿Cómo?

-Diz que se casa con su sobrino de V. Ernesto.

-Me alegro; dijo reprimiéndose el usurero.

-Adiós, señor escribano, me voy a Alicante.

-Agur, señor don Braulio, me voy también a Muchamiel.

XV

Don Braulio pronunció para sí este monólogo.

Esa muchacha me conviene. Pardiez que es hermosa. ¿Qué importa que quiera a mi sobrino? Es verdad que él tiene veinte años y yo cuarenta, que Ernesto es hermoso y gallardo, y que yo soy feo y corcovado; pero tengo dinero. Gracias a Dios me hallo soltero. ¡Qué labios! ¡qué cuerpo! ¡Qué garganta!... Ocasión se me presenta de deshacerme de mi rival. Mañana le digo que mi casa de Madrid está a su disposición. Y él está ardiendo en deseos de ir a Madrid. Como es tan loco cree que allí se encuentra la felicidad y la riqueza. Y no sabe que mientras yo aquí le arranco la única dicha que podía ansiar, él allá recoge la amarga cosecha del desengaño. Después se tirará al mar si está aquí, o al canal si permanece allá, y *requiescat in pace*. ¿Pero con qué cuento yo? Cuento dinero. Su padre está arruinado. Y una alegría salvaje como siniestro relámpago iluminó las facciones de aquel hombre.

XVI

El sol descendía majestuoso a reclinarse en las ondas. Ernesto contemplaba silencioso el horizonte. En su imaginación volaban esos cantos que no tienen ni palabras ni sonidos; que no pueden revestirse con el ropaje de las formas, y que son sin embargo los ensueños más dulces del poeta. Mecido por las ondas, criado en aquel peñasco, delante siempre del mar, su alma se abría gozosa para recibir todas las armonías de la naturaleza: música encantadora, a cuyo compás entonaba Ernesto sus suaves y mágicos cantares, ¡Cuántos pensamientos te revelaba el mar! Tranquilo, azulado juguetea con las brisas, ciñéndose

diademas de espumas; tomando celestiales esmaltes para enamorar al céfiro que cargado de aromas le envían como regalos los valles y las florestas. La cigüeña revolotea sobre sus ondas como si hubiera nacido en un nido de perlas; el colorín canta en la orilla mostrando el coral de sus plumas, y la golondrina atraviesa la inmensidad como una cinta de alga arrastrada por el viento. Entonces Ernesto cantaba el amor, las ilusiones que sorprenden el alma, los hechizos de un entrecortado suspiro, el celeste rayo de una mirada que deslumbra al corazón, la fe de los amantes, sus armoniosas palabras, y sus celestiales esperanzas. Pero cuando retumbaba el trueno, llenando con gigantesca y ronca voz los espacios infinitos; cuando el huracán desatándose de las nubes azotaba los mares que se dolían quejosos, rugiendo cual calenturiento león; cuando el sol apagaba su luz en la sombría bruma de las negras nubes, y el relámpago, semejante al triste destello de funeral antorcha tendía su pálida luz por los abismos, Ernesto adoraba a Dios; y enmudeciendo se postraba en la orilla para escuchar el eco de su poesía, de esa poesía divina que envuelve en el abatimiento al cuerpo, y engrandece y vivifica el alma.

Ernesto

Sin embargo, Ernesto, poeta de la naturaleza ansiaba la corte; donde la naturaleza se presenta como vasto desierto regado por el estéril oro del poderoso. Ernesto, poeta e la Divinidad, quería ir a Madrid; allí donde las casas son más altas que los templos; allí donde sólo se adora el fastuoso lujo de la miseria, y sólo se oye la epiléptica carcajada de la embriaguez. Él, educado en la libertad suspiraba por esta dura cárcel, cuyas puertas están cerradas, guardadas por la desconfianza, defendidas por hombres-máquinas que se llaman soldados.

XVII

Después de algunos días recibió Ernesto una carta en estos términos concebida: Querido Ernesto: Con júbilo singular leí tu carta, en la cual me insinúas tu deseo de partir a Madrid. Apruebo tu resolución como dictada por esa tu noble inteligencia, que necesita espacio para volar con desahogo. En Madrid encontrarás tu casa en la mía y el cariño de tu tío te proporcionará todos los medios necesarios para que emprendas el viaje con aquella comodidad que correspondo a tu clase.

Manda cuanto gustes a tu tío. Braulio.

P. D: Toda resolución debe ponerse pronto en práctica. Mañana pasa en un vapor a Valencia. De allí a Madrid todos los días hay diligencias.

Ernesto quedó como deslumbrado. Extrañaba, infinito tanta generosidad en hombre tan mezquino. La tardanza de su tío en contestar fue siempre para él presagio de una redonda negativa. Además; su padre le había insinuado siempre al bueno de don Braulio, la

necesidad de que Ernesto pasase a Madrid, y su absoluta falta de recursos; y el buen tío jamás se había ablandado, contestando siempre: Puede ser piloto. ¡Oh, sublime milagro! ¡Oh, portentoso amor; qué buenos, qué santos son bajo tu influencia los hombres! No olvidemos que en el mundo andan unidos lo sublime y lo ridículo, para demostrarnos que si el infinito poder de Dios hizo del mundo un templo, la infinita miseria del hombre ha convertido ese templo en una inmunda taberna. Sólo en la cúspide del templo, donde no han podido llegar nuestras manos brillan los rayos de oro del sol; sólo en su bóveda no manchada por nuestro aliento vagan con suave y puro esplendor las místicas estrellas.

XVIII

Ernesto volvió a leer la carta; y entonces involuntariamente vino triste dolor a su corazón, negro remordimiento a su conciencia, porque se acordó de María. Siempre la felicidad está mezclada con hiel. Cuando llevamos a los labios la copa de la alegría no sabemos distinguir el dulce néctar del placer, del amargo brebaje del dolor.

Haríamos poca justicia al corazón de Ernesto, si no dijésemos que entraba por mucho en su ánimo el deseo de elevar a su amante un día a levantado rango. Quería derramar a sus pies un tesoro, y ver cómo palidecían de envidia sus rivales. Hay almas que no se contentan solamente con la felicidad, sino que anhelan darla en espectáculo, para que la admiren las gentes. Ernesto tenía veinte años, edad en que lo pasado brilla con cambiantes de halagüeña luz, y con deslumbradores destellos centellea lo porvenir. Edad que da fe e ilusiones al corazón. No creáis nunca, amadas lectoras, a esos jóvenes pedantes que se presentan lacrimosos con el corazón marchito, ostentando en la frente, en vez de la aureola de la felicidad, la corona de espinas del desengaño; no los creáis, se necesita padecer las más amargas decepciones, sufrir los embates más terribles de la suerte, haber visto caer uno por uno en la tumba o en el olvido a todos los seres que amamos, para caer en la desesperación, cuando la sangre hierve, cuando la fantasía despliega sus alas matizadas de mil risueños colores, cuando cada mujer es un hada, y comienza el alma a sentir el amor, y a perderse en los celajes del porvenir dorado por la ambición. ¡Cuántas digresiones! Ernesto lloró su amargo sacrificio, y desatando su barca entregose en brazos del mar para que le llevase a do se hallaba su amada.

XIX

Era don Pedro de Urgel un comerciante arruinado. Su hija María tan sólo le quedaba de consuelo en el mundo. Su ruina había nacido de no mirar al norte del egoísmo para emprender sus negocios.

La conciencia es el mayor enemigo de todo ducho comerciante.

Sólo medra el que arruina a los demás; el que no tiene los insuperables obstáculos de la honra y de la delicadeza. Si jugaba a la bolsa, no jugaba con avisos ciertos; si emprendía un negocio no llevaba la mira de ganar doscientos con uno de capital; si vendía no engañaba al comprador; y si prestaba no exigía el doble por su dinero; en fin, no era comerciante. Era un tonto. Así se denomina hoy por antonomasia a todas las gentes honradas. Cuando sus arcas estaban repletas le llamaban todos el Fouquet de Alicante; cuando quedaron vacías los mismos que las habían vaciado exclamaron: *Es un pobre diablo, se ha metido en lo que no entendía*. El mundo es el purgatorio; pero el mundo comercial es el infierno.

XX

Advertencia.

Don Pedro temía mucho una quiebra que pudiese lastimar su honra. Era capaz hasta de sacrificar a su adorada hija en aras de su propio honor. Le espantaba, le martirizaba la idea tan sólo de verse precisado a quebrar. ¡Y luego se llamaba comerciante!

XXI

En la plaza de la Constitución de Alicante tenían algunos corredores y comerciantes el siguiente coloquio en su dialecto valenciano, que (entre paréntesis) es muy idóneo para la murmuración.

-Alerta; que don Braulio compra todos los créditos existentes contra don Pedro de Urgel.

-¡Contra don Pedro! Pues quedará lucido.

-Ese hombre se ha vuelto loco.

-Le ha trastornado el seso la horrible bailarina que galantea.

-¿Galantea a una bailarina?

-Es más feo que Esopo, y más enamorado que Cupido.

-Pero decidme, ¿no tenía otra querida en Madrid...?

-Tiene cien mil. ¡Cómo que le cuestan su dinero!

-Y como a él le cuesta tan poco el dinero.

-Vamos al asunto: que yo tengo créditos contra don Pedro, que ya los daba hasta por un ochavo; exclamó un panzudo comerciante.

No puedo creer que compre los créditos de ese hombre; que se ha retirado voluntariamente a la huerta por no poder sufrir a sus acreedores y por ocultar su torpeza.

-¡Si que es torpe!

-Y tonto.

-Y pródigo.

-Y capaz de trabajar hasta morir por satisfacer sus deudas.

-Pues no cabe duda, don Braulio compra los créditos.

-Pues entonces a venderlos.

-Como que no tiene de qué pagar don Pedro.

Ya se sabe; los hombres como las mujeres pasan murmurando el tiempo.

XXII

Cuando vio don Braulio que había reunido todos los créditos, exclamó:

-¡Soy feliz! Con estos papeles que nada valen voy a comprar mi felicidad. Después dirán los noveleros y los dramáticos que el amor es santa emanación del cielo; yo les probaré que amar, como todo, se reduce hoy día a papel. Con papel se ganan los corazones, caen los ministros, se aplaca la revolución; con papel se allanan las montañas. El papel moneda ha sustituido a la fe; Y ha derrotado a la esperanza.

Apuesto, querido lector, a que no sabías que don Braulio era tan buen filósofo.

XXIII

Apartemos nuestros ojos de tanta degradación; de tanta miseria. Hay momentos en que el alma se desespera y duda, cuando ve el mundo entregado al interés, el vicio y la ignorancia dominando como absolutos señores, la virtud escarnecida, premiados los más viles sentimientos, y las muchedumbres sumidas en la barbarie, lamiendo gozosas las cadenas que arrojan a sus hombros los impotentes poderosos de la tierra.

Convirtamos nuestros ojos a la barca de Ernesto: que en el mundo debemos buscar el soplo de la poesía y del amor como busca cansado viajero en el desierto la brisa que le anima, la fuente que le refrigera.

La noche envolvía en su manto las solitarias playas. Ernesto atracó su pequeña barquichuela, y al compás de las olas entonó una canción amorosa. Aún se oía a lo lejos el eco repetido por las azuladas montañas, cuando María salió de su casa dirigiéndose hacia la barca.

-¡Ángel mío: temí no verte!

-Ya escuchaba ansiosa creyendo oír tu cantar: Me he engañado mil veces.

-¡Cuánto te amo, María! Estos momentos de poesía, de encanto, en que nuestras almas se comunican como si el soplo de la pasión hubiese desvanecido nuestros cuerpos; estas horas santísimas son los momentos de gloria que nos es dado adivinar en la tierra.

-Momentos que serán eternos, Ernesto; porque son momentos divinos.

-Sí: yo siempre, María, te estoy mirando, siempre te estoy oyendo. Mis ojos han recogido con tanto afán los rayos de tus miradas, han escuchado mis oídos con tanto amor el eco de tus palabras que eres sin duda la luz que me guía en la tierra, la mágica armonía que endulza las melancólicas horas de mi existencia.

-¿Nos amaremos siempre?

-Siempre. ¿No está tu imagen grabada aquí en el corazón? ¿No tengo siempre tu nombre en los labios? ¿No guarda eternamente tu recuerdo la memoria? ¿Y tú me amas también?

-Si te amo; no sé decírtelo. Mira, todo cuanto nos rodea está lleno de ti. Parece que infinito como Dios te multiplicas para seguirme. Te apareces en la iglesia, centelleas en la lámpara que arde en el altar, te reflejas en la moribunda mirada del Salvador que guarda la cabecera de mi lecho, y en el campo, en el cáliz de las flores, en las errantes sombras de la noche te veo vagar cual si nunca de mi lado te apartaras.

-Y es María, que hemos perdido el polvo terrestre que la vida deposita en nuestro inmortal espíritu. El amor nos presta alas para volar a Dios. Reclinado en tus recuerdos, guiado por tu mirar, atravieso muchas veces en mis delirios los cielos.

La tierra huye bajo mis plantas, los astros como arena de oro se remueven al soplo de mi aliento; el sol pálido oscila como lámpara moribunda; y en el vacío, allí donde la vida se apaga, dejo mi vestidura mortal, purifico mi alma para penetrar en el santuario de la divinidad; y al soplo de lo infinito que me arrebató en sus alas, guiado por solitaria estrella que es tu imagen, me pierdo en el foco donde deben su luz los mundos; donde aprenden sus armonías los ángeles y veo que Dios es luz inefable e inefable amor. Y si el amor viene de Dios; si en su esencia es Dios mismo; ¿crees que morirá jamás? No: aquí

en la tierra amor es poesía, es ciencia, es virtud, es arte, es el laurel de la gloria; en la muerte amor es bienaventuranza; amor es el mismo Dios.

-Ernesto, Ernesto; cuando no tenga esperanza de oírte, me moriré de pena.

-Tendrás mis cartas que te acompañarán en la soledad; mis palabras de esperanza que regocijarán tu corazón. Yo trabajaré con ansia, con fervor para labrar tu dicha.

-¿Y no hay medio de que te quedes?

-Ninguno. Mi padre me lo ordena; mi tío me ofrece su vivienda; mi corazón ansía triunfos para depositarlos a tus pies.

-¡Tu tío! ¡Qué hombre tan repugnante!

-No dependeré de él ni un día siquiera. Quiero independencia. Su casa la necesito sólo para pasajera vivienda; porque mi alma no se doblega a recibir humillantes favores. La amarga situación de mi padre me ha obligado a pedir esa merced; que me ruboriza.

-Por fin abandonas estas playas, tan amadas de nuestro corazón.

-Por tu felicidad, María. ¿Con qué derecho puedo pedir tu mano?

-Me matará este sitio donde tantas veces he sido feliz.

-Recuerda como yo la pasada felicidad, y espera en lo porvenir.

-¿Qué voy a ser sin ti?

-¿Y yo? Allí sin padres, sin amigos, sin hermanos, sin tus palabras y sin tus miradas.

-No te olvides de la oración a la Virgen, Ernesto.

-Y tú no te olvides de orar por mí.

-¿Rezarás todos los días?

-Sí, rezaré a la Virgen del Naufragio; para que extienda sobre mi cabeza su manto, para que me libre de los escollos del mundo como me ha libertado de los escollos del mar.

-¡Ay Ernesto! Si alguna vez en medio del murmullo de las gentes, que ahoga la voz de Dios no oyeras la campana de la oración...

-No temas; porque tú me has enseñado a orar. Abandonado de mi madre al borde de la cuna, no había oído jamás más rezo que el murmullo de las olas y el gorjeo del ruiseñor. Mi primera oración fue el Ave María, que tú me enseñaste en una noche de luna. Desde

entonces tu nombre me recuerda siempre a la Virgen y cuando el crepúsculo extiende su dudosa luz, me postro en mi barca para saludar con amorosa oración a la Estrella de los mares.

-Virgen santa, exclamó María, con los ojos arrasados de lágrimas.

Protégelo.

-Ernesto, al ver a María, alzando sus brazos al cielo, al oír aquella su sencilla y amorosísima plegaria se postró en la arena cruzando sus manos. ¡Cuadro encantador! El mar, el cielo, la luna, las brisas, las oraciones de ambos amantes confundándose como el aroma de las flores en el seno de la Divinidad, atraídos por el mismo sentimiento de amor y religión.

Concluida la oración y después de breve pausa dijo Ernesto.

-Mi partida es mañana.

-¡Mañana! Cuan pronto la desgracia nos amenaza.

-Nuestra despedida debe ser ahora mismo.

-Ernesto, Ernesto pudo decir tan sólo María, porque los sollozos ahogaban su voz. El corazón de Ernesto se partía en mil pedazos.

-Mira. No te aflijas. En la vida es necesario pasar por la desgracia para alcanzar un aliento de felicidad. Después de esta separación momentánea, nuestros corazones se unirán y vivirán unidos por toda una eternidad; ...y el joven señaló con majestad a los cielos.

María se enjugó las lágrimas y señaló la barca. Ernesto cerró los ojos como demente, y corriendo se lanzó a la barca.

La desgraciada joven no separaba su vista de aquel punto negro que se iba alejando, y del pañuelo de Ernesto, que veía flotar a la luz de la luna como blanca y leve nube. ¡Cuántos pensamientos pasaron por su mente! ¡Cuántos dolores vertieron amarga hiel en su afligido corazón! A sus ojos aquel mar era el abismo de la eternidad, en el cual se sumergía Ernesto. Hay dolores que se sienten y no se pintan, dolores que arrancan lágrimas de hiel, y nublan los ojos, y turban la cabeza, y ahogan y sin embargo no matan. Hay dolores que la muerte consolaría, pero la muerte es nuestra más implacable enemiga, y prefiere sorprendernos en la hora de nuestros festines.

Al volver a su casa dio María un grito de espanto. Le parecía haber visto un monstruo mitológico oculto en la espesura.

A la luz de la luna su fascinación le pintó un mono con pico de cigüeña, y en traje de hombre. Era don Braulio. Su usurera malicia le hizo sospechar que Ernesto debía despedirse de su amada aquella misma noche. Se encaminó a casa de María, y oculto en el follaje la siguió para enterarse de la naturaleza de los amores de María y Ernesto.

Cuando vio al joven huir llorando a su barca, y a María arrodillarse en la arena, no pudo contener la risa.

-¡Pardiez! ¡Qué amores tan platónicos! Decía para sí. (Era muy aficionado a los monólogos).

No tuvo celos porque sólo los hubiera tenido en caso de haberlos visto envueltos en una nube de voluptuosidad y de goces.

Aunque a tan villano sentimiento, si es que sentimiento puede llamarse, no debe darse nunca el noble nombre de celos.

Así continuó en su regreso a Alicante.

-¡Pues aprovecha bien mi sobrino la soledad! Allí han hablado de arroyos, de fuentes, de poesía, de los ángeles, de Dios, de todo, y en sustancia de nada. Parecía la conversación de una monja y un ermitaño. Amor tan puro no puede ofender ni aun al más escrupuloso marido. María ceñirá siempre a las sienes de su esposo coronas de jazmines y azucenas. ¡Tanto mejor! Así me ahorro el gasto de jardín. Con los medios que voy a poner en práctica es cosa indudable mi enlace con María.

No saben ambos la red que les preparo.

XXIV

Los tristes negocios ahogaban a don Pedro de Urgel.

Con el dinero tomado a don Braulio acababa de consumir su ruina. Sentado en su gabinete, después de haberse aburrido, agrupando números que sólo demostraban la pobreza de su caja, su angustioso estado; abrió la Biblia y fue leyendo los siguientes pensamientos de Job, que parecían escritos para su amargado corazón.

«Si anduve, y se precipitó sobre la mentira mi pie que se me pese en balanzas justas, y conocerá Dios mi rectitud. Si extendí mi paso fuera del camino, y en pos de mis ojos fue mi corazón, o a mis manos se les pegó algo, siembre yo y otro coma; y mis retoños sean arrancados.» . . .

«Si desestimé la justicia de mi sirviente o de mi esclava al litigar ellos conmigo... Si prohibí algo de lo que querían los pobres, o los ojos de la viuda deprimí, o comí mi torta

solo, y no comió el indigente de ella... Si vi alguno que perecía por falta de vestido o sin cubierta al menesteroso.» . . .

-¡Oh Dios mío, Dios mío, exclamó don Pedro, hice bien a todos los desgraciados, y como este infeliz, cuyas quejas llegan a mí al través de los siglos he recogido cosechas de espinas, y soy ahora escarnio de los hombres!

XXV

Al día siguiente amaneció el cielo despejado y sereno el mar. Un suave aliento de las costas africanas rizaba las olas. El vapor se mecía en el puerto en medio de innumerables barquichuelos que iban y venían, llevando equipajes, transportando a bordo o a tierra innumerables pasajeros. Las azuladas costas bañadas por el sol se sonreían con esa alegría indefinible que la trasparente, y pura atmósfera, lo suave de los vientos, lo risueño de las campiñas difunde por los felices climas meridionales. Alicante desde el vapor presenta mágico aspecto. Recostada la ciudad en la falda de elevado castillo, parece un centinela que guarda los mares y aprisiona los vientos. Aquel monte aislado, fecundo para la guerra, estéril para la naturaleza, infunde un sentimiento de tristeza, porque las arenosas playas que le circundan ornadas con algunas palmeras son también áridas como las rocas que sostiene el gigantesco castillo. Parece imposible que tan cerca se encuentre la hermosa huerta de innumerables palacios y de infinitos jardines. Alicante, sin embargo, se ha ornado para entretejer lazos con que aprisionar al viajero. Las ciudades de las costas tienen más gracia, más coquetería que las ciudades del interior, y es porque a su seno van viajeros de todo el mundo, y necesita dejar en su ánimo gratos y apacibles recuerdos. Por eso la ciudad para contrastar el ánimo abatido con el aspecto guerrero, se ha ornado de flores, tejiendo para su sien una diadema, y en medio de aquellas azoteas tan esmaltadas, son dignas de verse las hermosísimas mariposas alicantinas, gala la más bella, la más deslumbradora de la meridional ciudad.

A las cuatro de la tarde el vapor se mecía con más fuerza como si sacudiese su profundo sueño. Algunas bocanadas de humo salían de su vientre como si bostezase soñoliento. Las barcas le rodeaban, parecían una banda de polluelos en torno de gigantesco cetáceo. Suspiraba el mar, llorando tal vez por la partida de alguno de sus hijos.

Un joven apoyado en la proa del barco, miraba a la isla de Tabarca con los ojos arrasados de lágrimas: Era Ernesto. Lloraba sí, porque es imposible mirar con serena frente en el momento de partir, los lugares testigos de nuestra inocencia, la veleta del campanario, y la sombra de la iglesia que recogió las primeras oraciones de nuestro pecho, la playa que hollaron siempre nuestros pies, el patrio techo donde se mecía la cuna que nos abrigaba, y vivió la madre que nos sonreía, y los campos por do corríamos, en pos de un nido, persiguiendo a una pintada mariposa.

El vapor empezó a volar sobre las ondas. Entonces sufrió Ernesto un vahído, y parecía que el viento de la fortuna se arrebatara en sus alas. A la izquierda comenzó a

desplegarse la huerta. María desde una ventana de su casa tendía sus brazos al mar. Ernesto sintió que le traspasaban el corazón, que le arrancaban el alma. En medio de aquella risueña campiña que todos admiraban, dejaba él sus amores, su felicidad, sus ilusiones y la esperanza de su oscuro porvenir. Sintió un vahído como si el mundo se hubiera alejado de su alma, o como si su alma se hubiera alejado del mundo. Dejó de oír el suspiro de las olas, los gritos de los marineros, el sordo hervidero del vapor, el rechinar de las máquinas, y sólo delante de María juró amarla por toda una eternidad, y morir de amor antes que olvidar al ángel de su existencia, a la mujer que le había inspirado sus dulces cantares, y enseñándole a orar le había hecho poeta.

Se nos olvidaba decir que en la cámara de las señoras había una mujer vestida de negro. Sería la sombra de Ernesto.

XXVI

Así que vio don Braulio alejarse a su sobrino, respiró; le parecía que su dicha era completa, y que su deseo estaba ya realizado y satisfecha su brutal pasión. Al siguiente día se encaminó a casa de don Pedro. María tenía una horrible repugnancia a semejante monstruo; así es que a pesar de sus numerosos cumplidos y reverentes cortesías no logró don Braulio oír de sus labios más que entrecortados monosílabos.

-Buenos días, don Pedro, cómo nos encontramos de negocios.

-He pasado la noche buscando medios para aplacar mi suerte y no he hallado ninguno.

-A veces donde menos se piensa salta la liebre.

-Para mí todo se ha agotado, hasta la esperanza; esa fuente de consuelos inagotable.

-¿Todo? pues hacéis muy mal.

-Hago mal, ¿y qué hacer? Mañana vendrán mis acreedores, les mostraré mis arcas vacías y me insultarán; les pediré un plazo y me arrojarán a la calle.

-Es verdad que en situación tan apurada no se halla remedio. Don Braulio quería apurar más a don Pedro para conseguir sus fines particulares.

-Después no podré presentarme delante de los hombres. Todos los que me han estafado, me tratarán de estafador; todos los que me han vendido me llamarán embustero. Si me muero de hambre dirán que saqué el dinero que me han rendido mis empresas comerciales. Mi ciencia ha consistido en arruinarme; en dispendiar los caudales de mis padres, y la fortuna de mi propia hija.

-Y después el honor...

-¡Ob! el honor. Las manchas que caen en el honor sólo puede borrarlas el aliento de la muerte.

-¡Que hombre tan tonto! dijo para sí don Braulio.

-Cuando no podemos presentar el escudo de la honra; cuando a los ojos del mundo somos viles, porque la desgracia es villanía; cuando no está en nuestras manos acallar las murmuraciones de las gentes, y todos nos maldicen, y nos miran todos con torvos ojos, es preciso acudir a la muerte porque la tierra nos rechaza.

-O a la soledad, o a la emigración... Una quiebra es cosa muy puesta en uso.

-Una quiebra es cosa espantosa porque quiebra el honor.

-Cuando es de buena fe...

-¿Y suponéis por ventura que el mundo cree ya en quiebras de buena fe?

-Pero el que no tiene hijos... murmuró don Braulio, tocando en la llaga del corazón de don Pedro

-¡Hija mía! ¡hija mía! Más te valiera no haber conocido padres que tener un padre tan miserable. Mi hija; el único consuelo de mis desdichas, se ve expuesta a la orfandad, a la miseria...

-No; las mujeres siempre tienen recursos para no morir de hambre.

-¿Qué decís? ¿qué palabras habéis pronunciado? Explicadme esa palabra, sino queréis que a pesar de mis achaques os salte la tapa de los sesos.

-No os alarméis. Quise decir que vuestra hija es hermosa y que puede encontrar un buen marido.

-No tiene dote. En el mundo los casamientos son ya contratos. Los hombres no aman. Dios, al verlos tan miserables; tan indignos, ha apagado en sus cancerosos pechos la luz purísima del amor.

-Pero siempre se ven excepciones...

-¡Qué son rarísimas! Antes iban nuestros padres en peregrinación a visitar el Santo Sepulcro; hoy vamos a las magníficas exposiciones de Londres en pos de una butaca-cama para asentarnos con mayor comodidad.

No hay sentimientos sino cálculos; no hay pasión que no sea sensual, ni hombre que no sea materialista.

-¡Ya! ¡ya! murmuraba entre dientes don Braulio. Este hombre erró la vocación; debía haber sido misionero.

-¿Qué hacer? Dios mío. ¿Qué hacer? exclamaba fuera de sí don Pedro, golpeándose la frente.

-Vuestra situación es desesperada; pero yo os propongo salvaros...

-Salvarme de la deshonra; de la muerte. ¡Salvar a mi hija!

-Todos vuestros créditos son míos. Los rompo con una condición...

-¿De veras? Decídmela si no es afrentosa. Imponedme condición; pero dadme tiempo para pagar.

-Que... no, mañana. Quedad con Dios.

Y salió don Braulio del aposento.

-¿Será cierto? ¿será cierto? ¡María, María!

XXVII

-¿Qué mandáis, padre mío?

-Siéntate a mi lado que quiero verte con mis ojos, porque eres tan hermosa, alma mía, que regocijas el corazón de tu padre.

-¡Cuánto me alegro de veros feliz. Estabais tan triste!

-Sí estaba triste porque temía que la deshonra empañase nuestras frentes; porque dudaba si debía sufrir con resignación los males que se agolpaban sobre nosotros.

-¡Padre mío!

-Hay dolores, hija mía, que gastan la naturaleza. El cuerpo como es de arcilla no puede sufrirlos, y se rompe estrellándose contra el dolor.

-Sí, hay dolores crueles.

-Ojalá no los conozcas nunca, hija mía, porque tú eres una niña y nada has padecido.

-Nada, nada... dijo amargamente María.

-No puede pronunciar el labio lo que ha sufrido el corazón... ¡Hubieras sido muy desgraciada, y más desgraciado aún tu padre; si Dios no nos hubiera enviado un protector!

-¡Un protector!

-Sí, hija mía, sí, y para que veas cuánto he sufrido te diré tan sólo que mil veces he acariciado con gusto la idea del suicidio.

-¡Padre! ¡Qué horror!

-Es horrible, ¿no es verdad? La manía del suicidio suele ser una enfermedad espantosa, hija mía; una enfermedad del corazón que la ciencia no puede curar, y tu padre la ha sufrido en muchas ocasiones de su vida, y al borde del precipicio la misericordia divina le ha salvado.

-¿Y quién es ese protector?

-Don Braulio.

-¡Dios mío!

-¿Qué tienes?

-Me horroriza ese hombre.

-¿Por qué?

-No sé.

-Sí, tienes razón, es usurero.

Y padre e hija quedaron sumidos en el más profundo silencio; para las almas grandes y generosas es penoso creer en la maldad y en la bajeza.

-Tal vez haya Dios tocado a su corazón dijo don Pedro.

-Esperemos... añadió María por no desconsolar a su padre.

-Sí, esperemos, dijo don Pedro con amarga sonrisa.

María no podía separar de su memoria el recuerdo de su adorado Ernesto. Le amaba con el primer amor de su corazón, y veía en él todas las dotes sobrenaturales que el alma se recrea en dar a los seres, objetos de su amor. Sus cantares resonaban en los oídos de la tierna joven como preludio del cielo; sus palabras guardadas en el corazón venían a su mente en alas de sonrosados recuerdos, y sus promesas de amor y felicidad teñían con deslumbradora luz los días del porvenir. María después de la entrevista con su padre, cuando ya había venido la noche paseaba como siempre sola a orillas del mar. Cuando miraba la vasta extensión del Mediterráneo y recordaba que la barca de Ernesto no se mecería ya en sus olas, le asaltaba el dolor, y amargas lágrimas brotaban de sus ojos. Se reclinaba en el peñasco, recogía las flores que habían hollado sus plantas y sentía que el aire hubiese borrado sus huellas de la arena.

María no pensó que el mundo físico está modelado a semejanza del mundo moral; y que en el tempestuoso mar de la vida el viento del olvido suele borrar los recuerdos del amor. No pensó tampoco que el alma es movable como el Océano, y que hoy refleja los recuerdos de ayer, y mañana es un abismo, donde se hunde lo pasado. Su virginal inocencia le inspiraba fe en el porvenir. ¡Infeliz! Sentada al borde de la vida, las brisas de amorosas ilusiones agitaban sus cabellos, y la esperanza se desplegaba con sus mil matices, encubriendo a sus ojos despeñaderos, por do se arrastra el corazón. No sabía que en el mundo hay olvido para los recuerdos; desprecio para las más altas pasiones; vicios que manchan el alma, y que do fingimos encontrar la felicidad se halla escondida la muerte. ¿Para qué este afán, si sabemos que todas nuestras aspiraciones han de ser engañadas y burlados todos nuestros deseos? Ni nos arredra el ejemplo, ni nos detiene el inmenso clamoreo de los siglos sepultados a nuestros pies. ¿Hay gloria en el mundo?

La tierra ignora ya el nombre de Homero. ¿Hay amor? El mar de Leucades llorará eternamente la impiedad del corazón humano. ¿Hay grandeza? Preguntádselo a España, a la señora de dos mundos. ¿De qué sirven los recuerdos y las reliquias de los grandes hombres? La corona de Carlo-Magno pesa hoy sobre las sienes del Napoleón el Pequeño. ¡Qué horrible parodia!

Siempre andamos extraviándonos. Imagen fiel de la vida, este libro es un continuado extravío.

Decíamos que María se paseaba sola a orillas del mar.

Al reclinarse en el peñasco donde esperaba a Ernesto, oyó agría voz que la decía:

-¡María!

Volvióse azorada y vio a don Braulio.

-María, quería hablaros.

-¿A mí, señor?

-Sí, a vos, María; porque de vos depende la salvación del que os ha dado el ser.

-No os comprendo.

-Me explicaré claramente.

-Vuestro padre está arruinado. Las deudas que sobre él pesan son superiores a sus recursos y superiores a sus fuerzas. Deseoso de pagar a todos se ha comprometido con todos y su casa es un laberinto; de donde puede salir con las manos vacías y la frente señalada con el sello de la deshonra.

-Lo sé.

-Sabéis también que aquí no paran los males. La desgracia en el mundo es perseguida, es insultada. Vuestro padre tiene un corazón muy débil; uno de esos corazones que sucumben fácilmente a la desgracia. Le mataría el verse acosado por sus acreedores; el contemplar su casa hecha presa de la ruinosa justicia; el oír la mofa que de su honradez harían las gentes, el...

-¡Ay Dios mío, tenéis razón!

-Y después de perder su fortuna, o perdería el juicio o... acaso perdería la vida...

-Sí, sí; lo conozco: nuestra situación es desesperante, exclamó María vertiendo amargas lágrimas.

-Qué triste debe ser para una hija ver a su amoroso, a su buen padre amargado por los más horribles dolores; perdido su juicio, arrastrando la cadena de todas las desgracias; y si esa hija es cristiana, si piensa que la desesperación arrastra al suicidio, y el suicidio a la perdición eterna...

-Callad, por Dios, que me desgarráis el alma.

-No, María, vengo a salvaros. Si vos queréis podéis pagar las deudas de vuestro padre. Con sólo pronunciar una palabra conjuráis todos los males. Con un sí despejáis el negro horizonte de ese encapotado porvenir.

-¿Qué he de querer? ¿Qué he de decir?

-María; yo os amo, y puedo salvar a vuestro padre, dijo arrojándose a sus pies.

La joven retrocedió como si hubiese visto una víbora que se arrastraba a sus plantas. Aquella declaración la hirió mortalmente, y pálida, desencajada, ni profería palabras ni tenía fuerza para salir de tan horrible situación.

-Sí, María. Abrid esos labios y los créditos de vuestro padre serán rasgados, dadme un sí y os veréis rodeada de riquezas, nadando en el lujo y en la felicidad. Las reinas envidiarán vuestros diamantes, el sol mismo palidecerá eclipsado por el oro que arrojaré a vuestras plantas.

-Callad, no me insultéis. ¿He de vender mi corazón al oro de un avaro? ¿He de prostituir mi vida a un bastardo capricho? Callad: que vuestras palabras me afrentan. Nunca, nunca... Antes morir mil veces.

-Vos no moriréis, que morirá vuestro padre. Mañana le arrojarán ignominiosamente de su casa. Mañana llamará a las puertas de sus amigos para pedir una limosna, y los amigos son siempre sordos a la voz del infortunio.

-Viviremos en una choza alejados del mundo. Dios nos sostendrá. Nunca falta su providencia al desvalido.

-Esas son ideas poéticas; que tal vez os haya imbuido mi romancesco sobrino. Idos a esa choza. El frío perseguirá a vuestro padre. El hambre, amaratando sus labios, secando su paladar, le causará los más acerbos dolores. Y cuando vea que el bien que hizo se ha convertido en su desgracia, que sus favorecidos le abandonan, regalándose, en sus orgías con los favores que él les ha dispensado; cuando sienta que por haber sido bueno y justo, muere presa del hambre y de la sed; maldecirá su existencia y renegará de Dios.

-Sois una víbora, que escupís veneno a mi frente.

-Y vos os sonreiréis triunfante; porque habéis contribuido al asesinato de vuestro padre. Y cuando le veáis palidecer y morir os reiréis de sus padecimientos, y de su muerte, sin que os inspire la conciencia ningún remordimiento.

-No, mi padre es joven.

-Su juventud le mata. Hay épocas en la vida en que la sangre hierve tanto que nos ahoga y el corazón padece tanto que nos mata. ¿No sabéis otro secreto terrible? Vuestro padre ha padecido siempre de la manía del suicidio.

-¿Quién sois, hombre funesto, que así me martirizáis?

-Soy tu salvación o tu ruina. Yo siento aquí en el pecho una pasión tan grande, un afán tan interno... María, te amo tanto, que si me desprecias voy a ser el más perverso de los hombres.

-Si yo no puedo amaros, si mi alma no me pertenece, dijo María profundamente conmovida de compasión por aquel hombre. Era tan buena, que el ver una sombra de padecimiento en aquel hombre, macilento por sus vicios, horrible por naturaleza, jadeante entonces de rabia, iluminado por la torva luz de sus brutales pasiones, no lo inspiraba odio, sino lástima.

-Nada quiero saber; nada más que, me desechas de tus pies. Bien, puedo perseguir a tu padre por estafador; por haberme pedido dinero cuando no tenía con qué pagarlo, y tendré el placer de oírlo mugir de rabia en una cárcel, de verlo amanecer algún día colgado de la reja de su calabozo.

-Estáis loco. Sólo una espantosa demencia puede inspiraros esas terribles palabras.

-Tú, tú... después verás indiferente esa desgracia. No, aunque tienes entrañas de hiena. Tu padre se suicidará porque las manías nunca se curan. Cuando vayas a llevarle el pan de la miseria a la cárcel, le encontrarás ahorcado, agonizante; maldiciendo a los hombres y a Dios. Cuando quieras buscar su sepulcro no le encontrarás; porque para los suicidios no hay sepultura. Cuando a Dios quieras encomendarlo, el rezo se helará en tus labios, acordándote de que padece los tormentos eternos, con que Dios castiga a los malvados. Entonces te ahogará la pena, el remordimiento; porque pudiste darle vida, y le mataste, porque pudiste, haciéndole feliz, darle el cielo, y le condenaste para siempre.

-¡Qué horror! exclamó María temblando y fuera de sí.

-Y sacrificar a tu padre en aras de tu loco amante, un hombre que te abandona por los placeres voluptuosos de la corte. Le prefieres a mí; porque es hermoso y yo soy deforme, porque su cabello es negro y rizado, y el mío no; porque huele su aliento a ámbar y mi aliento huele a hiel; porque él te habla de novelas y poesía, y yo te hablo de la amarguísima verdad; le prefieres porque sensual como toda mujer te paras en las formas del hombre, y no en su alma.

-¿En su alma decís? ¿Si tuvierais el alma de Ernesto me martirizaríais así? ¿os complaceríais en atormentar al desgraciado?

-¿Vos que bebéis gota a gota el sudor del pobre, dejándole desnudo y hambriento para amontonar el oro que me ofrecéis. Vos, que pasáis la vida buscando la desgracia no para consolarla, sino para explotarla en vuestro provecho; vos, que os recreáis pintando el dolor y la miseria, os comparáis con el que se arroja para salvar al náufrago, que comparte con el huérfano la mitad de su sustento, que trabaja para consolar al que padece y que llora con todos los que lloran? Él me habla del cielo es verdad; pero vos me ofrecéis oro, como si el oro pudiese engañar mi corazón.

-¡Venganza! ¡venganza! exclamó don Braulio, rugiendo desesperado y alejándose de do María estaba. La joven sobrecogida de espanto echó a correr desalentada hacia su casa y entrando en su gabinete se dejó caer sobre su lecho deshecha en amargas lágrimas.

XXIX

Don Braulio se dio prisa a ejecutar su venganza. No durmió en toda la noche saboreando el placer de arrastrar a María hasta la puerta de su casa, y arrojarla de ella

ignominiosamente. Gozábase ya en pintar los dolores que traspasarían el pecho de don Pedro cuando se viese maltratado por su único acreedor. Sabía que nadie, absolutamente nadie, tendería al infeliz una mano amiga. Si hubiera sido de mala fe su quiebra, a buen seguro que le faltaran protectores en el comercio; pero un hombre tan honrado no era digno de compasión, ni acreedor a ningún remedio.

Está muy bien montado nuestro mundo. Honor hace al talento humano esta sociedad en que vivimos. Todos los que en el mal ponen sus ojos se asocian para realizar sus perversos designios. Para el bien nadie se asocia. Los esfuerzos aislados del individuo chocan contra el torrente universal, que se ríe de todos los que proponen medios para consolar al infeliz.

¡Y si fuera tan sólo reírse! Hablad de la miseria que cunde como plaga en las grandes y pequeñas poblaciones; de medios para aliviar la desgracia del pobre y hacerle más productivo su trabajo, y al momento veréis como los grandes guindillas de esta sociedad humana, fundada en la desconfianza os echan el guante y os aprisionan por conspirador, por revolucionario. Me parece que estoy viendo la siniestra pluma del censor arrojando una línea de negra tinta sobre esos renglones.

Porque habéis de saber que en el siglo XIX después de la gran revolución en que el hombre resolvió sus derechos torpemente borrados por el libro de la historia por el orgullo de sus señores; después que la libertad del pensamiento ha sido consignada por todos los filósofos, reconocida por todos los hombres, aquí tenemos un censor encargado de celar esto que escribo y borrar mis papeles y tachar lo que le parezca y descubrir ilusiones que no existen y si pasa esto, ya os diré cosas mejores.

Volvamos a don Braulio, que en lo feo y en lo perverso es imagen abreviada del mundo.

Así que amaneció el nuevo día, se levantó y dispuso todos sus papeles. Ya hemos dicho que era dado a los monólogos. Como a nadie amaba, con nadie tenía confianza, y con nadie hablaba.

-¡María! O tu padre o Ernesto. Ya veremos si eres tan virtuosa como dicen las gentes. ¿Virtuosa? Como si en el mundo la caridad, ostentación; la modestia, orgullo; la sabiduría petulancia; el amor, egoísmo. ¡Decirme a mí que en el mundo no hacen todos lo que yo hago! Si Ernesto no da dinero a usura es porque no tiene dinero. Si María no vende a Ernesto por el oro que yo le ofrezco, es porque yo soy horrible.

Y don Braulio arrojó una carcajada epiléptica.

XXX

Cuanto más se aproximaba don Braulio a casa de don Pedro, más creía su reconcentrado furor.

A la puerta de la blanca casa vio a María entretenida en hojear un libro.

-Señorita. Pregunto por vuestro padre.

-¡Oh! Haced el favor de volver. Está descansando. No ha dormido en toda la noche, dijo María con humilde y amargado acento.

-¡Duerme, cuando está cargado de deudas! Mejor sería que pensase en adquirir dinero para pagar sus deudas.

-Caballero. Nadie tiene derecho a insultar a un hombre de honor delante de una mujer, que no puede vengarlo. Eso sólo lo hace la torpe cobardía, o la suprema infamia.

-Dejemos todo esto a un lado. Quiero verle, lo mando, y ya sabéis que tengo derecho para mandarlo, como que es mía esta casa. María se cubrió el rostro con las manos. Don Braulio, aproximándose al oído de María, murmuró estas siniestras palabras.

-Una hija despiadada asesina al más desgraciado de los padres; y sin esperar la respuesta de la joven se lanzó al gabinete de don Pedro.

-¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Cuántos males nos amenazan! A esta horrible desgracia no puede resistir mi corazón. Padre, padre mío... y como si estuviese loca, con los ojos nublados, y el paso vacilante se precipitó a la puerta del gabinete. Entonces oyó este corto diálogo.

-Don Pedro. Aquí tenéis estos pagarés, que ya han vencido. O me pagáis, u os arrojo mañana mismo de esta casa.

-No me proponíais una condición...

-No puede ser. No hay remedio. Pagar o salir de vuestra casa, porque cuanto en ella hay me pertenece. Mañana mismo voy a proceder al embargo.

-¡Bien! Podéis hacer cuanto se os antoje.

María

-¡Quedad con Dios!

-Con Dios id... y don Pedro mostraba una calma tempestuosa. Hay dolores desesperantes, terribles. No asoman al rostro, pero hierven en los abismos del corazón.

Así que don Braulio se dirigió a la puerta, don Pedro se dejó caer sobre el sillón. -María entonces entró en la estancia, gritando.

-¡Padre mío! ¡padre mío!

Don Pedro la recibió en sus brazos, e imprimió un ósculo de amor en su espaciosa frente. Una espantosa carcajada resonó en la estancia. Era don Braulio, que se burlaba del cariño de aquella hija.

XXXI

María, ocultó a su padre la horrible proposición de don Braulio. Si se nos pregunta la causa de este silencio, diremos que nada hemos, podido alcanzar; porque hay acciones cuyos móviles son diversos, oscuros e indefinibles. Los filósofos griegos enseñaban al hombre que la suprema ciencia consiste en conocerse a sí mismo; yo digo que la ciencia más oculta, es la que tiene por objeto conocer y explicar el corazón de la mujer. Ese corazón sereno a veces como el cielo, sembrado de ilusiones de luz, revestido de fe, de esperanzas, consolador, sublime, soplo de vida, que serena el tempestuoso mar de las pasiones, es otras veces negro abismo donde sólo se encuentra el infierno del desamor, o el amargo brebaje del desengaño. Sin embargo, en el trascurso de nuestra narración tal vez podamos resolver ese problema.

Al día siguiente Ernesto comenzó a escribir la siguiente carta:

Don Pedro

XXXII

A bordo del vapor...

Querida mía: Hoy por vez primera en mi vida te escribo; y hoy también he sentido por primera vez en mi pecho el agudo aguijón del dolor. ¡Oh María, María! La naturaleza sin ti me parece un templo sin Dios. Mi alma tan amante de lanzarse a los espacios infinitos se repliega en sí misma, y se posa amorosísima en tus recuerdos. Desde aquí veo el horizonte que te cobija desvanecerse como una ilusión de la niñez, desde aquí se descubren las costas en que tantas veces hemos orado juntos, confundiendo nuestras almas. Mi cuerpo arrebatado por la fuerza del destino, corre a do la suerte le lleva; mi espíritu está contigo y te contempla extasiado y feliz. Este viento que agita mis cabellos te dará nuevas de tu Ernesto, y te dirá que llora tu ausencia, que padece por ti, y que espera volver a verte, llena de ternura y de amor. El olor de las blancas rosas que me diste, lo aspiro embriagado cual si aspirara la esencia de tu alma. He mil veces, besado aquel rizo, que en premio de mi primera confesión me diste, y algunas lágrimas mías están suspendidas en sus hebras de oro. Tu imagen está en mi corazón; tu nombre en mis labios; tu alma en mi alma, y el aire que respiro está impregnado en tus recuerdos. El sol

me acompaña y me consuela; porque es el mismo sol que alumbraba nuestra felicidad. Mientras brille me acordaré de que te veía por la ribera, corriendo tras una paloma que de tu afán se burlaba. Los rayos de oro del sol, eran para mí menos brillantes que las trenzas de tu blonda cabellera agitada por las brisas; y el aliento del aire menos ligero que tu carrera en la arena.

Bendito sea el cielo que vio nacer de mi inocencia tu amor; bendito el sol que te alumbró para que yo te viera; bendito el aire que trajo a mis oídos tus primeras palabras; bendita la tierra que te sostenía; mientras yo, solo en el fondo de mi barco te adoraba silencioso confiando mis amores al mar.

¡María! El sol se ha apagado en sus olas; la campana de la oración llega a mis oídos desde las lejanas costas como un eco del cielo; las estrellas brillan cual las lágrimas de tus ojos suspendidas de las rosas, con que adornábamos el ara de la Virgen. Cercano a nuestro vapor pasa un barco de vela. Los marineros arrodillados dan gracias a la Virgen, porque favorable viento impulsa sus lonas, y porque sus redes están llenas de pescados de todos colores. En su oración, María, han pronunciado tu nombre, ese nombre dulcísimo que serena el mar, y tiñe con los colores del iris las contrarias nubes.

No olvidé la palabra que te di. Creo ver la Virgen en la dorada nube que aparece en el ocaso. El mar calla como si se entregase a sus oraciones; brillan con tan nuevo resplandor las estrellas, que no puedo menos de sentir el amor de la madre amorosa del Verbo, derramándose cual nueva savia de vida y esperanza por toda la creación. Tal vez ese cielo sea tan sólo un pliegue de su manto, y esa melancólica luna una pequeña rueda del carro de astros, en que va a llevar su aliento de amor a los mundos desmayados de cansancio en su infinita carrera.

¡Orar! ¿Qué es el amor? Una oración infinita; una lágrima del cielo; un suspiro de Dios. El amor es el aroma de nuestro ser. Cuando ese aroma se ha disipado todo en el seno de Dios, el vaso que lo contiene se rompe y se convierte en ceniza. El destino del hombre es amar. El secreto de la naturaleza amar es también. Las estrellas corren anhelantes en pos del sol, y ruedan en el vacío como ángeles huidos del cielo tan sólo por alcanzar una mirada de su amante.

El viento es el suspiro amoroso de la tierra. La luna está pálida porque abandonada en los espacios, padece de un amor sin esperanza.

¿Sabes, María, que debe ser terrible un amor sin esperanza? Figúrate que yo te viera en brazos de otro hombre, a quien prodigaras de grado o fuerza tus caricias; que yo amándote, no tuviera de tu amor más que espinas en el corazón y lágrimas en los ojos; que los celos me ahogaran, y que tanto sufrimiento no tuviera remedio ya en la tierra.

Dejemos tales ideas que me infunde mi melancolía.

Sólo siento no poder decirte cuánto te amo. Es triste sentir un amor más inmenso que los cielos, y tener que expresarlo con una sola palabra. ¡Te amo!. En esa palabra está

encerrado mi corazón; todo lo que soy, mi vida, mi porvenir, mi esperanza. Si alguna vez me olvidaras, iría a perderme en brazos de la muerte. Te maldeciría, no; te bendeciría amoroso, porque al fin tú me quitabas la vida. Padezco, y bendigo mis padecimientos. Las lágrimas que se agolpan a mis ojos, los dolores que acosan mi corazón, me muestran que te amo cuanto en el mundo es dado amar a los mortales. No me olvides. Visita todas las noches el peñasco en que me esperabas. Bendice la hora de nuestra entrevista. Recoge las flores del jardín, y envíame algunas rosas en tus cartas. Ve al santuario donde rezábamos juntos, y pide a la Virgen que acreciente nuestro amor, y que nos reúna pronto para siempre. María, te adora tu infeliz. -*Ernesto*.

XXXIII

La amenaza de don Braulio iba a cumplirse. El infeliz padre de María iba a ser perseguido por faltas que no eran suyas, sino de su adversa suerte. La casa debía pasar a extrañas manos. El alma se identifica con los lugares donde ha sentido la santa influencia del amor y de la felicidad, hace de ellos un templo y los consagra con sacratísimos recuerdos. Allí habían nacido y espirado los abuelos y padres de don Pedro; allí le sonrió el amor, uniéndose a una angelical mujer, que bajo aquel sagrado techo acababa de morir; allí en fin, María había abierto sus ojos a la luz de la vida, llenando de alegría el corazón de sus padres. A don Pedro le parecía que iban a profanar el sepulcro de sus antepasados, y la cuna de su hija. Y en efecto, la fortuna en su torrente arrastra lo mismo el corazón que los objetos inanimados que nos pertenecen.

El infeliz comerciante estaba sereno, como quien toma una resolución definitiva. Sacó una pistola del armario que próximo tenía, y se puso a limpiarla con calma e indiferencia. Después cogió la pluma y trazó algunos renglones.

En seguida se postró, y oró.

XXXIV

María entre tanto sufría congojoso martirio. En tres noches no había dormido. Arrodillada al pie de su lecho se perdía en la desesperación más espantosa. Ya se acusaba de no tener valor para arrostrar el martirio, y salvar de la deshonra, tal vez de la muerte a su desgraciado padre; ya alejaba espantada de su imaginación tan triste idea, acordándose del amor infinito que la unía a su Ernesto. Conocía que el joven poeta era vario e inconstante, y que si el soplo de la felicidad, agitando las alas de su risueña imaginación, le impulsaba a perderse en el cielo entre océanos de divina luz, el aliento del desengaño, sumergiéndole en el dolor, arrancarían a sus labios la blasfemia e inspiraría la duda, y el ateísmo a su impresionable corazón. Y María no se engañaba. El poeta es como el iris del mundo moral. Tiene todos los colores, y aparece siempre sobre los desastres de todas las tormentas. ¿Por otra parte podía unirse con un hombre a quien no amaba, de horrible

cuerpo y de envilecida alma? ¿Y su padre? ¿y si en un arrebato se daba la muerte, no quedaría siempre en su alma el más negro remordimiento, anublado sus días, oscureciendo su corazón y su conciencia? ¿Qué hacer? Le parecía que el alma de su madre, desprendiéndose del cielo la acusaba de las desgracias que afligían a su esposo; que murmuraba maldiciones en sus oídos, negándole por tanta ingratitud su dulce amparo; y que llorosa y afligida le echaba en cara la debilidad de su corazón, y el amor funesto que la retraía de aquel horrible sacrificio. Quería distraerse. Mas era imposible. Desde su lecho veía el azulado mar, por do bogaba la frágil barca de Ernesto. Su isla aparecía risueña y encantadora entre los celestiales celajes de aquel risueño horizonte. En las manos tenía su carta que oprimía contra su corazón. Si matara el placer, aquella carta hubiera asesinado a María. No podía acordarse de Ernesto, sin sentir también un dolor infinito. Quiso distraerse.

Fue a buscar su jilguero y le halló muerto en la jaula. Se había olvidado María de verter unas gotas de agua en su bebedero. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡Qué cruel soy! dijo. ¿Por qué no le di su ansiada libertad? Abrió la ventana, y el sol había devorado sus antes verdes y lozanas enredaderas. Nuestras desgracias todo lo marchitan, todo lo envenenan. Cuando las tempestades se desencadenan en el corazón, y se agota el rocío de lágrimas, y siniestros relámpagos cruzan ante nuestros extraviados ojos; olvidamos todo cuanto nos rodea, y hacemos a la naturaleza víctima de nuestros dolores. ¡Qué crueles somos! En cambio naturaleza regocíjase amorosa en todos nuestros festines. Para los corazones enamorados tiene los cantos de sus fuentes, las guirnaldas de sus flores, la sombra de sus bosques y el canto de sus aves. A los cuerpos desposeídos de vida que nosotros arrojamamos de nuestro seno, les abre naturaleza sus entrañas, y los arrulla en su eterno sueño.

XXXV

Gran rumor se oye a la puerta de la casa donde habita don Pedro. Son los curiosos vecinos de las cercanías que acuden ansiosos a ver alguaciles, juez y escribanos reunidos en aquella mansión.

Por fin los cuervos de la desgracia han abandonado su nido para lanzarse sobre el arruinado comerciante. Es tan implacable la justicia humana que horroriza y espanta. Vale más ver a la puerta la cruz del sacristán que oír la voz agria y descompasada de un curial:

Notificada a don Pedro la causa de aquella visita, procedieron al embargo.

Don Braulio se sonreía triunfante y orgulloso.

María iba sosteniendo a su padre pálida y trémula, cual las hojas de los árboles en el otoño.

Don Pedro confundido, avergonzado, no profería la más mínima palabra.

Un alguacil en voz alta iba mencionando todos los muebles que hallaba al paso, y el escribano apuntaba con estoica indiferencia escribanil.

Las voces del alguacil taladraban el corazón de don Pedro.

-Un sillón de baqueta, decía en voz alta, el ministril algo usado y de gran antigüedad.

Don Pedro estaba apartado de todos con su hija.

-En ese sillón, María, murió mi padre. Desde ahí me recomendó la honradez, mi principal herencia. ¿Quién le hubiera dicho que tan pronto el deshonor había de anublar la frente de su hijo? ¿Quién que su sillón desde el cual tantas veces me había bendecido, debía venderse más tarde en pública almoneda.

-Una cuna de caoba con filetes dorados, gritaba el alguacil.

-Esa es tu cuna, María, ahí te depositaba tierno, amorosa tu madre.

María se ahogaba de dolor.

-Un velador de pino.

-En ese velador aprendiste a leer. ¡Cuán extasiada te escuchaba tu madre cuando tú leías los Mártires o el Genio del cristianismo. Y se lo llevarán mañana.

-Una mesa de escritorio.

-¡Esa mesa! Dios mío, Dios mío. En esa mesa nació la fortuna que hoy muere. Sobre ella mi padre escribía y me enseñaba a ser un honrado comerciante.

-¡Un retrato de señora!

-¡El retrato de tu madre! Señores, por compasión, dejadme esa única prenda, es mi felicidad. Permitidme al menos que legue ese recuerdo a mi hija. Es la sombra de su madre. No embarguéis, no vendáis lo único que de una madre resta en el mundo. Vendedme a mí por esclavo. Sacadme la sangre si queréis, pero ese retrato... oh, ese retrato, no. Son sus ojos que aún me buscan, sus labios que aún pronuncian mi nombre. Ayúdame, María, a rogar... que no vendan a tu madre...

María cayó de rodillas implorando misericordia.

-No puede ser, dijo don Braulio. Después en la almoneda que debe verificarse, si aprontáis el dinero se adjudicará al que más puje.

-Callad, un usurero no puede tener sentimientos. El que roba la sangre del pobre...

-¡Me insulta! Lo oís, me insulta. Justificaréis lo que decís o de lo contrario la ley caerá con todo su rigor sobre vuestra frente.

-Señores, dijo el juez. No permito que a nadie se insulte delante de la autoridad. Abiertos están los tribunales donde se da a cada uno su derecho con perpetua y constante voluntad.

En este intermedio María recogió un papel que se había caído del bolsillo de su padre, y pudo leer lo siguiente.

«Hija mía: Te dejo abandonada. Yo muero y muero afrentado. No me maldigas. Compadéceme. Veas si puedes ocultar mi suicidio, para que me entierren al lado de tu madre.»

María fuera de sí, exclamó corriendo hacia don Braulio.

-Oídmeme, oídmeme, por compasión. Y se lanzó fuera del aposento.

XXXVI

Don Braulio siguió apresurado a María con el rostro radiante de brutal placer.

-¡Perdón! ¡Perdón! Exclamó María, arrojándose a sus pies. Aún es tiempo de evitar una desgracia.

Don Braulio que conocía su situación le dijo sonriendo con artificioso disimulo:

-No os comprendo, señorita, no sé lo que queréis decir.

-Por Dios, tal vez dentro de algunos minutos se haya consumado mi desgracia. Entonces...

-Entonces. ¿Qué?

-La maldición del cielo caerá sobre mi frente.

-¿Y quién ha provocado esa maldición?

-Yo, yo soy la culpable, yo soy criminal. Salvad a mi padre, salvadme a mí.

-¿Qué anheláis de mí?

-¿Ya no traéis a las mientes vuestras palabras, no recordáis lo que a la orilla del mar me prometisteis?

Una nube de placer oscureció los ojos de aquel hombre, su sangre ardía, pero frío, calculador, y queriendo vengarse exclamó ocultando victoriosamente sus instintos.

-Lo he olvidado todo. No quiero comprar vuestro corazón con el oro que amontona mi avaricia.

-¡Ay! gritó María con todas sus fuerzas. Me vais a perder para siempre, mi padre va a volverse loco cuando se vea hambriento y desvalido.

-Vuestro padre es joven, repuso sarcásticamente el usurero, repitiendo las palabras que en la entrevista con él había pronunciado María.

-Yo seré vuestra esclava. Cumpliré todo capricho que como ley me dictéis. Me doblegaré a todas vuestras exigencias.

-No, no puede ser.

-¿Rehusáis la felicidad que puedo daros, desprecias mis caricias?

-Sí, sí, decía don Braulio embriagado de gozo.

-No, no lo creo. Vos me amáis. Mirad que rubio es mi cabello. Jugaréis con estas trenzas de oro. Mis labios os llamarán esposo. Un mismo techo nos cobijará. Nuestra vida será alegría y placer. Y...

Don Braulio temblaba como azogado. Sus ciegas, sus horribles pasiones se despertaban con toda su fuerza.

-¿Y Ernesto? Dijo.

-¡Ernesto! ¡Ernesto! No le volveré a ver más, de aquí se ha ausentado para siempre. Sí, para siempre.

Y María acentuaba aquellas palabras con indefinible desesperación.

-Le diréis a vuestro padre, que me amáis.

-Sí que deseo ser vuestra esposa. ¿Accedéis?

-No accedo.

-Y querréis ver morir a mi padre, verme morir a mí.

Yo os ofrezco una vida deliciosa, una vida de amor. Seré, vuestra... Besaré vuestros pies. Salvad, salvad a mi padre, y yo os recompensaré, su salvación con mi mano.

-¿Serás mi esposa?

-Sí, sí.

-¡Mi esposa! Por fin triunfé, por fin vienes a mis pies a pedirme de rodillas lo que arrogante me negabas.

-Os lo pido por caridad.

-Voy a salvar a tu padre de la deshonra y de la muerte. Serás mía, y yo seré feliz.

Y don Braulio salió precipitado del aposento.

María había padecido tanto que al salir su futuro esposo de aquel gabinete cayó sin sentido sobre el frío pavimento.

- XXXVII -

¡Terribles son los sacrificios del amor! Perder la dicha, sueño constante del alma, arrojar del pecho el sentimiento que es vida y esperanza, olvidar todas las risueñas ilusiones, en que se pierde extasiada la imaginación, a despecho de la voluntad, es un martirio que no puede mentarse sin que se estremezca espantado el corazón.

Amar como amaba María, es luz, es la armonía de todas las almas en el seno de Dios, es el canto de todas las esferas encadenadas por el amor, es el soplo de la inspiración que flota sobre los mundos, y agita la mente del poeta, es el reflejo de todo lo que hay de divino en la naturaleza, y el resumen de todo lo que existe de inmortal en el hombre. Amar como amaba María, es desposeerse de la naturaleza para vivir en otra naturaleza, es cambiar el alma por otra alma. Amar como amaba María debe ser el sueño de todos los hombres que anhelan la perfección, y que desean ver a la tierra convertida en un espejo del cielo.

Pero ese amor infinito se veía aprisionado por la suerte, combatido por la desgracia. Y es que en el mundo todo lo grande, todo lo sublime está divorciado de la felicidad. El día en que el Creador abandonó los cielos para redimir la tierra, la naturaleza se reveló contra su omnipotencia, y los hombres se mofaron de su misericordia. Sus palabras rodaron por el desierto sin conmover los corazones. Fue su carrera triunfal la calle de amargura. Su corona de estrellas aguda corona de espinas. Aquellos labios que difundían con una palabra la luz sobre el caos, bebieron la hiel de nuestras burlas. Y como Dios es la

sublimidad en esencia, la belleza increada, la idea absoluta, la revelación permanente del arte, y el sueño que realiza, el poeta en su peregrinación por el mundo se vio combatido por la naturaleza, aprisionado por los hombres, hecho escarnio de todas las naciones, y ludibrio de todo el Universo, para que en él se compendiasen las desgracias de la miserable humanidad.

¿Hasta cuando ha de pugnar el pensamiento con la forma?

¿Ha de luchar siempre, Bellini con los sonidos, Murillo con el pincel y Calderón con la palabra? Y la humanidad, ese poeta desconsolado, cuyos cantos se pierden en el vacío, ese ángel, cuyas alas están rotas, ¿ha de quedar encadenado siempre a esta roca solitaria, do bebe las lágrimas del destierro?

¿Y el amor? ¿Por qué el amor ha de ser un relámpago? ¿Y la felicidad? ¿Por qué la felicidad ha de ser un fuego fatuo? ¿Por qué la poesía es un vano sueño? Por qué el amor, la felicidad, y la poesía son los albos de Dios, el crepúsculo que divisamos desde nuestro hondo valle, dorando con su luz las riberas de nuestra patria celestial. El amor.

XXXVIII

Lector, si no comprendes el sacrificio de María, te ruego que no prosigas aunque hayas tenido la heroica paciencia de llegar hasta aquí. Si no ves las lágrimas si no oyes sus quejidos, si no puedes apreciar cuánto pierde por salvar a su padre te ruego encarecidamente que no pases más adelante.

XXXIX

No hay drama sin desenlace, ni desenlace sin catástrofe. Los curiales fueron las víctimas de este drama. No puedo pintar cuánto sintieron que todo se arreglase amistosamente. Cuando oyeron que don Braulio como único acreedor de don Pedro mandaba que se suspendiese el embargo, se quedaron estáticos.

-¿Interpondrá V. demanda de calumnia?

-No.

-Y le ha llamado a V. usurero delante del tribunal.

-Ha sido un acaloramiento.

-Y va V. a entrar en transacciones amistosas con un hombre que no tiene un cuarto.

-Yo me entiendo.

-Va V. a arruinarse.

-No importa.

-¿Pagará V. los gastos de...

-Se entiende.

-Le hacíamos a V. hombre de mas talento,

-¡Cómo ha de ser!

-Desinteresadamente voy a darle un consejo.

-Tantas gracias.

-Sino se aprovecha V. de la ocasión se echarán otros encima y ese hombre se declara insolvente.

-No vendrá nadie más. He comprado todos los créditos que contra su caja existen. Soy dueño de todos los pagarés que ha expedido.

-Pues dejadlo; dijo el juez terciando respetabilísimamente en aquella cuestión. Con su pan se lo coma.

A don Pedro nada le dijeron. Como le consideraban arruinado huían de él. ¡Cómo que tenía que pleitear en todo caso por pobre! La justicia es muy esquiva para los pobres. En cambio anda vendiendo sus favores a todos a todos los poderosos. ¿Si pasará esto?

XL

María a Ernesto.

Adorado Ernesto: Te escribo por primera y última vez en mi vida. Hoy aún puedo recrearme escribiéndote; mañana sería un crimen hasta el intentarlo. Te extraña que principie así mi carta, yo lo extraño más que tu, yo que estoy escribiendo. Ernesto, ¡hemos sido muy desgraciados, mucho! ¿Que dirás cuando sepas que mañana me caso? No lo creerás. Dirás que he perdido el juicio. Y es verdad; estoy loca, pero loca con esa clemencia embriagadora, que afortunadamente causa la muerte. Loca con todo el desvarío de la razón. Me caso con tu tío para que no se suicide mi padre. ¿Comprendes? Con tu tío, con ese tío que tantos favores te ha prodigado; que tanto bien nos ha hecho.

María a los pies de un jorobado

No lloro. ¿Por qué he de ocultártelo? Las fuentes de mi dolor están agotadas. ¡He sufrido tanto! Tampoco duermo. Desde que te fuiste, ni por una hora; ni por un minuto he logrado conciliar el sueño. Escribo delante de un espejo y no me conozco. Estoy tan pálida que me parezco al cadáver de mi madre. ¡Pobre madre mía! ¿Cómo llorará al verme tan desgraciada? Amar tanto para padecer así. Adorarte con todo el frenesí de mi juventud y verme por la suerte desposeída de tus caricias y desposeída para siempre. ¡Para siempre! Esa palabra hiela mi corazón. Estoy siempre murmurándola. Me consuelo, porque creo que si la repito mucho llegará a matarme.

Yo creo que moriré de amor. Esa creencia me consuela. Creo que el veneno de mis desgracias emponzoñará mis días. Mis ojos se entorpecerán para siempre, porque no les será permitido contemplar tu rostro. Ernesto, Ernesto mío. Te adoro. ¿Por qué he de ocultártelo. Sí, te adoro con todo mi corazón. Voy a escribir infinitas veces esa palabra; porque mañana seré ya para siempre de otro ser, a quien no amo.

Me parece que el corazón quiere llorar. Aún quedan algunas lágrimas en mis ojos. Son el último tributo que a tu amor puedo rendir. Lloro; sí, lloro. Hago más que llorar; sollozo. Si este tiempo fuera eterno; si pudiera pasar la vida escribiéndote, nunca mis ojos llegarían a secarse. También se ha secado la fuente del jardín. El jilguero ha muerto y las enredaderas también. Han muerto sedientos. ¡Cuánto habrán padecido!

Ni siquiera pude oír el último gorjeo del jilguero ni recoger la última flor de las enredaderas.

¿Por qué nos habremos conocido? Te estoy viendo y tiemblo. Sondeo mi amor y me espanto. ¿Te acuerdas de nuestros paseos a la luna? Del rosal que cultivabas para tejarme una corona de rosas blancas; una hermosa corona de desposada, que te recreabas ya; entrelazándola con mis cabellos? ¿Te acuerdas de nuestros sueños después de nuestras bodas? Viviríamos en el campo lejos del trato de los hombres. Todos los días, según pensábamos nos levantaríamos con la aurora para coger flores cargadas de rocío. Iríamos a buscar al desgraciado a su lecho para llevarle la felicidad y el consuelo. Tú cantarías, con el laúd, nuestros amores, mientras yo lavaba en un arroyo las yerbas que habíamos recogido para pasar el día. Al caer la tarde rezaríamos el Ave María. ¿Y esto no ha de realizarse? No: todo fue un sueño. Ahora la suerte me obliga a casarme con un hombre que me repugna; Ernesto; que me da asco. Y no puedo libertarme, y no tengo esperanza. Amamos sin esperanzas. ¡Y no he de volver a verte! No, no, no vengas; porque ya no hay remedio. No vengas porque tu amor y mi virtud están reñidos. Déjame morir aquí con mi desesperación; con mi locura. Y este amor tan grande que tan felices nos hacía Y tan virtuosos; este amor que Dios nos inspiraba; este amor que te enseñó a creer y a orar; este amor mañana es una ofensa hecha a los cielos.

Tal vez me acusarás. Entonces te compadeceré Ernesto, mucho más de lo que te compadezco. ¿Se puede renunciar voluntariamente al amor o a la felicidad? Yo me suicido porque mato mi esperanza; mis ilusiones; pero me suicido obligada por la fatalidad. ¿Y no es temible un suicidio moral? ¡El corazón late desgarrado y la esperanza se disipa! ¡La esperanza, que es la última estrella que apaga su brillo en las tinieblas de los dolores!

Es horrible este martirio que padezco. Todos mis días estaban consagrados a pensar en ti, y a soñar con mis dulces amores consagradas estaban todas mis noches. Bendecía al sol porque iluminaba tu isla; y se perdían mis ojos en el mar, porque allí bogaba tu barca. La campana de la oración me estremecía de amor, porque nuestras súplicas se encontraban en el espacio para subir unidas a los cielos. Y la luna, mensajera de tu venida a las costas, me inundaba de plácida alegría. Y todo ha muerto para siempre. ¡Y los domingos! ¡Con qué devoción oíamos misa! ¡Qué flores tan hermosas me traías para adornar el altar de la Virgen! ¡Qué cánticos tan nuevos y tan dulces entonabas por las tardes en las playas! Yo tenía celos hasta del eco que repetía tus acentos. Yo quería que nadie te oyese, temerosa de que todas las jóvenes, que por las cercanías vagaban se enamorasen de ti. ¡Y todo ha huido! Todo me recuerda tu amor. Llevo la bata que llevaba la noche en que nos despedimos. Conservo cuidadosamente el lazo celeste que adornaba mi cabeza la vez primera que nos vimos. Cuando muera pediré que me entierren con el vestido, y que sobre mi cuerpo inanimado extiendan ese lazo. Así ha de ser más dulce mi sueño. Todas las flores que me traías las guardo. Están secas como nuestra felicidad. Cuando nadie me oiga cantaré aquella canción que a orillas del mar me enseñaste, cuando la tierra tenía tantas flores como ilusiones nuestras dos enamoradas almas.

Ernesto: ¿Será verdad que ya jamás podré, escribirte? Me parece que estoy soñando. Adiós para siempre. No te acuerdes de mí. Sí, sí, acuérdate siempre por piedad. No he cometido más crimen que ser muy desgraciada. La desgracia debe, ser un crimen

muy espantoso cuando tantos castigos me acarrea.

Ernesto: tal vez otra mujer, que no te amará tanto como yo, te hará más feliz. ¿Y tendrás valor, Ernesto para olvidarme; para ser de otra? Ay, no, no: me moriría de celos. ¿Pero con que derecho pretendo arrebatarte la dicha, que te reserve el porvenir?

Yo desde el fondo de mi desolación pediré a Dios que me olvides si por mis recuerdos padeces; que tu corazón encuentre una compañera virtuosa y amante, y... que, muera yo pronto. -María.

XLI

El día de boda

A las siete de la mañana, don Braulio estaba ya a la puerta de la casa de su novia, arrastrado por potros andaluces en un suntuoso carruaje. Llevaba pantalón azul, chaleco carmesí, frac verde botella con botones de oro, camisa con chorrera, una grandísima aguja de diamantes, un reloj descomunal de oro pendiente de larguísima cadena cargada de dijes a saber: un cañón, corazones traspasados por flechas, jabalíes, corderos, etc., etc.; los guantes era amarillos y el sombrero de color de chocolate.

¡Que exquisito gusto! No se puede negar que el tal don Braulio era un hombre esencialmente estético.

María sólo llevaba un vestido de merino negro, y una mantilla española, traje, que sienta bien a toda mujer graciosa.

Su sencillez, propia de una viuda, contrastaba con la churrigueresca ornamenta de su churrigueresco novio, el cual hizo un gesto de disgusto y despecho al verla tan pobremente ataviada.

Isabel, única amiga de María, la acompañaba. Y la sostenía; porque la infeliz no podía sostenerse; tan profunda era la enfermedad de su alma.

Don Pedro subió al coche. No sabía lo que por él pasaba. Su hija le dijo que deseaba casarse con don Braulio, y él luchó y luchó contra su decisión; pero nada logró alcanzar de su hija que estaba resuelta a salvar a su padre.

María se había llegado a convertir en una máquina. Vio que entraba en Santa María de Alicante, que un sacerdote la bendecía, oyó que juraba con los labios fidelidad a aquel ente repugnante, que un sacerdote le leía la célebre epístola de San Pablo; tocó un anillo pronunciando un sí, y al salir de la iglesia y ver el mar sacudió aquel letargo y dio un grito espantoso.

-Hija mía, exclamó don Pedro.

-No tengo nada, nada... Vámonos pronto, pronto...

Pero al ver que don Braulio la seguía, que de él no podía separarse, cayó de bruces sin sentido contra la portezuela del coche.

Don Pedro comprendió entonces cuanto le había ocultado su hija. Este venerable anciano jamás pudo consentir de grado en el enlace de María. Opúsose, hízole reflexiones, trató de inquirir los secretos del corazón de su hija, pero la infeliz apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, engañaba a su padre ocultando con plácida sonrisa las tempestades de su alma. Don Pedro rogó, insistió, hízole ver que el corazón se rebela a la voluntad, que amor es ley, que no podía la virtud luchar a porfía con el corazón siempre vencedor, y su hija, serena con voz entera, y rostro tranquilo, le contestó que ninguna reflexión podía ser parte a disuadirla de su propósito. Don Pedro trató de prohibir tal casamiento, pero sus prohibiciones como sus ruegos se estrellaron contra la firmísima resolución de

María, que aceptó su triste destino de víctima con la fe que nace del corazón y se aumenta al parar mientes en la enorme grandeza de tan enorme sacrificio. María volvió prontamente en sí, y al ver la mirada fría impassible de su padre protestó que de su emoción nacía aquel triste caso.

XLII

La noche de boda

Hacía una noche espantosa. El cielo estaba cargado de nubes. La tempestad comenzó al anochecer a extender sus alas. El calor era sofocante, el mar, como muerto, ni se movía, ni suspiraba. Abrasados los campos, marchitos los árboles, secas las flores, presentaban el aspecto de una tierra maldecida. Hasta los pajarillos piando se quejaban de la inclemencia del cielo. Algunos relámpagos resplandecían por los límites del horizonte. El trueno rugía a lo lejos como amenaza de los abismos del cielo a los abismos de la tierra. No caía una gota de las nubes, ni suspiraba el más mínimo aliento de aire. Los nubarrones cada vez más espesos y más gigantescos, parecían tocar con las alas de sus negros mantos la superficie de la tierra. Algunos sacudimientos removían el suelo, levantando polvo como si el mundo temblase al verse amenazado por el látigo de la tormenta. María aterrada oraba acompañada de Isabel en un gabinete, cuando entró don Pedro a decir que era ya hora de recogerse, dando a su hija un beso en la frente; y oprimiendo la mano de Isabel, que se retiró a uno de los aposentos de la casa.

María quedó sola; cuando don Braulio apareció a la puerta del gabinete.

-¡Qué noche! ¡Dios mío! ¡Qué noche! exclamó María.

-Todo te aterra, todo te espanta.

-Me parece oír una amenaza, y ver en esa tempestad un castigo.

-Risueñas ideas te vienen a las mientes. Eres una esposa alegre y divertida.

-¡Esposa, yo!

-Sí, mi esposa, María; dijo don Braulio, queriendo oprimirla por vez primera contra su corazón, pero la joven se apartó de sus brazos refugiándose en un ángulo de la estancia.

-¿Huyes de mí?

-Sí, sí. ¿No oís ese amenazador ruido, no veis esos siniestros fulgores?

-Oigo lo que tú oyes, y veo lo que tú ves.

-¿Y nada dice a vuestro corazón la tormenta?

-Nada.

-Sois de piedra. Hemos cometido un crimen; y Dios por ese crimen asesta el rayo contra nuestras cabezas.

-No temas; hay aquí pararrayos.

-¿Sabéis lo que es engañar a Dios? Yo he querido esta mañana engañarle. En un templo, al pie de sus altares, he jurado en falso; he prometido lo que mi corazón no puede cumplir.

-¡Es tan fácil de cumplir lo que has prometido!

-¡Fácil de cumplir! ¿Amar a un hombre a despecho del corazón es cosa hacedera?

-¿Qué es el amor? Un instante de goce; y después... nada.

-¡Qué ideas! Amar es adorar sin fin, sin medida, vivir por otro ser, y morir cuando muera el objeto de nuestros ensueños.

-No puedo dejar de reírme. Ese es amor de novela; amor que no existe en el mundo, sino en la mente de extraviados poetas.

-Y vuestro amor es el egoísmo; el amor del infierno que se marchita con un beso de fuego.

-María, vamos a recogernos, que tengo sueño. ¿Pues no ha escogido mala sazón para filosofar?

-Dejadme sola. ¿No oís? Parece que se desgaja el cielo y que se hunde el mundo.

-Pues señor, me divierto. Qué importuna tempestad Dios está jugando conmigo.

-No blasfeméis, no blasfeméis por piedad, dijo María temblando.

-No quieres que blasfeme, y reniegue, y me desespere cuando te estás allí con esa calma.

-Mi alma es presa también de la tempestad. Por evitar un crimen he cometido otro crimen tremendo. Dar el corazón y la vida a un hombre, por quien el corazón no se interesa! Os he jurado amor eterno; cuando mi mente se perdía en sus recuerdos de ayer, cuando mis ojos buscaban el rostro de mi amado; cuando todas mis ilusiones eran para Ernesto. Y lo he visto aparecer entre el humo del incienso, y he oído su voz bajo las bóvedas de la iglesia, y ahora está delante de mí, maldiciéndome porque le he arrancado del pecho su corazón a pedazos.

-María, María, acuérdate de que eres mi esposa.

-Sí, ya lo sé. Sé que he engañado al mundo. Sé que he intentado engañar a Dios. Las gentes dirán que he vendido a peso de oro mi corazón, que como Ernesto es pobre y vos sois poderoso, he despreciado a Ernesto y me he unido gozosa con vos, y huyendo de la deshonra he venido a dar contra ella, porque en el camino del crimen no puede encontrarse nada más que el crimen.

-María, sígueme. Ya sabes que tengo sobre ti un poder conferido por Dios.

-Esperad un instante. Me ahogo. Tocad mi frente, y sentiréis que os abrasa la mano. Quiero respirar.

Don Braulio abrió con rabia una gran ventana rasgada que daba al campo, y que estaba casi al nivel del suelo.

-¡El campo! dijo María enajenada de gozo.

Una fuerte ráfaga de viento apagó las bujías que ardían en las estancias, y como la noche era tan oscura quedó todo envuelto en las más profundas tinieblas. Entonces la joven se dio a correr con frenesí, dando gritos de loca y delirante alegría. El huracán la arrastraba en sus alas; ni la arredraba el fulgor de los relámpagos, ni la detenía en su precipitada carrera el resonar de los truenos. En su afán de libertad devoraba el espacio sin fatigarse, sin desmayar como si un genio superior a sus fuerzas la arrebataste en sus alas. Llegó a una escondida gruta. El búho, y la lechuza saltaron en su presencia produciendo un ruido siniestro, semejante a un remordimiento.

Don Braulio perdió norte y rumbo. En vano quiso penetrar aquella terrible oscuridad, en vano. Por fin cayó falto de fuerzas exclamando: -¡Vaya una noche de boda! ¡Y para esto, comprando créditos me he gastado más de dos millones! ¡Vaya una noche!

XLIII

Nos hemos olvidado de Ernesto. Ya ha llegado a Madrid, centro de gravedad, donde van a parar todos los que caen y todos los que anhelan elevarse. Madrid es el inmenso panteón donde las ilusiones yacen enterradas, y como si necesitasen del aire de las tumbas; las ilusiones nacen también en Madrid, cual esas amarillentas flores que brotan en el borde de los sepulcros. Hemos visto elevarse tantos tontos, en nuestras parodiadas revoluciones, que nadie debe extrañarse de que la tontería se presente como mérito en Madrid para escalar altos puestos. Por eso Madrid es el nido de los tontos.

Hemos oído tantos vanos discursos, que después han merecido una cartera, que todos los fatuos se creen llevados del mal ejemplo con derecho a ser ministros. Se han levantado tantas fortunas del polvo, que todos los hambrientos creen que en Madrid el polvo es oro.

Los infelices se engañan. Los grandes de la tierra se han pegado el oro a las casacas por miedo de que se les escape.

Los amigos que saben vender a su amigo, los aduladores que contemplan atónitos las espumas que van subiendo a la superficie de la sociedad, para elevarlas con su aliento hasta los cielos, los que no tienen más norte que el interés ni más fin particular que el propio engrandecimiento, acuden presurosos a Madrid. Aquí están los más elevados palacios y las más sucias pocilgas, aquí los que se visten de oro y los que se encubren de andrajos; aquí las damas llenas de aromas, y las infelices que no tienen una camisa ni un vestido; aquí las que más ocultan sus crímenes, las que mejor los saben dorar, y las inmundas prostitutas; aquí, en fin, se oye el sonido del baile y el estertor del pobre: se ve en los festines reír a impulsos de los vahídos que causa el vino, y se ve también al hambriento morir de necesidad allá en las alas de los tejados, para que sus almas martirizadas vuelen mas pronto hacia Dios.

Madrid es un espantoso cuadro de Goya. Iluminado por la débil luz de sus orgías es el infierno. Aquí todos son egoístas, porque todos son comerciantes. Todos se proponen vivir en la voluptuosidad, porque en Madrid no ha más artistas que los sastres, ni más cielo que el techo de los salones de las sociedades, o del circo de Paul.

El que quiera ver cómo perecen los pueblos embrutecidos, como se disuelven las sociedades infestadas, como se encuentran las naciones que ni tienen pasado ni porvenir, que ni creen en el arte ni en la gloria; que venga a Madrid y se le presentará el aspecto de un pueblo embriagado que revolcándose en el lecho de sus vicios aplica aún la copa del placer a sus amoratados labios.

XLIV

Ernesto se alojó en casa de su tío. Allí encontró un su primo, elegante y escéptico, porque es imposible ser elegantes sin ser escépticos. Era literato. Bien es verdad que nada entendía de literatura; pero para ser hoy literato es lo que menos se necesita. Los literatos han de saber rizarse perfectamente el bigote, reírse de todo, desperezarse en el café del Príncipe, y bostezar en el teatro.

Éstas son sus artes. La sublime emanación de Dios se ha perdido. Los poetas andan errantes por el mundo. El soplo de la desesperación hace vibrar sus liras. Sus coronas de laureles se han convertido en coronas de espinas. Por eso el genio sin cruzar este infestado horizonte, pliega sus alas y se duerme en su cuna de azucenas. Sus pensamientos son como estrellas que van rodando a caer en el seno de la eternidad. ¡Infeliz Zorrilla! Sus cantares se pierden entre las prosaicas carcajadas del mundo. Cantan solitarios o desde extrañas playas, y nosotros los dejamos morir hartas de cantar como las cigarras. ¡Somos tan sublimes! En cambio después de muertos, si están lejos trasladaremos a nuestros cementerios sus restos con pompa, si no los encerraremos como

al infeliz Espronceda en un estrechísimo nicho, y venderemos sus poemas por cuatro reales, para que vayan a parar a las especierías. ¡Apreciamos tanto el mérito!

El primo se llama Eusebio.

XLV

Aquella misma noche fue Ernesto al teatro con su primo. Se representaba un drama nuevo, Eusebio le encargó a Ernesto que no aplaudiese aunque el drama le gustase infinito.

-¿Por qué? Preguntó nuestro joven.

-Porque el autor es mi enemigo.

-Y el arte ha de prostituirse a las pasiones.

Eusebio le miró espantado.

-Pero hombre, si es tan pedante.

-Del poeta no podemos juzgar sino cuando le oímos, cuando nos revela las revelaciones de Dios.

-Dicen que el primer acto pasa en Granada, y el segundo en los alrededores de Granada, y el tercero en la Alhambra. Ya ves que desconcierto.

-¿Y por eso vas a condenar a una obra de arte? Las formas son tan sólo las determinaciones de las ideas.

-Vamos, tus ideas sí que son provinciales.

Y con esto quiso Eusebio hacer punto redondo. Provincial es sinónimo de *bárbaro*.

El drama era magnífico, pero fue silbado, porque diz que tenía mucho de filosófico. El poeta no se sudó, pero se metió a zarzuelista. Han de saber ustedes que en Madrid, en la ilustrada corte de las Españas, aquí donde nació el primer teatro del mundo sólo se aplaude la superficialidad en el poeta, y la buena perspectiva de las decoraciones. Que aparte de algunas buenas obras, los descendientes de Calderón han producido Por seguir a una mujer etc., etc.

XLVI

Ernesto esperaba en vano carta de María. Su enamorado corazón no podía vivir sin el eco del amor, que daba vida a su alma.

No dudaba de María. La duda es hija de la turbación, de las tinieblas, y Ernesto veía en todo su esplendor el alma de su amante.

Su fe tranquila no podía apagarse en el vacío de pasajero silencio. Pero el temor de que inesperada desgracia hubiese asaltado al ángel de sus ensueños amargaba todas las horas de su existir.

Toda compañía le era enojosa. Necesitaba entregarse a sus pensamientos. Alguna vez atormentado por su triste penar, recogía todos sus recuerdos, invocaba a la celeste inspiración, y sus amores se convertían en torrentes de santísimas armonías. Escribía versos hijos de su pasión, y destinados a enjugar sus propias lágrimas. Entonces con ese vuelo mágico del poeta que sacude el polvo de las tumbas, y atraviesa la oscura noche de la ausencia veía a su amada entre coronas de flores a orillas del mar, perdiéndose en el cielo de su infinito amor, y pronunciando el querido nombre de su Ernesto.

¡Feliz el poeta, porque para el poeta no hay espacio, porque para el poeta no hay tiempo. Nosotros los mortales tenemos que arrastrarnos por el suelo para seguir el curso fatigoso de nuestra triste vida, y encerrarnos en el tiempo para contar los días que fueron y prever los días serán. Vosotros, poetas, vagáis en las alturas entre los coros de estrellas que os revelan sus secretos, arrullados por el aliento de Dios, bendecidos por la humanidad, con una aureola en la frente, y una palma en las manos, reclinándoos en el seno del ángel de la gloria que os lleva en sus celestes alas, al través de sonrosados celajes hasta el dintel de la eternidad.

Cuando más embebido en su pensamiento se encontraba Ernesto entró un criado y le presentó una carta. El corazón del joven poeta latió con violencia. Cuando se vio solo rompió con precipitación el sobre de la carta. Conforme iba leyendo, palidecía, se agitaba, sus ojos despedían como centellas, se crispaban sus cabellos, y nervioso temblor sacudía su cuerpo. Después exhaló un ay dolorosísimo, y dejó el rostro sobre las manos quedando como aletargado en su desesperante actitud.

XLVII

Perder el amor para un joven es perder la vida. Cuando se ama, la naturaleza es un templo, y el corazón un altar. Los cielos brillan con deslumbrante esplendor, se sonrío la luna con amorosa sonrisa, y el sol resplandece con la misma luz que arde en la exaltada imaginación. El aroma de las flores es el incienso que se quema en aras del amor. El murmullo de una fuente, el susurro de las hojas, y el suspirar de las auras son conciertos que cantan las prendas de la mujer amada.

Todo el mundo aparece subordinado al amor. Los astros brillan para iluminar la dicha de los amantes, los arroyos corren por el placer de escuchar sus enamorados suspiros, los bosques se engalanan para servirles de silenciosa gruta y las diferentes armonías de la naturaleza con los ecos de sus cantares. ¡Bendito sea el amor!

XLVIII

¿Será verdad? Decía Ernesto, volviendo a leer la carta. Entonces se explicó la generosidad de su tío. Negra rabia se apoderó del joven. Ardía en negro afán de venganza. Pero como su amor era su existencia, sintió que el deseo de vivir se apagaba en su seno. La vida sin objeto no es vida. La vida sin esperanza o puede sobrellevarse. Leamos la carta que le inspiró su despecho.

«Para qué vivir, María, cuando, el destino nos asesina. Toda lucha es inútil. Ya estoy vencido. Ya me entrego maniatado a la desgracia. En nada creo, nada espero. El mundo me rechaza, y la muerte me halaga. Yo oiré, María sus halagos. Se escapa el alma del cuerpo. ¿Podré yo contenerla cuando el cuerpo me pesa con horrible pesadumbre? El dolor hace fermentar la vida que se desvanece y se disipa. Vivir sin ti es imposible. Tu padre no se ha suicidado, María, no; pero se suicidará tu amante. Cuando la desgracia ha de herir una frente, señalada con el sello del destino es inútil combatir a la desgracia.

»¡Que feliz habrá sido ese hombre que ha devorado tus gracias!

»¡Qué feliz!

Y una contracción nerviosa le hizo rasgar a su despecho con la punta de la pluma el papel en que escribía.

»Sólo te ruego que viertas sobre mis recuerdos una lágrima.

»No quiero ir a perecer en el cieno del canal, no. Allí se muere en medio de lodo.

»Adiós naturaleza. Tú que tanto me has amado; me ahogarás ahora entre tus brazos. Ya no hay ambición, ni amor en mi pecho. Mi ambición es descansar, mi amor es por la muerte.

»María, María. Llora. No quiero ser cobarde, no. Voy a morir sereno, tranquilo. No creo que tu esposo te niegue el triste privilegio de oír la voz de un moribundo. Adiós, Adiós.»

XLIX

La manía del suicidio está muy en moda en el fatal siglo que vivimos. Y es porque la humanidad abandonando su camino, marcha a ciegas por los derroteros de la duda. La fe ha muerto en el corazón, y sobre su urna cineraria yacen los despojos de nuestra felicidad. Estamos postrados en la esclavitud, y parece imposible que después de los esfuerzos empleados por el genio para idealizar al hombre, nos revolquemos en el lodo del positivismo como parece imposible que después de tantos sacrificios que por la libertad se han hecho, estemos postrados en la esclavitud.

L

Ernesto abandonó la casa de su tío. La mujer vestida de negro de que tantas veces hemos hablado, la abandonó también, porque vivía en un cuarto segundo de la misma casa. Ernesto se dirigió al embarcadero del camino de hierro. (Llamamos aquí camino de hierro por antonomasia a la mezquina línea que en Aranjuez acaba, y que Dios mediante, y a paso de tortuga concluirá un día en las costas del Mediterráneo). Buen espectáculo reservamos a nuestros nietos. Al pasar por la Puerta del Sol echó su carta al correo, y tomando un coche, se dirigió al camino de hierro por la Carrera de San Gerónimo. La mujer vestida de negro le seguía desde lejos.

En un momento se encontraron en Aranjuez.

LI

¡Qué hermoso es Aranjuez! Es un canastillo de flores. Los montes esmaltados de árboles sostienen con sus crestas un cielo puro, sonriente como la felicidad y el amor. Los árboles cargados de flores sacuden sus verdes penachos mecidos por el aliento de las auras. Los aromas más puros se respiran en su recinto y se oyen los más armoniosos cánticos. La paloma como una rosa blanca salta de rama en rama; la oropéndola se mece sobre los canastillos de flores; el cisne se contempla admirado en los estanques; confúndese el colorín con los claveles; nubes de todas aves huyen del cazador y corren a sus bosques contentas y enamoradas y el pavo real despliega sus abanicos de mil colores, y luce sus galas en medio de aquel risueño paraíso. La arboleda entrelazada, confundida, presta grata sombra, porque los rayos del sol no pueden penetrar aquel su espesísimo follaje. Las rosas, los claveles, las azucenas, y violetas mezclan sus perfumes, y embriagan el alma como si todo el campo fuera un inmenso pebetero.

Todo sonrío allí, todo alegre el corazón, cuando las bulliciosas fuentes, surgiendo como encantos, ascienden a los cielos y se burlan del aire, y argentan las copas más altas de los árboles, y descomponen los rayos del sol en todos los esmaltes del iris, y vuelven a caer convertidos en líquidas perlas, rociando las flores y las estatuas, la verde yerba y los elevados palacios, y este espectáculo encantador se renueva en medio de todos aquellos

bosques, de modo que los surtidores parecen columnas de cristal de roca encargadas de sostener la azul bóveda de los cielos.

Luisa

Los estanques rizados por el viento, donde corren como espuma los ánades, las estatuas recostadas en sus grutas de jazmines, los gigantescos árboles de América, las cascadas que saltan entre artificiales peñascos, las pintadas barcas que corren por do quier; el Tajo majestuoso como el manto de los reyes, murmurando antiguos romances, en su cauce coronado le lirios; el Jarama que corre a prestarle el tributo de sus aguas; las blancas bocanadas de humo que exhalan esos trenes donde corre la civilización y las elevadas cúspides de sus mil palacios ocultos como nidos entre el verde y oscuro manto del follaje.

LII

En este edén va Ernesto a buscar la muerte. La muerte donde quiera se encuentra. Es tan dilatado su dominio que se extiende hasta los confines de la tierra, y tan grande su poder que domina sobre la corona del sol y sobre los tronos más altos de los astros.

El joven se despidió con sentimiento de naturaleza tan amena, tan risueña. A los veinte años arde tanto la sangre que es imposible apagar su ardor y tiene tantísimos encantos la vida que no es dado abandonarla sin que se oscurezca el corazón.

Sin embargo, aquella sonrisa de los campos le parece un sarcasmo, una burla hecha por Dios a su infinito dolor.

El cielo está despejado y su corazón lleno de tinieblas. Las auras cantan y él se ahoga de rabia. Las flores entreabren sus cálices para oír suspiros o confiar amores y su pecho arde en un amor desgraciado. Llega a tanto su despecho que en la embriaguez del dolor maldice a la naturaleza; porque no toma parte en sus pesares.

Fue buscando un retirado lugar, donde ningún importuno viese su agonía, ni llegase a socorrerlo en su dolor. Iba a morir solo. Ni el cariño de una madre le acompañaba en aquel supremo instante; ni oía un sollozo al despedirse para siempre de la tierra. Su vida pasó solitaria en una isla, su muerte iba también a suceder en un bosque solitario.

Sin duda no vio una barca que próxima bogaba, ni una mujer vestida de negro que lo seguía en su carrera.

Al llegar al sitio que le pareció a propósito para su muerte, miró con horror la pura corriente del Tajo, y se erizaron sus cabellos, como si estuviese abocado al negro abismo de la eternidad. Dio un paso hacia atrás y sus ojos se convirtieron al cielo. Entonces se

postró y murmuró un Ave María. Era la oración que su amada le había enseñado en una noche de luna a las orillas del mar. Unos cortos momentos le separaban de la muerte. Entonces pensó con espanto en su eterno porvenir; pero la vida era a sus ojos más horrible que el infierno, quería a todo trance apagar su dolor en las espumas del Tajo. El murmullo de las aguas del río le parecía una reconvencción amorosa.

No pudo acallar su dolor y lloró anticipadamente la enormidad del crimen que iba a cometer.

¡Luchar para morir con la vida misma es cruel dolor! Cuando Ernesto se acercaba al río, la sangre, el corazón, el alma, le arrastraban hacia atrás, clamando contra su resolución con poderosa e irresistible voz. Un sudor frío cubrió su frente. Tal vez era el sudor que sobrecoge a la hora de espirar; porque Dios quiere que hasta la muerte ganemos con imponderables trabajos. La muerte es un hermoso y deliciosísimo premio cuando tanto nos cuesta.

Cansado de luchar, y reluchar, ciego, delirante, con los ojos extraviados y los labios contraídos, sin quitarse ni el sombrero siquiera, abrió los brazos, y se lanzó al río. Su cuerpo se fue al fondo.

He ahí el sacrificio que hacía Ernesto en aras de su amada.

No quiso sacrificar su ambición, y le sacrificó su vida.

¡Qué misterioso es el hombre!

LIII

Aún no había caído el cuerpo de Ernesto a las aguas, cuando resonó un grito agudo, desgarrador, parecido al grito de una madre que ve perecer a un amado hijo.

Y aquel grito aún no se había comunicado al aire, cuando rompiendo malezas y saltando escollos se presentó una mujer vestida de negro en la orilla misma del Tajo.

Esta mujer era hermosa, a pesar de sus cuarenta años. Trigueño su color, pero sonrosado; grandes sus ojos; parecidos en el mirar a los de Ernesto; negro su cabello, y rizado tan caprichosamente que muchos jóvenes en los hermosos días del amor habían sido aprisionados por sus graciosos rizos; esbelto el tallo y flexible como las hojas de una palma y su figura apuesta y su figura deslumbradora, hermosa, aunque empezaba a declinar ya en la breve carrera de la vida.

Y aquella mujer desolada aún no había llegado a la orilla, cuando se vio aparecer una barca como salida de los espesos bosques que cubren el Tajo, moviéndose ligera cual una flecha. En ella había dos remeros y una hermosísima joven.

-Salvadle, que aún es tiempo, salvadle, gritó la dama vestida de negro.

La joven de la barca hizo una señal y ambos remeros se lanzaron al río. Pocos momentos después sacaban a Ernesto pálido, desencajado, y sin aliento, sin vida del fondo del río y le depositaban por mandato de la joven en su barca.

LIV

-¿Se ha salvado? gritaba la dama del negro traje; que pálida y trémula miraba al joven con mirar afanoso como el de una madre que quiere alejar la muerte de la frente de un hijo.

La joven puso la mano sobre el corazón de Ernesto y sintió sus latidos.

-Sí, se ha salvado.

-¿Será necesario buscar un médico?

-Corriendo. El aire le devolverá las fuerzas y el sentido.

-¿Pero dónde le llevaremos?

-A mi casa; esta aquí muy próxima. Mirad, dirigíos por ese sendero, y torciendo a la derecha veréis una gran casa rodeada de jardines.

-Esperadnos allí, señora, que en breve llegará el enfermo.

La joven contempló por breves momentos extasiada a Ernesto.

Estaba pálido. De sus cabellos pendían algunas gotas de agua y como los tenía echados hacia atrás lucía su alta y espaciosa frente; sus labios entreabiertos tenían el color de una rosa próxima a perder sus hojas y caída su cabeza sobre el pecho en graciosa actitud, parecía dormir con el sueño de la inocencia. Su respiración era entrecortada como si sollozase y tardos los latidos de su corazón como si se despertase a la vida. Un ramo de esas flores blancas que flotan en la superficie de los ríos se habían prendido a sus sienes, enredándose en sus cabellos.

La joven de la barca, a la cual conocerá muy en breve el lector, creyó ver en él un genio del río que muerto de amor se envolvía en las ondas para que le llevaran a la eternidad. Y su corazón impresionable y compasivo hervía en deseos de consolar al hermoso joven.

LV

Eugenia (tal es el nombre de la salvadora de Ernesto) era una mujer excéntrica, adjetivo, que hoy en que todos nos hemos salido de nuestro centro, se prodiga con dispendiosa prodigalidad.

Su hermosura no era extremada; pero sí su gracia. Sus ojos pardos, aunque pequeños, tenían una fuerza de atracción infinita. Así lo confesaban casi todos los desdeñosos dandys de la corte. No se la podía llamar hermosa pero era tal la gracia de sus modales, la flexibilidad de su talle, el arte infinito con que sabía prenderse y ataviarse, que pasaba y con razón por una de las damas más hermosas de Madrid. Era joven.

Su pasión favorita era la literatura. Educada por un tío que había pasado su vida aprendiendo lenguas y estudiando poetas, se apasionó de tal modo por la literatura que con sus inmensas riquezas heredó la tiranía favorita de su sabio tío. Siempre hablaba en tono trágico. Las novelas la habían trastornado el seso, precipitándola en un abismo. Desposeída casi de nociones religiosas, queriendo realizar en la vida los sueños de los poetas, su alma impresionable se dejaba arrastrar por el primer libro que en sus manos caía. ¡Cuántos favores había dispensado a los jóvenes, de esos que se pagan con el desprecio y con el olvido y todo más por parecer heroína de algún cuento de Federico Soulié que por malas y perversas inclinaciones! Llegó a tanto su desvarío que no creyendo en el amor puro, cayó en el lodo de los amores viciados. Sin duda convencida de que la amistad no existía, buscó torpes amistades. Decía que el fin de la vida es el goce y ansiosa de gozar su alma perdió los arreboles de la virtud y su cuerpo la transparencia de la pureza. De abismo en abismo se hundió su reputación y su nombre, y fue escarnio de los hombres, escándalo de la corte.

Después cayeron en sus manos los libros que hablan del amor puro, de los goces ideales de los amantes, de esas esperanzas infinitas que como nube de incienso suben al cielo, de esas ilusiones que no tienen ni forma, ni nombre y lloró su pecado arrepentida de su loco desvarío. Se retiró a la soledad y busco en Aranjuez el reposo del corazón, y el olvido de las gentes; sin perder por eso su afán, su lenguaje poético, y sus manías literarias.

LVI

Ernesto yacía aún sin sentido en una casita a orillas del río sobre un lecho que allí se había improvisado. Eugenia acompañada de sus remeros había ido a Aranjuez en busca de un médico.

La dama vestida de negro, que siempre le seguía, y a la cual conocemos ya personalmente, cuidaba de él.

¡Qué afán se pintaba en su actitud! ¡Qué amor tan puro en sus ojos! Ya aplicaba su oído al corazón del joven, ya ponía la torneada mano en su marchita frente, ya hilos de lágrimas caían de sus ojos y rodando por sus mejillas, iban a parar al rostro de Ernesto.

Estoy sola, decía, completamente sola. Puedo hablar a mi hijo, a mi adorado Ernesto. ¡Por qué te abandoné para seguir ilusa los instintos de mi pervertido corazón! Este

remordimiento me envenena. Has crecido sin madre; entregado al torrente de tus pasiones. Cuántas veces habrás maldecido la hora en que naciste, y la mujer fatal que te dio vida. Y yo, Ernesto, te seguía desde lejos, adorándote como sabe adorar el corazón de una madre. Ni un momento he cesado de velar por ti; pero el más penoso martirio me afligía, porque no podía decirte «soy tu madre» ¿Y puedo ahora? Tampoco. Como no me oyes, te llamo hijo, si me oyeras no podría, no, tu madre darte tan dulce nombre.

Hora fatal fue aquélla en que te abandoné. Yo era una niña: ni siquiera podía adivinar los deberes de esposa, ni sentir el amor de madre. ¿Pero por qué quiero justificarme? Caiga sobre mí todo el castigo y sobre ti las bendiciones y los besos de tu proterva madre. Y aplicó sus labios a la frente de Ernesto; al tiempo que abriéndose la puerta apareció en su dintel un hombre alto y de torvo ceño.

LVII

La pobre señora dio un grito agudísimo al ver aquella aparición, grito que revelaba todo el espanto que causa una tremenda desgracia.

-¿Me pides aún más pruebas de infidelidad, Luisa? ¿Dirás que no son fundados mis celos, cuando con mis propios ojos te he visto inclinada sobre el pecho de un hombre, prodigándole tus caricias, y aspirando su aliento? Ese miserable, cuyo amor por otra mujer tal vez le había arrastrado al suicidio merece tu corazón; y este hombre que te arrebató de los brazos de un tirano, merece tan sólo tu desprecio.

-¡Oh! mi Edgardo, no me juzgues sin pruebas, no me condenes sin oírme.

-¿Crees que me faltan pruebas para ver en ese hombre mi rival?

-¿Qué dices? Ese joven que allí ves, es inocente. Ni siquiera me conoce.

-No te conoce; y le has seguido a Madrid, arrastrándome también a mí en pos de sus pasos. No te conoce y sabes cuando viene a Aranjuez, y le celas desde lejos, y le sigues afanosa en sus paseos, y das horribles gritos cuando ves que le amenaza la muerte. Esos desvelos, ¿como se llaman en todo el mundo? Luisa, dilo tú misma.

-Eres muy cruel para mí.

-¡Cruel! sabes que te dejo en completa libertad, porque no quiero, no, que seas mi esclava. Sólo te prohíbo que ames a otro hombre; porque ese hombre me robaría tu cariño, y que te acuerdes de tu hijo; porque ese hijo es una prenda del perdido amor. Te irrita tu pasado amor y me hacen temblar los sentimientos que pudieran en la vida asaltarte. No quiero que haya en tu corazón más afecto que mi amor, ni en tu memoria más recuerdo que mi nombre.

-Edgardo, la compasión se levanta en el alma, a despecho de la voluntad. Paseaba solitaria a orillas del Tajo, aguardando tu venida; cuando vi a ese joven precipitarse en el río. No tuve tiempo más que para pedir socorro en tan horrible desgracia. Llamé y pude salvarle. ¿Con qué la caridad, la compasión han de inspirarte celos también?

-Y vive Dios, que es hermoso, Luisa. Siempre has de sentir compasión por lo bello. Si ese hombre hubiera ido cubierto de harapos; y si en vez de ese hermoso rostro ostentara una torpe fealdad, a buen seguro que se despertaran con tanta fuerza tus virtudes.

-¿Dudas de mí?

-¿Y no he de dudar? Abandonaste al esposo; y quieres que duerma en tu fidelidad confiado el amante.

-Calla, por Dios, calla.

-Temes que nos oiga. No; no recobra aún el sentido. Te presentas tal vez a sus ojos como una vestal, y encubres con tu hermosura los crímenes que oscurecen tu existencia.

-Eres bien cruel. Por ti abandoné mi casa y desoí la voz de mi honor y tú siempre estás a mis oídos murmurando el crimen que cometí; para que nunca lo olvide mi memoria. Por tu amor ahogué en mis entrañas el amor de madre, y me prohíbes hasta que busque a lo lejos la sombra de mi hijo, inocente víctima de mis desvaríos.

-¡Tu hijo! no nombres a tu hijo.

-¿Crees, Edgardo, que alguna vez le revelaría mi nombre, si por desgracia le encontrase? No, las madres deben presentarse a sus hijos con serena frente, do se reflejen las virtudes del alma. Sus palabras han de ser como las palabras de Dios, llenas de unción y ternura. Si su cuerpo está manchado y corrompido su espíritu y quebrantado su honor nada tiene que darle a su hijo más que el peso de la vergüenza. ¿Cómo podría yo acariciar al que en la cuna abandoné? Sus palabras serían reconvenciones, y sus ojos destellarían tan sólo para su madre desprecio. Y en fin, Edgardo, toda maldición es horrible; pero debe ser más horrible aún, la justa maldición de un hijo.

-Vámonos pronto de aquí. No quiero, no consiento que seas tan compasiva. En ti la compasión y el amor se confunden. Amas a los que compadeces, y compadeces a los que amas. Yo he llegado a conocer que después de veinte años de amorosos lazos mi presencia te hastía; porques te curas poco, muy poco de mis celos; llagas que antes con tus caricias cicatrizabas.

-Edgardo, Edgardo. A los cuarenta años sientes aún las pasiones de joven. Tu corazón nunca envejece. Lástima grande que tanto amor no sea legítimo; lástima grande que esa pasión tan exaltada arranque remordimiento a la conciencia, y haga subir el rubor a las mejillas. Cuando los días han desvanecido las ilusiones y no queda corazón para sentir, el amor se agota como se agota todo. Amar a nuestra edad como tú amas es una ridiculez.

-¡Ah, Luisa! Te comprendo mal de mi grado. Mis caricias te cansan; mis celos te inspiran risa. Y es porque tu alma se abre gozosa para aspirar el amor de ese hombre que a tus pies está tendido; de ese hombre que ha de pagarme ahora mismo los grandes males que causa.

-¡Perdón! ¡Perdón!

-¿Que digo? Confiesas tu crimen demandando mi perdón. Aparta, mujer, aparta, que mis ojos se ofuscan y se turba mi razón. Los celos, como el licor que fermenta me embriagan. Tu has amado a ese hombre, tú le amas. Mía no eres. Libertad tienes para seguir el camino a que te arrastra tu corazón; pero yo te juro que no has de descansar tranquila en brazos de tu nuevo amante; porque un puñal amagará siempre tu cabeza.

-No me comprendes. Pedía perdón por este sentimiento de caridad que tanto pesar te ha causado, ¿A quién puedo yo amar sino a ti? Yo te he sacrificado mi amor, mi corazón, la honra que me legaron mis padres, el que debía transmitir a mis hijos; y aún te quejas, como si una vida consagrada toda no fuera bastante a acallar todas tus sospechas y a apagar tus celos.

-Pues vámonos pronto de aquí; pronto.

-¿Y le dejamos ahí sin vida?

-No faltará quien le recoja.

-¿Y si vuelve en sí, e intenta otra vez suicidarse?

-Que se suicide.

-¡Qué horror! Ten caridad.

-Luisa: Que le asesino.

-¡Oh! vámonos, vámonos.

-¿Aún le contemplas?

-Parece que le había oído suspirar.

-Tal vez suspirará de amor.

-¡El infeliz se queda allí solo, desamparado. No seas cruel!

Edgardo asió fuertemente del brazo a su amada y mal de su grado la hizo abandonar a orillas del río al hijo de sus entrañas.

Ese es el premio que en el mundo tienen los amores que corren por el corazón. Castigo tremendo para una madre debe ser verse obligada a separarse de un hijo a quien idolatra, sin poder estrecharle contra su corazón, abandonándole en las desiertas riberas de un río. Toda madre cuida de sus hijos, los socorre en sus necesidades, los consuela en su dolor; cierra sus llagas y colma su corazón de purísimas caricias; y aquella mujer ni siquiera podía revelar sus instintos de madre siendo más desgraciada que la paloma en el desierto, o la hiena en su caverna. Le veía sin vida, y sin vida le dejaba, cuando el infeliz necesitaba de sus socorros. No podía llevárselo consigo y velar a la cabecera de su lecho. Ni aun le era permitido manifestar su compasión; ese tributo que el hombre debe al hombre. La sombra del hijo perseguía a la madre, llenándola de remordimientos. Su corazón se rompía a impulsos de dolor, pero la infeliz doblegándose bajo el peso de la fatalidad encubría sus penas, y evocaba una sonrisa a los labios. Terrible es en verdad su castigo.

LVIII

Eugenia volvió con el médico.

-¿Qué os parece? Han abandonado al infeliz. ¡Cuán poca caridad hay en el mundo!

El médico dijo que no era nada, y recetó algo por no perder la manía de enriquecer a su compañero de conspiración el boticario. Porque entre el médico, y el boticario forman una sociedad para... No queremos decirlo, porque tememos mucho la venganza de los médicos. Baste decir que no hay médico que no tenga en Madrid un amigo boticario, ni boticario que no tenga un amigo médico. Toda amistad está fundada en el mutuo provecho de los contrayentes; los médicos y boticarios se profesan una acendradísima amistad; luego nuestros lectores sacarán las consecuencias deducidas lógicamente de semejante premisa.

LIX

Hermoso es el jardín donde Eugenia ha depositado a Ernesto. El suelo está cubierto de flores como de una red, y regado por arroyos que se destrenzan halagando al oído, y divirtiendo la vista. Un lago azul viciosamente abrazado por aromas de jazmines y hermosos ramos de rosas, se extiende en el centro, jugueteando con pintadas barcas; y recibiendo amoroso el tributo de perlas que le rinden los plácidos arroyuelos. Las fuentes surgen entre pintadas piedras, los pájaros aprisionados en doradas cárceles, lloran en suaves armonías su libertad perdida; las grutas murmuran como si sus estatuas le contasen sus amores; y el aire se mece como invisible velo de gasa perfumado por los aromas con que aquellos carmines le seducen. El arte ha llenado de vida aquel hermosísimo Edén. Allí se ve Diana, vertiendo lágrimas de amor sobre el seno de Endimión dormido, Venus, saliendo de las espumas con los ojos hermosos como el cielo

de Chipre, y el cabello destrenzado cual el viento que se mece sobre las montañas de Grecia; Dafne esquivó los amores de Apolo convirtiéndose en el laurel de la gloria, para significar que el amor y la poesía son una misma idea y producen unas mismas armonías; y las Musas arrullando en su sueño a la tierra, coronándola con los rayos del oro de la inspiración, y convirtiéndola en espejo del Olimpo y morada de los dioses.

Y en una gruta, en indiana hamaca extiende Eugenia a Ernesto, esperando que vuelva pronto a despertar del sueño que embarga sus sentidos. Y en efecto la pureza del aire dilata su pecho, y le hace volver poco a poco de su letargo, hasta que una fugitiva lágrima se escapa de sus ojos, y hondo suspiro se exhala de su destrozado corazón. Eugenia no se aparta un instante de su lado, haciéndole aspirar esencias, y abanicándole para remover el aire que respira, y dar consuelo a sus sienes abrasadas. Por fin Ernesto abre los ojos, y al ver los rayos del sol poniente, que doran la gruta ornada de mil flores; el azul horizonte, confundido con la copa de los árboles, y la hermosa mujer que vela a su lado, vaga e indefinible sonrisa se dibuja en sus marchitos labios. Late su corazón dolorido y la sangre se agolpa a sus sienes. Se incorpora fatigado en su lecho, y dice:

-¿Dónde estoy?

-Estáis con una amiga.

-¡Señorita!

-Dejaos de cumplidos. Habéis querido morir, y yo he querido salvaros.

-¡Que mal habéis hecho!

-No. Os devuelvo la vida, que siempre tiene algunos encantos.

-Si algún hechizo puede tener despertar a este mundo, es el veros, señorita.

-¿Tal vez desesperanzado del mundo habéis querido buscar la muerte?

-Corta es mi vida; pero larga mi historia.

-Comprendo a los jóvenes. Por el menor contratiempo se creen ya obligados a matarse.

-No lo creáis. Huyo de la vida; porque para mí la vida es la muerte.

-No puede ser. La vida tiene siempre hechizos, la naturaleza halagos, lo porvenir misterios, y lo presente esperanzas.

-¡Ojalá fuese verdad lo que decís! Para mí ya no hay halagos sino desengaños. Ya no hay esperanza, ni mundo, ni ambición, ni gloria. Mi porvenir es la nada.

-Vamos. No tornéis a vuestras manías. Franco hospedaje os dará esta casa, mi solicitud remedios, el campo salud, y olvido el tiempo. Todo pasa, todo muere; que el infortunio no es eterno. La melancolía del joven interesó profundamente a Eugenia, y a decir verdad no desagradó a Ernesto la solicitud de su salvadora. Quería partirse de allí, pero fueron tantas las instancias, que su negativa hubiera rayado en grosería. Ernesto era hermoso, e interesaba a Eugenia; Eugenia era bella, y había salvado a Ernesto. De tantos lazos es difícil que no nazca una pasión aunque se opongan los recuerdos, porque el olvido es tan natural como la muerte. Toda pasión vive de incertidumbre. La esperanza cumplida o muerta, mata a las pasiones. El amor es un soplo que pasa por el corazón y que se desvanece en los aires. Ernesto era poeta, y Eugenia literata. Dos poetas se avienen muy mal, porque el poeta como tiene todas las pasiones muy exaltadas, peca algo de envidioso. Pero un poeta y una literata forman una sociedad celestial, si en ella se interesa el corazón. Yo aseguro que todas las poesías de Ernesto gustarán a Eugenia, y que todas las críticas de Eugenia han de complacer el corazón de Ernesto. Para oír sus conversaciones no olvidemos su carácter. Así no extrañará el lector, el pedantismo de Eugenia, y la prosa poética de entrambos.

LX

-¡Siempre triste! exclamaba cierto día Eugenia.

-Habéis sido muy despiadada para conmigo, creyendo sin duda ser muy compasiva. Busqué la muerte para ahogar mis males, y dándome la vida me habéis vuelto a mis tormentos. Creísteis hacerme un beneficio, pero no; que para mí el mayor beneficio es el olvido, y la más grande pena es la memoria.

-¿No tiene en vuestra juventud la vida encantos?

-¡Cómo ha de tenerlos, si todo lo que amaba el corazón se ha disipado cual leve sombra, o cual ligero sueño! Preguntadle a los cielos vacíos, sin gloria y sin Dios si quieren vivir en su soledad, y al pintor que no ve, si anhela la vida; al poeta, que no canta porque su voz se apaga y sus ilusiones se marchitan, si desea que su peregrinación sea muy larga; al amador desposeído de esperanza, si tiene naturaleza para su imaginación muchos halagos, y oiréis como todos os responden sollozando, porque despiadada la muerte no presta oído a sus infinitas quejas.

-¿Pero el alma ha de plegar sus hojas, y cerrar su cáliz al primer aliento de la desesperación?

-Sí, sí. Cuando el sol ya no puede alumbrar la tierra, se sumerge en el fondo de los mares. Así el alma, cuando ya no puede amar, se pierde desolada en el abismo de la eternidad.

-¡Oh! ¿Y creéis que Dios os haya negado ya el amor?

-No me lo ha negado. Feliz yo mil veces, sino sintiera hervir su ponzoña en el corazón. Pero me ha hecho ver la luz desde una altura eminente, desplegando sus matices y sus pintados arboles, para confundirme después en un mar de negríssimas tinieblas.

-No desesperéis; que el objeto de la vida es vario como el corazón de los hombres. A veces del infortunio se levanta la gloria. A veces la desgracia es la mensajera del arte. Homero fue ciego; y Dante arrastró la penosa vida del destierro. Y después Homero creó la Grecia, y Dante fue el genio de la Italia.

-¡El arte! Yo no lo comprendo. No sé qué quiere decir arte sin amor como no sé qué quiere decir un Dios sin belleza.

-Es que la desgracia no apaga el amor; antes lo aviva con su soplo.

-¿Pero qué hará el poeta desposeído de esperanza? Su canto será una maldición, y el soplo que se escape de sus labios no serenará el mar de la vida. El genio que no consuele a la humanidad debe romper en mil pedazos su lira. Para cantar la duda, y matar la esperanza no le infundió Dios al poeta la inspiración.

-Es verdad. Mas si el hombre de alto genio conoce que su alma se eleva en alas del arte a otras regiones iluminadas por la luz que no alcanzan a adivinar nuestros ojos, si sabe que el tránsito de la vida es como el vuelo de la paloma en el aire; y que la inmortalidad es la peana del hombre, y la gloria de Dios su aureola. ¿Por qué ha de ocultar el mundo las verdades que adivina, y los consuelos que siente? ¿Por qué no ha de decirle que el amor es del cielo?

-La humanidad se ríe del poeta,

-No lo creáis. El despecho os dicta esas palabras; y el alma las recoge con afán; e imagina crearlas como dogmas. ¿Qué vería la humanidad sin el poeta que la consuela, sin el poeta que la eleva?

-Las revelaciones de Dios son eternas, dijo Ernesto. Ya se aparece su ciencia en el Sinaí, ya su verbo en el Calvario. Pero después Dios desciende en los arboles de la tarde para iluminar nuestra ceguera, o en alas de la tempestad para apagar la luz de nuestras orgías. Ya canta por boca del solitario jilguero en el bosque, ya el eco de su voz resuena en la lira de los poetas. Dios lo llena todo como el aire, lo alumbraba todo como el sol, y lo fecunda todo como la vida. Pero el hombre tiene para el poeta olvido, para la revelación de Dios negaciones y dudas; y para lo sublime lo ridículo. ¿Quién sabe si Cervantes fue un quijote en el mundo?

-El mundo no olvida al poeta. Sus cantares como la lluvia fecundan la tierra. Yo he visto a la falda del Vesubio la tumba de Virgilio. Sobre su losa iban a posarse las palomas, arrullando al poeta en su sueño, y sobre el laurel, que de sus cenizas se alimenta, vense siempre confundidas las lágrimas del rocío, y las lágrimas de los hombres.

-¿Y eso qué prueba?

-Que la humanidad y la naturaleza tiene tributos de amor y gloria para el genio.

-¡Amor, gloria: palabras huecas que se lleva el viento. Yo soñaba con una mujer ideal. Su sombra era más hermosa que el firmamento estrellado. Sus ojos en la oscuridad iluminaban más a la naturaleza que el sol en la zenit. Yo no tenía labios, sino para murmurar su nombre, ni corazón sino para adorar su imagen. Todos mis sueños eran poesía, todas mis ilusiones celestes esperanzas. Cantaba yo solitario mis amores, y me escuchaba el mar, y plácidos me sonreían los cielos. Mi vida pasaba en éxtasis; y la inspiración tenía halagos, porque coronaba con la eternidad mis santísimos amores. Entonces fui poeta.

-Y siempre lo seréis; porque la llama del genio arde en los corazones desolados, como los fuegos fatuos en la superficie de los sepulcros. Petrarca cantó siempre a Laura; porque Laura fue siempre una sombra, que se escapaba de sus brazos.

-El canto se ha helado en mi corazón.

-No, vuestro corazón no esta muerto. Está lleno de aromas, que el soplo del tiempo levantará hasta los cielos. Dios os guarda un destino que cumplir, y os reserva un corazón que adorar.

-¿Será verdad?

-Ese dolor es ciego. No veis la luz.

-Si yo no estuviera como Satanás imposibilitado de amar, mi amor, Eugenia, seríais vos. Y el joven llevó a su corazón la torneada mano de la joven. El viento confundió dos suspiros. Después de breves momentos, levantándose pasearon por las solitarias y frondosas alamedas largo rato sin proferir palabra, atendiendo al susurrar de las fuentes y al murmurar de las auras.

LXI

En una galera pasaba cierta tarde por Aranjuez María acompañada de su amiga Isabel. Se dirigía hacia Madrid, a donde iba arrastrada por el amor filial. Sabida su fuga, creyó su desgraciado padre que María se había refugiado en la corte, porque allí se hallaba Ernesto. Hasta el padre juzgaba mal de su hija. María buscó un asilo en casa de su amiga Isabel, y se decidió a ponerse en marcha para Madrid, en pos de su padre aunque con gran disgusto de su corazón. Partieron, pues, sigilosamente, sin que don Braulio pudiera averiguar el paradero de su esposa, lo cual le traía de un humor espantoso. Esto hacía que recargase la mano a sus numerosos deudores, y que exigiese, exorbitantes réditos a los infelices que forzados de la necesidad acudían a emprestarle dinero. Era tal su descaro

que exigía hasta las más degradantes satisfacciones a sus deudores. Exaltado su corazón en la contrariedad que acababa de sufrir, destilaba sangre y hiel. Sin religión, sin sentimientos, sin aspiraciones, sin virtudes, no tenía fuente de consuelo donde apagar sus dolores. Y padecía esos males del cuerpo azotado por apetitos que no puede satisfacer, por sed de goces que nunca llega a saciarse: consecuencia horrible del vicio y de la depravación, que como asquerosa llaga exhala pestilente olor.

LXII

Don Pedro de Urgel sentado en un sillón en casa de don Braulio demostraba la más desesperada aflicción. Eusebio alegre, contento, se frotaba las manos, oyendo las singulares y nunca vistas ocurrencias que habían acaecido a su tío.

-Pues la chicuela por aquí no parece.

-No parece, es verdad. Dios sabe lo que habrá sido de ella.

-Lástima grande que en tal capricho haya dado mi tío.

-¿Y qué queréis?

-Parece que anda el diablo suelto por esta casa. Mi tío casado. Vd. buscando a la novia que se ha fugado; y mi primo perdido por esos mundos, sin que de él sepamos nueva cierta

-¿Qué será de María? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

-No os apuréis. Tal vez se hayan dado una cita ambos amantes; tal vez serán felices; mientras V. se desespera, y rabia mi tío.

-No, que mi hija posee altos principios de religión.

-Pero el amor se olvida hasta de Dios.

-Y tiene honor.

-Hoy día el honor nada vale. Si los burlados maridos de hoy hubieran de matar a todas las mujeres engañadoras, a buen seguro que en el mundo se viera otra cosa que llorosos viudos.

-Pero, mi hija... no puedo creerlo. Y don Pedro dudaba.

-Ya se ve. Un buen padre no cree con facilidad que donde ha sembrado tantas flores broten algunas espinas. Pero mi tío es horrible y Ernesto hermoso; así es que cualquiera justificará en otros tiempos la injustificable calaverada de María.

-No. Si la encontrara en brazos del seductor, yo mismo la mataría, yo que soy su padre.

-Tengo que daros algunos libros, para que os convenzáis, de que nada es más absurdo que el honor, ni más falso que la virtud. Yo así he propuesto demostrarlo en una comedia, que acabo de escribir, y que será muy aplaudida, Dios mediante. El matrimonio está fundado en el amor, y cuando el amor cesa, debe cesar el matrimonio.

-¡Que horror!

-De poco os espantáis. Esas son ideas francesas, ideas que he bebido en los libros de allende el Pirineo. La Francia es nuestro modelo, nuestro maestro. Napoleón regeneró en España la política; Victor Hugo el teatro; David la pintura, y Dubost las camisas. Todo nos viene de allí.

-Es que sin duda alguna insultáis a la Francia. En esa nación hay corazones grandes, y de ella salen relámpagos de nobles ideas; pero los imitadores, siempre imitan lo malo, y ese es el origen de las calumnias que sobre Francia caen. A todos esos libros puedo oponeros un capítulo de madama Stael, en que habla del amor en el matrimonio; capítulo sublime que está escrito con los ojos fijos en lo porvenir.

-Esa señora tenía muchas preocupaciones del siglo pasado.

-¿Y el honor, y la religión, y la virtud han de ser de pasados siglos?

-Se entiende hoy de ilustración...

-No entiendo vuestra ilustración. Si yo encontrara a María en brazos de su torpe amante, y la maldijera para siempre, y pidiera a su seductor satisfacción, haciéndole objeto de mis justas iras, sería tachado por vosotros, hombres del día de...

-Pues, añadió Eusebio.

-No, no veré a mi hija así, porque mi hija es muy buena. Pero si mi desgracia fuera tal que mis esperanzas saliesen fallidas, la... Dios me perdone.

Eusebio lanzó una carcajada, al tiempo mismo que se abrió la puerta de la estancia, y María seguida de Isabel se arrojaba a los pies de don Pedro, clamando...

-¡Padre! ¡Padre mío!

-¡Hermosa muchacha por mi vida! dijo el joven.

Don Pedro se levantó del sillón, rechazando a su hija lejos de sí con ademán severo y oscurecido semblante.

LXIII

-Padre, nunca creyera que vuestro amor me faltara.

-Ni, yo, hija, que olvidases tus virtudes.

-Pequé, padre; pero fui inocente.

-La inocencia consiste en seguir con voluntad inflexible las huellas del deber.

-Pero tengo un corazón que se subleva.

-¿Dónde está la voluntad?

-La voluntad de una mujer es deleznable.

-La religión conforta al espíritu, cuando el espíritu desfallece.

-Pero, señor, si yo me entregué al crimen por salvaros del crimen.

-¡Luego eres culpable!

-No. Amé a un hombre, pero aquel amor se oponía a vuestra felicidad, y lo condené, señor, a la desesperación y a la muerte.

-Nunca me dijiste tal cosa.

-Temí que a mi sacrificio os opusierais.

-¡María!

-Sí, padre, sí. Vos jamás me habríais hecho infeliz.

-¡Jamás!

-Vos no hubierais consentido que cuando el alma se perdía en sus amores gozosa, la hubiera yo privado de su dicha.

-No María, no.

-Si hubierais sabido que aquel mi marido me repugnaba, que forzada de vuestro cariño iba perjura ante el ara santa a ofrecer amor a quien profesaba odio, me hubierais arrancado del altar.

-Sí, te hubiera arrancado.

-Yo sola quise ser desgraciada, y con mis manos labrarme la desgracia.

-¡Y todo por mí!

-¿No me disteis la vida? Y en cambio ¿no os debía yo sacrificar el corazón?

-Erraste en tu sacrificio, María; erraste torpemente, infeliz. La vida por un padre debe darse pero no el corazón. Ese sacrificio de que hablas, es un sacrificio cruento, y al considerarlo se despedazan mis entrañas.

-Nuestra suerte era oscura, incierto el porvenir, segura la desgracia, y yo, señor, no dudé un momento en ofrecerme como víctima para salvar vuestra honra.

-Y no me has salvado, María.

-¿Por qué? señor.

-¿Crees que las faltas de los hijos no se reflejan en la frente de los padres?

-En nada he faltado. Mi virtud no tiene mancha. La honra, que a mi esposo debo, la guardaré fuertemente. He huido de mi esposo, porque el corazón no puede amarle. Entregar el cuerpo, al ser, de quien tengo divorciada el alma, me ha parecido achaque de prostituta. Por eso huí en la oscuridad. Vámonos, padre.

-Y a do vamos, María.

-El trabajo nos dará sustento, y refugio una bohardilla.

-Y yo en qué he de trabajar, si está cansada mi alma y desfallecido mi cuerpo.

-¿Creéis, padre, que he perdido las manos y los ojos? Vamos. Tal vez seamos felices. Al entrar en Madrid he oído llorar en un palacio. Esto me ha convencido de que la dicha puede sonreír a la miseria como aflige la desgracia a la opulencia.

-Sí. Puedes ser muy feliz. ¡Desgraciada! Tu corazón destila sangre, y se sonríen tus labios. Sufres resignada, por no afligir a tu padre. En mal hora nací, y en peor hora te engendré.

-Padre, padre. No os aflijáis. Vámonos. Todo lo he olvidado, todo por vos.

-¿Y de qué nos ha servido tu sacrificio?

-De mucho, puesto que he salvado vuestro honor.

-¡Oh! eres una mártir, y que has buscado el martirio para encontrar el infierno. Tu sacrificio quedará olvidado de las gentes, siendo tan sublime. Mirad a mi hija, Eusebio, y probadme que la virtud es un sueño.

Eusebio estaba conmovido. Esto bastará para encarecer lo poético de aquella escena.

María arrastró ayudada de Isabel a su padre, fuera de la estancia colmándole de caricias.

Eusebio exclamó.

-Por vida de Utrilla ¡He llorado! Jesús, que vergüenza.

LXIV

Los sacrificios privados son más sublimes que los sacrificios públicos. Y son más sublimes, porque son más desinteresados, y más desinteresados, porque son desconocidos. El amor a la gloria puede arrastrar al hombre a el heroísmo. Pero esos grandes rasgos de abnegación que presencia el solitario hogar viven sin recompensa y mueren sin historia. La poesía estará tal vez encerrada en la realidad. Las grandes hazañas que buscamos en leyendas de otros siglos, tal vez palidezcan al lado de las hazañas privadas, que desdeñamos indiferentes, porque la historia no las ensalza y el arte no las adorna, olvidándonos de que cada corazón es un poema y cada existencia una tragedia. Hay lágrimas que no nos conmueven, porque no caen envueltas en las armonías de Lamartine sobre nuestro pecho, tristes historias que no nos interesan, porque no han encontrado una voz elocuente que las narre; amores que no comprendemos, porque no ha habido un poeta que los cante, cuando la poesía y la historia no hacen más que dar formas a las ideas o luz a los sentimientos.

Esta desgracia le cabe sin duda, alguna a la tristísima historia de María. Mis manos no tejerán una corona de mártir para las sienes de ese ángel. ¡Mucho lo siento en verdad!

LXV

Destrenzado el cabello, marchito el semblante, entornados los ojos y oscurecida la frente, descansa Eugenia en su jardín recostada bajo un sauce sobre la mullida alfombra que el verde césped la ofrece. A su lado una doncella, que por su confidencial amiga pasa, riza y desriza sus bucles, mientras la joven se contempla en el cristal de las aguas. En vano el sol intenta atravesar el follaje para acariciar su rostro, ni el arroyo detenerse en su cauce

para reflejar sus gracias. La joven esquiva no agradece ni los deleitosos cánticos del aura, ni los aromas embriagadores de las rosas. Dícese que mal de amor ha tiempo que la desvela, y que por más que se esfuerza solo ingratitud recoge. Dícese que ni los libros mira, ni toca el piano, ni cuida las flores, ni da de comer en sus labios a sus antes amadísimas palomas. Dícese, en fin, que sus amigos la hastían, y sus jardines la sofocan, y que llorando o gimiendo pasa las horas de su triste vida. Prestemos atento oído a su conversación con Juana, que así su amiga se llama.

-¿No es verdad que he sido muy infeliz?

-¿Por qué? Señorita.

-Todo debía sonreírme, porque la fortuna me ha desde que nació halagado. Pero yo, abandonándome a mis instintos o a mis sueños, me he precipitado sin sondear el abismo que a mis pies se abría. Libre en mis acciones, independiente y altiva por carácter, fascinada en mi ignorancia, oí la voz de la naturaleza que me perdió para siempre. Tú no has presenciado mis orgías, cuando todos los jóvenes más disolutos de Madrid se congregaban en mi palacio para perderme.

-Pero el arrepentimiento...

-El arrepentimiento borra las manchas del alma, mas no puede lavar jamás de sus lunares al cuerpo. El pensamiento purifica el espíritu, y lo ensalza y lo eleva; mas para esta cárcel no queda esperanza, si no es la muerte.

-¿Y qué no os ha de perdonar el mundo después de tanto aislamiento?

-El mundo no perdona. La fama que una vez se perdió, jamás, jamás se recobra. Bien podría yo encerrarme viva en un sepulcro desgarrando con silicios mis carnes; arrancarme de dolor uno a uno mis cabellos; que no inspirarla compasión, sino risa; y todos me llamarían hipócrita, achacando a torpe hastío mi sincero arrepentimiento.

-Vos no fuisteis criminal.

-¿No puede llamarse crimen, abrir mis salones a la liviandad, fomentar el juego, ver la torpe embriaguez arrastrándose por mis alfombras, y oír las maldiciones que el vicio arranca a los apagados labios?

-Pero vos os conserváis tan pura...

-Era imposible. La atmósfera pestilenta que allí se respiraba, me ahogó. El torbellino a que me arrojé ciega y desvalida, quemó las alas de mi inocencia.

-¡Qué desgracia!

-Irreparable, Juana, irreparable. No tuve mas guía que libros escritos por almas perversas, ni más maestro que aduladores empeñados en perderme. La educación me faltó, y los sentimientos religiosos eran para mí ecos perdidos de la imaginación de los pueblos. Siempre es triste que un hombre no tenga religión; pero es hasta repugnante que una mujer no la tenga. Nuestros corazones están destinados a creer, y para orar modelados están nuestros labios. En el alma de la mujer debe arder siempre el fuego debe arder siempre el fuego del amor divino. ¿Y cómo había de amar yo un objeto desconocido?

-¡Criminal fue vuestro tío!

-Educada en las ideas de Voltaire: hablaba de Dios como de un fantasma inventado por los reyes para tiranizar a los pueblos, de la religión como conjunto de falsas fábulas inventadas por la ignorancia; del amor, como goce que no debe desperdiciarse cuando la sangre hierva y lata el corazón, y se entreabran ansiosos los labios; y de las virtudes como ficticias conveniencias inventadas para establecer la paz entre los hombres.

-¡Cuánta blasfemia!

-Yo hojeaba libros que enardecían mi sangre; libros que encomiaban goces desconocidos. Y mi viciada naturaleza cayó en el crimen, que diestros pinceles trazaban con deslumbrantes arreboles.

-¡Y ahora!

-Ahora que siento el amor, veo que estoy imposibilitada de amar. Ahora, que al oír los pasos de Ernesto me estremezco, comprendo que no puedo ser feliz sino le vendo, sino le engaño torpe, y miserablemente es virtuoso por naturaleza; tanto que su corazón está siempre pronto a proteger al desvalido, y a remediar al desgraciado. Es religioso; porque sus palabras tienen un perfume celestial, que engrandece hasta mi naturaleza; esta naturaleza que ha perdido la virtud y la inocencia.

-¿Y vos qué pensáis hacer?

-De buen grado le olvidara, si poder para olvidarte tuviera. Mas pienso unirme a él para siempre, y huir muy lejos, a donde jamás tengamos de nuestra España noticias. Así oculto mi crimen, y soy feliz sin lastimar su honra.

-¡Arriesgada empresa!

-Es verdad; pero en ella debes prestarme tu auxilio, como otras muchas veces me lo has prestado. Yo le oculto a los ojos de las gentes. Ni permito que nadie entre en este nuestro palacio; ni le dego libertad para partirse a Madrid.

-Siempre está triste.

-Llora amores sin esperanza.

-¿Y esos amores?

-Bien poco estorban mi dicha.

Hacia acá viene.

-Déjanos, Juana.

LXVI

-¿Huís de mi presencia, Ernesto?

-¡Yo! Eugenia. En medio de la desesperación que me aflige, y de las dudas que me asaltan, vos sois mi consolación y mi esperanza.

-Pero os encuentro tan demudado siempre. Turbios los ojos, como si estuviesen cansados de llorar, secos los labios, tal vez hartos de quejarse; y pálido el semblante, espejo fiel de las amarguras del alma.

-Ya lo sabéis; todas mis aspiraciones han muerto. Antes ambicionaba gloria. Hoy el laurel que orna las sienes de un héroe o de un poeta, ni me anima, ni me entusiasma, cual si la vida se hubiera apagado en mi marchito corazón.

-Nada habéis padecido, cuando tan pronto dobláis la frente al primer golpe de la fortuna.

-Nada. Mi vida era como ilusión encantadora, mis palabras cánticos, mis ensueños esperanzas, mi historia vacía de dolores, y mi porvenir inmenso como el mar.

-¿Y tan pronto un amor contrariado os hiela la sangre?

-¿Por qué no? Era mi ensueño de poeta, y la idea oculta de mis inspiraciones artísticas. Poned al pintor ante un lienzo, lleno de inspiración. Su mente arde; los más halagüeños, colores se despliegan ante sus fascinados ojos, y las más risueñas armonías resuenan en sus oídos; no ve; sino que, su idea va a tomar forma y a surgir deslumbradora y pura de su mente. Coge el pincel, traza y describe. Cada rasgo es una huella de su genio; cada color un reflejo de su alma. En medio de aquellos arreboles, arrullado por su delirio, nace la hermosura en que adora su espíritu, y la ve surgir como su propio pensamiento, y mecerse en los cielos como la gloria de Dios. Sus cabellos de luz se despliegan en torno de su frente como el primer rayo del sol sobre el mundo; sus ojos nacen como las estrellas que se mecieron por primera vez en la inmensidad, y el rostro de la mujer amada modelado con todos sus encantos, aparece llenando de alegría, y esperanza el alma fatigada del artista. Pero satisfecho su corazón, sus labios van a posarse sobre aquella

frente, borra con el aliento lo que había imaginado el alma; y en vez de su idea queda el lienzo manchado, sin sombras ni colores. ¿Ese dolor no es el más imponderable de los dolores?

-Pero el artista no desmaya, qué nuevas inspiraciones vendrán a su mente, y nuevos objetos regocijarán su alma.

-¿Pues qué, se puede amar más de una vez en el mundo?

-No seáis niño. ¿No hay muchas estrellas en el cielo, y muchas flores en la tierra? Cuando el soplo de Dios apaga un astro, allí mismo nace otro con luz más nueva; cuando una flor pliega sus hojas, sacude sobre el campo su cáliz lleno de semillas, que llevan en sí el germen de nuevas flores.

-El amor es como Dios. Infinito llena los abismos del corazón, omnipotente transforma nuestra naturaleza, inmortal se duerme con el cuerpo en el sepulcro, y renace con el alma en la eternidad; pero único también sólo tiene una esencia.

-Opino de distinto modo. El amor en el alma.

-Pero hay varios objetos que lo despiertan como varias mariposas acuden a bañarse en el aroma de las azucenas. A veces uno de esos objetos, o desaparece, o muere. El amor vuelve a caer solitario en el alma, y creemos que ya se ha disipado. Mas si una nueva mariposa despliega sus alas, y se posa amorosísima, sobre el corazón, le oiréis de nuevo despertarse, latir y adorar.

-No lo quiera Dios.

-¿No deseáis amar?

-No.

-¿Por qué?

-Porque entonces toda mi fe en la eternidad del amor se habrá perdido.

-¡Ingrato!

-¿Qué decís, Eugenia?

-Nada, nada.

-Me parece que lucháis para detener algunas lágrimas. ¿Me compadecéis?

-No os compadezco.

-Y yo me creo tan digno de compasión.

-¡Amáis!

-Pero sin esperanza.

-¿Mas al fin, amáis?

-Jamás me habéis preguntado por el objeto de mi amor.

Edgardo

Eugenia se estremeció.

-¡Se llama María!

-¡Hermoso nombre!

-Para mí es tan dulce.

-¡Qué feliz es María!

-¡Feliz! cuando llora sujeta a la esclavitud más penosa.

-¿Pero la adoráis?

-Sí, la adoro; aunque este amor sea mi desconsuelo y mi desdicha.

-¿Y le sacrificáis todos vuestros pensamientos?

-Todos, Eugenia.

-¿Y le consagráis vuestros versos?

-Si alguna vez suspira mi amor, suspira por María; como si alguna vez creo en la amistad, a vos, Eugenia os debo esa creencia.

-¡Oh! de modo que en vuestro corazón no hay espacio para otro afecto.

-¿Tan ingrato me creéis?

-Sí, para mí lo sois.

-Esta mañana os oía suspirar.

-¿Y qué?

-Suspiré también, Eugenia. También vi a lo lejos en vuestros ojos una lágrima.

-¿Y?

-Lloré

-¡Oh!

-Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

-¿Y qué os parecieron?

-No sé si sentí celos o envidia hacia el desconocido ser a quien iban dirigidos.

-¡Qué feliz soy! exclamó Eugenia, huyendo precipitada.

-¡Me ama! dijo Ernesto, dejando caer sobre el pecho lánguidamente la cabeza.

LXVII

Las palabras de Eugenia eran en realidad una declaración; como las palabras de Ernesto eran tal vez los primeros albores de un amor naciente. El corazón del joven poeta necesitaba vivir del amor, como necesitan del aire las flores, y del sol la luna. Cuando se veía solitario, la vida era una carga pesada para sus débiles hombros, y el porvenir un abismo de dolores abierto como negra cima a sus plantas. No tenía Ernesto una de esas naturalezas, que fácilmente renuncian a las ilusiones y a las esperanzas. Ni había nacido para vivir aislado, ni contaba como momentos de su existencia aquéllos en que el amor o el interés no se desvelaban por su suerte. Inconstante por extremo, iba en pos de lo desconocido como el alma del sabio en pos de los secretos que ignora, o de los astros que vislumbraba. Ansioso de emociones, se dejaba arrastrar por todos los sentimientos, que bajo deslumbradoras formas se mecían ante sus ojos.

Poeta de inspiraciones varias, anhelaba por realizar los ensueños que bullían en su mente, creyendo que las ideas pueden bajar fácilmente al espacio, y al tiempo desde el purísimo cielo de la inteligencia. Ambicioso de gloria, no revelaba muchos de sus pensamientos por creerlos indignos de la corona que para sus sienas tejía en la mente, y rompía sus versos temeroso de que no correspondiesen a sus inspiraciones. Envidiaba toda gloria sancionada por el tiempo, y ponía poco trabajo en adquirirse esa gloria. Quería que el mundo penetrase el pensamiento, y las ideas que el llevaba encerradas en su mente. Nube que dibujaba todos los colores, su corazón se abría a la fe como la rosa al rocío; hablaba de Dios en el lenguaje de los ángeles, y lloraba por el cielo con las lágrimas de Santa Teresa; mientras en otros instantes se creía abandonado de la divinidad, sujeto a eterna

muerte como fantasma vaporoso perdido en el vacío. Era romántico en sus aspiraciones, caritativo para los hombres, defensor de los desgraciados, amante de la humanidad, religioso si le sonreía la dicha; y al revés de todos los corazones en el día del infortunio se negaba a sí mismo los consuelos de Dios. Entonces renegaba de la humanidad, y se reía del arte.

Este hombre singular al lado de María hubiera sido feliz. Dios sin duda creó aquellas dos almas para reconocerse y amarse; Ernesto sin María era un hombre incompleto. Ernesto con María era un ángel. El infortunio había divorciado aquellas dos naturalezas. Tal vez el cielo no lograría verlas reunidas. Eugenia no podía elevar el alma de Ernesto. Sus sentimientos no tenían aquella sencillez; ni aquella fe que embalsamaban el corazón de la hermosísima, de la divina María.

LXVIII

Volvamos a Eugenia. Ruborizada de la confesión que habían dejado escapar sus labios, huía de Ernesto; cuando en una de las alamedas que a su palacio conducían, dio de bruces con Eusebio, retrocediendo espantados.

-Por fin te encuentro; aunque esquivas te hayas ocultado a mi vista.

-¡Caballero!

-No me conoces ya. Débil es tu memoria; pero es más débil tu corazón. Huiste de Madrid; nada más de ti supe; inquirí, hallé, vine a tu palacio, me negaron que en él vivieras, salté la tapia, me oculté en tus bosques, te vi, y latió mi corazón, huías no sé de quien; y te salgo al encuentro para recordarte nuestro pasado de delicias, y ofrecerte un porvenir igual a ese pasado.

-No me insultéis, si es que sois caballero, dijo Eugenia atónita y confusa.

-¡Que no te insulte! cuando te ofrezco aquellos días de amor, de placer que tú arrastrada por veleidoso capricho despreciaste, sin duda olvidando que eras mi único tesoro en el mundo. ¿No recuerdas cuando me mirabas afanosa ofreciéndome tu corazón y tu vida cuando el vino rebosaba en nuestras copas y el amor en nuestros pechos.

-Callad, por Dios; que la vergüenza me sofoca.

-Te avergüenzas de haberme amado; como si al amarme no hubieras seguido la ley constante de la naturaleza. Todos los murmullos que ahora oyes, son los ayes del placer que sus amores arrancan a la naturaleza.

-El crimen, la orgía... murmuraba Eugenia entre dientes como si delirase.

-¡Crimen llamas el haber caído entre mis brazos delirante de amor y de ventura! Aún me acuerdo de la primera noche que te vi en mis brazos; aún siento tu corazón palpar.

LXIX

Eugenia conoció que Eusebio podía servirle para llamar la distraída atención de Ernesto; siguiendo sabiamente la lección que da el gran Moreto en el *Desdén con el Desdén*. La mujer tiene un instinto mágico para el amor. Conoce todos sus secretos de un modo que raya en lo maravilloso. Quizá el hombre lo analice con más exactitud, y lo aprecie con más filosofía, no lo dudo; pero la aplicación de las teorías amorosas pertenece de derecho a la mujer. Ella sabe las palabras que impresionan el corazón de su amante, las situaciones que le embarazan, las ideas que halagan su corazón; y adivina hasta las miradas que han de confundirle de vergüenza, y los monosílabos que han de arrastrarle encadenado a sus plantas. La mujer aprovecha los instantes de amor como las horas de un reinado fugitivo, como reflejos de una corona que la indiferencia del marido ha de arrancar bien pronto de sus sienas.

Eugenia, mujer y sabia, sentía como mujer; y como sabia analizaba sus sentimientos. Así es que al ver a Ernesto comenzó de aquesta manera a hablar con Eusebio.

-Ya veis mi jardín. Todo cuanto hay en él de halagüeño os pertenece como mi amistad. Siento tan sólo que mi ofrecimiento no sea digno de vuestro corazón.

Eusebio se inclinó confundido bajo el peso de aquella extraordinaria amabilidad. Y Ernesto se admiró al ver que las palabras y ofrecimientos de Eugenia, que él en su orgullo creía nacidos del amor que su salvadora le profesaba; eran tan generosamente prodigados a un hombre tan poco simpático para él, como el literatuelo de la corte.

-Te encuentro aquí, Ernesto, y te creía perdido.

-No; por mi desgracia o fortuna no te he perdido.

-Quizá ignores que en Madrid hay algo que te interesa.

Eugenia miró de un modo tan extraño a Eusebio y tan imperioso que el infeliz se vio precisado a sellar sus labios.

-Dificulto mucho que haya nada interesante para mí en Madrid.

Eusebio queriendo doblar la hoja y buscar otra conversación; porque aquella desagradaba a Eugenia dijo con ahuecada voz y aire de importancia.

-¿Sabes que voy a ser diputado?

-Lo celebro. Porque te desvelarás por realizar el bien de la humanidad sobre la tierra.

-No entiendo eso de humanidad, hablando de política. Yo no realizaré más bien que el de mi propia humanidad.

-¿Y para eso os lanzáis a la arena en pos del poder? Cuando la tierra busca nuevos rumbos y anhela por nuevas ideas; vosotros no pensáis más que en la adoración de los sentidos; y no oís el quejido del infeliz que espera redención ni el canto que el porvenir balbucea para celebrar los triunfos del heroísmo.

-No entiendo de heroísmo. No quiero romper más cadenas que las pesadas de la estrechez a que me tiene sujeto la avaricia de nuestro tío; ni resolver más problema que el modo de dar más comodidad a mi flaco cuerpo; proporcionándome un buen coche que me arrastre al Parlamento, para adormirme al arrullo de las prosaicas salmodias que allí se entonan.

-¡Miserable! La patria necesita luz que la alumbré, corazones generosos que le enseñen los derroteros por do la humanidad camina a sus conquistas; necesita la voz elocuente del piloto que grite tierra, abordando en las gloriosas riberas de un hermoso porvenir.

-Yo no estoy por lo porvenir, sino por lo presente. No entiendo ese tu quijotismo político. Nadie me interesa. No conozco a la humanidad; jamás he visto a la patria. No me conocen, y así no me desvelarán mis comitentes; aunque el ministro ha tenido a bien enviar mi retrato allá, con lo cual dice que basta para que me elijan.

Ernesto se exaltaba. Eugenia conocía que aquella disputa iba a tener un desenlace trágico; y apoyándose en el brazo de Eusebio, le rogó que la acompañase a dar un paseo.

Ernesto juzgó imprudente seguirlos; aunque Eugenia le rogó con repetidas instancias que les siguiese. Por fin la joven halló traza de despedir al importuno y de satisfacer su curiosidad respecto a la presencia de Ernesto en su casa. Su amador prometió visitarla. Cuando volvió fue precipitada en busca del poeta. Estaba de mal humor, aunque Eugenia se mostraba con él muy solícita. Esto a no dudarlo era un buen agüero. Ernesto había atendido a las distinciones con que Eugenia honraba a su primo. Sólo el amor, decía la joven para mientes en semejantes nimiedades. Al día siguiente Ernesto volvió a entablar instancia para volver a Madrid, instancia que Eugenia desechó; valiéndose del inefable fallo de un gran ataque de nervios; recurso infalible con que cuentan las mujeres para alcanzar sus triunfos.

LXX

María trabajaba sin descanso. Ni el dolor, ni el trabajo habían logrado eclipsar su hermosura. Sostenida por el deseo de ser útil a su padre, sentía purísimo goce en las mismas privaciones que la afligían. Ayudada de Isabel ganaba para una taza de leche, con que regalar a su padre todas las mañanas, y un cocido con que alimentarse; del cual

apartaba todos los días la carne para que les sirviese de cena. Había encontrado trabajo en casa de Madame Soleille; célebre modista de la corte. Isabel iba y volvía al mostrador de la modista; cuidaba del cocido y de la casa y después ayudaba en sus labores a María.

Su boardilla estaba siempre tan limpia y rociada que no se sentía el calor, ni se respiraba el aire pesado y mefítico que suele envolver a esos altos y tristes asilos del infortunio. Había logrado enredar unas capuchinas por las rejas del triste tragaluz, por do penetra en las boardillas un rayo del sol; y con sus ahorros había comprado un jilguero que la extasiaba con sus gorjeos y la divertía incesantemente, piando como si conociese los pesares que devoraban a su dulce dueño. Iba siempre vestida de blanco, y ornaba su blanca garganta un lazo azul. Frente a la silla do solía sentarse, tenía una imagen de la Virgen y a sus pies un ramo de rosas secas. Siempre que fijaba sus ojos en la Virgen latía su corazón, y siempre que los posaba en aquel ramo vertía algunas lágrimas. En medio de sus privaciones enseñaba a leer a la hija de una vecina, y a rezar a un pequeñuelo; que a veces se postraba de rodillas, cruzando sus manecitas; creído de que María era la Virgen que en la Iglesia le había mostrado muchas veces su madre.

LXXI

María, después de sus faenas, se daba algunos momentos a la lectura. Un cajista, su vecino, recogía todos los días periódicos para distraer la tristeza de la hermosa costurera. Entre ellos llevó uno de literatura cuyos versos y artículos ojeaba la joven con placentera avidez. Después de pasear su mirada indiferente por las modas y costumbres, posáronse sus ojos en una firma. Era el nombre y el apellido de Ernesto impreso al pie de un artículo que se titulaba: *Desengaños*.

María lloró y se puso pálida. ¡Cuántas venturas le recordaba aquel nombre! ¡Cuántas memorias iban envueltas en aquellas dos palabras! Inútil es decir que devoró el escrito. Nosotros copiaremos aquí los párrafos que más impresión le hicieran.

LXXII

«¿Que es el hombre para cantar a Dios? Un poco de polvo que arrebató el viento. Nuestro orgullo nos ha lecho poetas, cuando la poesía no es más que una halagüeña mentira. Nuestra imaginación se ha creído destinada a realizar sobre la tierra el arte; cuando el arte es una blasfemia. Hemos creído que amamos y somos incapaces de amar; porque el mundo es el infierno y en el infierno arde tan sólo la horrible hoguera del odio. Esta tierra amasada con las lágrimas de todas las generaciones; perdida en el vacío, va rodando de abismo en abismo hasta que la guadaña del tiempo la sepulta en la nada. Los partidarios de la poesía y del arte me dirán: ¿Pues no ves extenderse por do quier las sombras de la poesía divina? El sol que nace en su cuna, de Oriente, derramando destellos de vida sobre la tierra ornada de rocío; las aves que repiten las armonías de la naturaleza en dulces

trinos a orillas del arroyo, en que dan lustre a sus plumas; los suspiros del aura en la floresta, y los bramidos del huracán en el bosque; el mar orlándose de espumas, retratando los cielos, recogiendo las lágrimas de luz de la luna; ¿tantas maravillas no te dicen que las emanaciones del poder de Dios son eternas, y que la poesía es un soplo divino?

»No. ¿Qué importa la luz del sol, cuando el alma vaga en las tinieblas? ¿Qué significan tantos suspiros amorosos, si mi corazón está muerto? ¿Qué valen esas oraciones infinitas de la naturaleza, que el viento lleva en sus alas hasta los pies del Criador, si mis labios secos no pueden modular una plegaría?

»Fe ¿En qué he de tener fe? En la corrompida humanidad, que cambia tiranos por tiranos, leyes por leyes, puñales por puñales; y que gime siempre en una lóbrega cárcel, en el arte que nos engaña, en la filosofía que nubla nuestra inteligencia, en mi alma que ni valor tiene para buscar al través de las tinieblas de la muerte otro mundo, otra existencia? ¿Fe? Pedídsela a los que son felices, a los que ven sonreír días serenos en el horizonte del tiempo, a los que bañándose en el rocío de lo infinito sienten el aliento de Dios, llenando de amor su tranquilo corazón.

»En otro tiempo sentía yo la fe, el amor; y creía en el arte, en esa vida sublime de Shakespeare y Cervantes. Mi alma subía con el incienso al cielo; la luz que ardía ante el altar disipaba las tinieblas de mi duda; la campana de la oración era mi solitaria amiga; y mi corazón como el mar reflejaba todo lo que hay de divino en la naturaleza. Entonces veía yo pasar a Dios en la nube de la tarde o en la ráfaga de viento, que cruza sobre los abismos del Océano. Entonces la fe era mi madre. Desde lo alto de una montaña veía los torrentes abreviar a la tierra, las palmeras sosteniendo los cielos, el mirto deshojando sus blancas flores sobre el césped, al águila bebiendo su vida en la copa del sol, el mar perdiéndose en brazos del horizonte, las nubes barridas por el huracán, las estrellas contando los pasos que da el tiempo sobre esta tumba que se llama espacio; y perdido en tantas armonías mi alma bebía el néctar de la divinidad en las fuentes de vida; donde bebe su ser naturaleza. Hoy mi fe es mi desesperación. ¿Sin creencia qué hacer? ¡Oh! exclamó María; sollozando... ¡Si pudiera convertirte a la fe que has perdido; y al cielo que has abandonado!

LXXIII

Madame de Soleille es la modista que da trabajo a María. Esta señora ni es francesa, ni aun conoce el idioma de la Francia. Fundó un taller; y sabedora de que un apellido español no atrae parroquianos; antes bien los aleja, se bautizó a la francesa, para alcanzar honra y provecho. Así no hay dije que en su almacén no se venda, ni moda que allí no se invente, ni capota que allí no se adorne; tanto que nuestras damas consideran como crimen de lesa moda no proveerse de sus almacenes, no vestirse al gusto de sus caprichos. Cuando le vienen de Francia por un error del cálculo o por una torpeza de sus corresponsales muchos vestidos verdes, y muchas capotas rosas publica a son de

trompeta que lo verde es el dernier dogma de la elegancia en lo que atañe a trajes; y el color rosa la suprema ley del imperio en cuanto a capotas; y he ahí a nuestras niñas convertidas en papagayos; y nuestro clásico prado en un bosque de América. Eugenia se proveía de sus almacenes, porque aunque aislada y sola no había perdido el gusto, ni la elegancia. Pero como no quería ir a Madrid, su complaciente modista le enviaba una oficiala, para que le enseñase muestras de telas, figurines, y le cosiese algún que otro traje, si tal era el gusto de la señorita. Eugenia dio orden a la Madame de que inmediatamente le enviase una costurera de su taller, y madame pensó en María, por tener tan buena tijera, tanta finura, y por ser casada. María aceptó; despidiéndose de su padre, y encomendando a Isabel el cuidado del buen don Pedro. Esta embajada era muy apetecida, porque rendía algunos productos. María la aceptó por aliviar en cuanto pudiese de la miseria a su padre.

LXXIV

Al pie de un sauce hablaban en su campanudo lenguaje Ernesto, y su cara amiga. Sus relaciones se habían estrechado con el tiempo, que todo lo mata, y todo lo vivifica. Ernesto desahogó en versos, en artículos literarios, en plegarias su desesperación, que vino a convertirse por último en humaradas de poesía. María era para él como el tipo del arte, que flotando sobre el mundo, no llega nunca a encerrarse en las formas, sino como un reflejo, y jamás tiene vida, sino como un destello. María era el ensueño de la niñez, que al entrar en la adolescencia se había disipado al soplo de la fatalidad, dejando dolor en el corazón y nubes en la inteligencia. Si quería llorar pensaba en ella y lloraba; si quería cantar invocaba su recuerdo, y cantaba. Su sonrisa lo adormecía como la imagen de la Virgen adorme al niño en su cuna de azucenas; sus palabras sonaban en sus oídos como las plegarias del alma perfumada con los aromas de la inocencia. Pero esta misma poesía, en que vagaba aquella su primer pasión, la había quitado toda la realidad de la vida. Por otra parte, ¿cómo resistirá los halagos de Eugenia en la edad del amor? Aquella mujer tan hermosa le había salvado de la muerte, por consecuencia la gratitud le empeñaba a rendirle su corazón. El amor necesita también de algunos pretextos para nacer en el alma. Ernesto adorando siempre sus recuerdos, no dejaba de pensar en Eugenia, pensamiento que él llamaba ofrenda de amistad. Separa una línea tan imperceptible a la amistad del amor, cuando entre personas de distinto sexo se establece, que no hay amigo que andando el tiempo no se convierta en amante, ni amante que no descienda a ser un mero amigo. Esta humana naturaleza es contradictoria, y misteriosa. Aún no la conocemos. El hombre ha contado los astros, ha sorprendido en su cuna los secretos de la naturaleza, ha encadenado al tiempo, ha vencido a los mares, y sin embargo no se conoce a sí propio, después de tantos siglos, que se está estudiando con un afán infinito.

LXXV

Cuando Ernesto y su amiga estaban más embebidos en su conversación fueron interrumpidos por un ayuda de cámara que anunció a la señorita la llegada de la costurera, que había mandado venir de la corte. No estará demás decir por vía de paréntesis que Eugenia pensaba ya en sus galas nupciales. Apenas tan fausta nueva llegó a sus oídos precipitose seguida de Ernesto a su palacio. Pero el joven la abandonó en la escalera entrándose a su habitación.

Eugenia adoradora de lo bello, por lo que tenía de artista, se quedó embelesada, mirando a María.

Y en efecto, su cabello semejante a impalpables rayos de luz, sus ojos azules resplandecientes de inocencia, y de candor, sus mejillas trasparentes y sonrosadas, la resignación pintada en su rostro, la virtud en su mirar, y la inteligencia en su frente, la modestia que en ella resplandecía, su flexible talle, la gracia de sus modales, y la melancolía de su sonrisa la daban visos de un ser superior a los seres, que aquí en la tierra se arrastran.

-No os incomodéis, dijo Eugenia, al ver que María se levantaba para saludarla.

-Señorita. Soy la costurera, que Madame de Soleille os envía para que os tome medidas, y os enseñe muestras.

-Lo sé; y siento decirlo que tendréis que permanecer algunos días en mi casa.

-Aunque tengo a mi padre en Madrid celebro infinito esta ocasión de servirlos.

-Aquí encontrará V. franca hospitalidad.

-¡Señorita!

-¿Estará V. cansada? Siéntese y descanse.

-Si me dierais alguna labor.

-No se apesure V. hija mía. Tiempo hay, y yo no me propongo atosigarla.

-Si, pero quisiera concluir mis trabajos con la mayor brevedad posible, porque mi padre no puede vivir sin mí, ni yo sin mi padre.

-Sois muy buena hija.

-El amor filial, dijo María, es la única pasión que no tiene espinas.

-Desgraciada es en verdad, la que no ha conocido una madre que la dirija, y un padre que la proteja.

-Mi madre murió, señorita.

-Y yo soy huérfana.

-¿No es cierto que nada puede compararse en el mundo a los sacrificios que por sus hijos hacen los padres?

-Nada. Si la muerte no me hubiera arrebatado a mi madre... y Eugenia estaba profundamente conmovida, como si el arrepentimiento y el dolor le hubiesen dictado la exclamación que acababan de proferir sus labios.

Después de unos cortos instantes añadió.

-Me interesáis. Soy franca. No puedo ocultar ninguno de los sentimientos de mi corazón, me interesáis como una amiga.

-¡Señorita!

-No me llame V. señorita. Llámeme más bien su amiga. Yo deseo consolar a los desgraciados, y conozco que la necesidad habrá forzado a V. sin duda a descender de su clase, aunque en el mundo solo debiera apreciarse la virtud y el talento.

-Yo me considero sola en la tierra. En nada estimo el aprecio de las gentes. Mi mundo es mi padre, mi único deseo es hacerme digna de ser su hija.

-¡Oh! Sois feliz, porque la virtud es la suprema felicidad en la tierra.

-¡Feliz, virtuosa! Nadie puede llegar hasta la conciencia, ni sorprender los secretos del corazón.

-No seáis modesta. En esa frente tan pura sólo se vislumbra el reflejo de un alma inocente. En esas palabras se oye el místico acento de la virtud.

-No quiero disuadiros, porque yo tengo para mí que siempre debemos evitar desengaños, para que el alma no dude de Dios, y el corazón no se desposea de su amor.

-Sois muy buena. Hace tiempo que voy buscando una amiga. Si vierais cómo necesito de la amistad. El corazón dolorido no tiene una voz que lo consuele, y los ojos cansados de llorar no encuentran un pecho amigo que recoja sus lágrimas.

-Luego sois infeliz.

-También, hija mía, también.

-Yo me juzgo la mujer más desgraciada del mundo. María lloraba.

-No lo creáis. El infortunio es un lazo más.

¿Cómo os llamáis?

-María.

Al oír aquel nombre levantó Eugenia la cabeza con orgullo, y fijó en María con ansiedad su altivo mirar. Entonces se deslumbró con la ideal hermosura de la virtuosa joven, y se quedó avergonzada, enterrando en el fondo de su corazón una idea de celos, y venganza, que había cruzado por su mente.

-¡Qué loca soy! dijo para sí. Un nombre tan común levanta tormentas en mi desvariada imaginación.

-Vamos, señorita. Dadme trabajo.

Eugenia hizo entrar a María en un antiguo gabinete. Y se quedó meditando, y pronunciando en voz baja algunas palabras.

-Ernesto dijo, la ha retratado en una de sus novelas. Veamos si esa hermosísima joven corresponde al retrato.

¡Soy tan celosa!

Tomó un libro en manuscrito que había sobre una mesa, y leyó lo siguiente, mirando a María, que sentada al pie de una ventana enramada de flores se entretenía en acariciar sus canarios, sin abandonar las labores; que había comenzado.

LXXVI

«María es su nombre. Su hermosura es celestial. Ni las vírgenes de Murillo tienen unos ojos más místicos, ni las madonas de Italia una frente mas cándida. ¿Habéis visto la azucena, entreabriendo su cáliz? pues no es más pura que la mujer que perdí ¿Habéis imaginado alguna vez la gloria con sus armonías increadas, con sus ángeles desplegando sus alas de luz, con sus tronos de estrellas hollados por vírgenes de una hermosura perfecta? Pues allí no hay resplandores tan puros como su mirar, ni cánticos tan dulces como sus palabras.

»Es María la realización de la belleza en el mundo. Es angelical como Beatrice, artista como Corina, hermosa como Margarita, pura y santísima cual la Justina de Calderón, mártir y amante como la Cimodocea de Chateaubriand, es compendio de todas las perfecciones.

»Si habla, canta; si llora, brotan flores de sus lágrimas; los cielos la envidian, si se sonríe, y los astros se deslumbran, cuando agita su rubia cabellera.

-También esta María es rubia.

»Poetas; si queréis cantar, miradla, porque la inspiración brota de su frente. Pintores; si queréis retratar los ángeles del cielo, contempladla, porque es tan ideal como los ensueños de Rafael.

»Y vosotros, cantores, si anheláis por regalar la tierra con las armonías del cielo, oíd los acentos de su voz, que son como el concierto de los astros en la inmensidad del espacio.»

-Todo esto es una hipérbole africana, dijo Eugenia, hija de su descarriada imaginación, y de su mal gusto.

Veamos el retrato.

¿Queréis verla? Su cabello es ensortijado y sedoso, al par y rubio...

-Efectivamente.

«Despejada su frente, y pura como su alma. Sus ojos azules sombreados por sus doradas pestañas son como el cielo en una noche de luna.

-Sí, sí... decía Eugenia, mirando alternativamente al libro, al papel.

«Es su cara ovalada, y pálida, aunque el ligero arrebol de un sonrosado indefinible da a sus facciones ideales gracias.

»En fin, lector, no puedo ponderártela. Va siempre vestida de blanco como las azucenas en el campo, y lleva siempre una cinta azul como las estrellas en el cielo.»

-¡Oh! es la misma, exclamó Eugenia, avanzando, hacia el gabinete; pero un impulso del corazón la detuvo, y entonces desprendiéndose de sus aprensiones, dijo:

-Soy muy loca ¿Han de darme celos hasta los empeños de un acaso? Esa coincidencia es una mera casualidad.

LXXVII

Abandonó Eugenia la habitación, encargando antes no dejasen penetrar a Ernesto en el gabinete donde se hallaba la hermosa costurera. Esta resolución soberana fue dictada por recelo y temor. Eugenia, al ver a María, se había admirado de su hermosura; Ernesto podía hacer algo más que admirarse, y todo corazón amante es precavido y temeroso

cuando no está muy seguro de sus triunfos, ni duerme muy sosegado a la sombra de sus laureles. Por otra parte lo rubio de su cabello, lo pálido de su rostro, la color de sus ojos, lo blanco de su traje, y la celeste cinta ceñida a su garganta correspondían perfectamente a la descripción que Ernesto en sus novelas había hecho de María, y Eugenia celosa hasta del cielo que le robaba las miradas de su amado, temía mucho los caprichosos empeños del acaso. Además de esto no creía en el amor de Ernesto. Le oía suspirar siempre por sus pasados amores, y cantar aquellos días de completa felicidad. Pero, interesándole en su amistad, mostrándose por él apasionada, había logrado ablandar aquel su corazón de artista, sujeto a las últimas emociones que el soplo del tiempo y de los acontecimientos esparce sobre el vario mar de nuestra vida.

LXXVIII

Eugenia salió a dar un paseo sola por las alamedas, que a orillas del Tajo se extienden, y encontró a Eusebio que sin duda iba a tributarle de nuevo las ardientes protestas de sus amores.

-Hola, mi buen amigo.

-¡Oh! mi Eugenia, te encuentro antes de lo que imaginaba mi deseo, y te veo más hermosa aún de lo que te pintaba mi enamorada fantasía, y mi fiel Memoria.

-Eres un verdadero don Juan Tenorio. Pasas tu vida rindiendo amorosas fortalezas, y según te he oído decir, no hay dama que a tu vista no se trastorne; ni corazón que no te adore.

-Pero esa fortuna tiene también sus sinsabores, para que se vea que en el mundo no hay nunca una verdadera felicidad. Tengo mi conciencia recargada de remordimientos, porque he sido causa inocente de muchos suicidios.

-Y con ese corazón tan inmenso, donde pueden flotar a la vez tantas estrellas, ¿te has atrevido a dirigirme amorosas quejas, y a desairar enamoradas beldades?

-Yo te diré; como literato, soy miope, y como poeta soy desmemoriado; y muchas veces olvidándome de montar los lentes en mis narices, no puedo alcanzar a comprender el lenguaje de los ojos, que es el único concedido a tu desgraciado sexo. Las desapercibidas, se juzgan desamadas, y este juicio las arrastra a veces a una catástrofe.

-Seguro. Tus gracias personales, tu sabia conversación; tus famosas obras literarias, tu renombre de disipado, todo contribuye a hacerte digno del amor que el bello sexo te profesa.

-Me adulas.

-Y si contemplamos a la aureola de poder, que orna tus sienes, no podremos menos de confesar que con el tiempo has de ser como el ídolo de las damas el Dios de los pueblos.

-Es verdad, Eugenia, verdad. Soy un grande hombre. Soy diputado. Ya afilo mi lengua para dar tajos y mandobles, ya limpio mis lentes para contemplar las damas de la tribuna; verdaderas Amazonas prontas a lanzarse a la pelea después de un discurso, donde rebose el amor a la patria y a la libertad, amor indispensable, si queremos llegar a la cumbre de la fortuna.

-¿Y será graciosa tu acta?

-No es muy limpia. A los electores que me oponían resistencia, mandé simultáneamente que les tapiasen las puertas en el silencio de la noche, cuya operación les imposibilitó de hacerme la guerra; y como quien calla otorga, dije que su silencio era mi amigo. Corté puentes como Napoleón, con cuatro hombres armados hice correr a semejanza de Pizarro a diez indios bravos, que iban dispuestos a oponerme resistencia; quemé barcas como Hernán Cortés, no para cortar la retirada a mis amigos, sino para impedir el avance de mis contrarios; amenacé como Atila: di destinos con prodigalidad como Commodo, y festines como Nerón; hablé en el lenguaje de O'Connell las masas; y prometí desde el Sinaí de una tribuna a mis comitentes la tierra de Promisión.

-Y todo eso constará...

-No, el alcalde no sabía leer, ni el secretario escribir. El un vocal era ciego y no veía lo que pasaba; el otro mudo, y nada comprendía de aquella farsa. Los burlados hicieron protestas que antes cayeron en mis manos que en la valija del correo; y el acta ha venido pura, limpia, sin mancha de pecado original, y ha sido aprobada unánimemente por el Congreso.

-Eres feliz...

-Sólo me falta una palabra de tus labios para completar mi dicha. Los guerreros de la edad media después de clavar la cruz en las almenas de las moriscas ciudades, reclinaban su cabeza ornada de laureles en el regazo de una hermosa, a cuyos pies rendían su gloria para recibir el premio de un amor infinito.

-Tus triunfos son demasiado altos para aspirar a tan mezquina recompensa.

-Eugenia, es más difícil vencer a un elector que herir a un moro. Es más costoso ganar una elección que rendir una fortaleza. Y si el premio ha de ser proporcionado a los trabajos, no sudó Pulgar gotas de sangre más negras en Granada, ni Pizarro pasó noches más espantosas en el Perú, ni Napoleón tiritó más horriblemente a orillas del Berecina como sudé y padecí, y tirité en las amargas noches y días de mi elección. Ya es una papeleta que hay que romper; ya un traidor que ha mentado maquiavélicamente, ya el secretario se olvida de su papel y por leer lo que no está escrito comete la barbaridad de leer lo que está escrito; ya se han embriagado unos cuantos, y en la embriaguez revelan

planes imprudentes y se enarbolan los palos, y estás a pique de perder la cabeza, y tienes que visitar casa por casa a todos los magnánimos electores, para oír las sandeces de los unos, las impertinencias de los otros, y los memoriales de todos. En fin, Eugenia, mírame, soy un héroe; luché y vencí, y las heridas quedan grabadas indeleblemente en el fondo de mi desahuciada bolsa, y mi dinero, sangre de mi corazón, se ha derramado profusamente en el campo de batalla. Compénsame mis fatigas con tu amor; y borra con tu aliento de mi frente la huella de tantos triunfos.

-Eusebio...

-¡Oh felicidad! exclamó fuera de sí el diputado.

-Si en el cielo desaparece una estrella, ¿le quitará algún esplendor?

-Ninguno.

-Si recoger del mar en una concha un sorbo de agua ¿perderá el mar mucho de sus caudales?

-Nada.

-Si en un bosque de América, arrancas una hoja, ¿quedará desnudo por eso de su verdor y de sus galas?

-No.

-Pues mi amor es estrella, perla, y hoja en el cielo de tus amores, en el mar de tus recuerdos, y en el bosque de tus ilusiones.

-He ahí una calabaza calderoniana. Lástima grande que la hayas adornado con la mágica cadencia del metro.

¿Con que no hay medio?

-Ninguno.

-¿Y si el corazón se arrebatara, y arde en deseos de venganza?

-Se consumirá esa llama.

-¿Y si a ese aventurero que me roba tu amor le mato?

-Es demasiado débil tu valor para arrastrarse a sus pies.

-¿Y si le descubro tu pasada vida, y le revelo tus deshonorosos secretos, y los favores que me has prodigado?

-Te llamaré calumniador, retándote a un duelo, donde tu cobardía te hará perder la vida.

-¡Oh mujeres, mujeres!

-¿No te aman tanto? Mal les pagas sus amores.

En esto se asomó a una ventana la rubia cabeza de María.

-Hola, exclamó Eusebio. Esa es la amada de tu amado.

Eugenia dio un grito de horror, y Eusebio, mirándole con altivo desprecio murmuró:

-¡Venganza!

Y partiose.

LXXIX

Eugenia encontró a Ernesto en sus jardines al tornar a su palacio después de haber despedido al diputado.

-¿Estás entregado a tus meditaciones? (Note el lector que ya se tuteaban.)

-Pensaba, Eugenia mía, que abandoné las playas de mi patria por buscar gloria, y que aislado en este paraíso, y detenido por tus amores, me he olvidado de mis intentos.

-Pronto la hallarás. Inspírate en esta colosal naturaleza, da tu voz al viento, que tiempo habrá para que tus cantares pasen de generación en generación hasta el último límite del tiempo. ¿No vamos ahora a ser felices?

-Sí, muy felices. ¿Pero no te parece un crimen olvidar a mi María?

-No me amas, Ernesto.

-Sí, sí, con todo el sentimiento de mi corazón, de este corazón cerrado a la esperanza, a la felicidad.

-¿Nuestro enlace no borraré de tu imaginación esas penas?

-No, porque este dolor debe ser eterno. Te amo, Eugenia, y si mañana huyeras de mí para siempre, lloraría inconsolable tu pérdida; te amo, y tu amor no puede borrar mis recuerdos ni apagar mis dolores.

-Y si mañana la suerte tornase a presentarte a María, maldecirás tal vez el instante en que me conociste y la hora fatal en que me amaste.

-María es de otro ser, y un abismo insondable la separa de mi corazón.

-Pues si es así, ¿por qué afligirme, cuando llega el momento de nuestra eterna unión?

-No te aflijas. Déjame. Ya conoces los desvaríos de mi corazón, y los delirios de mi entendimiento. Y sabes también que muerta en mi pecho toda esperanza que pudiera avivar el amor que por María sentí, soy todo tuyo, porque mi porvenir te pertenece.

-Pero siempre impresa en tu rostro esa tristeza desesperante. Tus labios se contraen para ahogar suspiros, y tus ojos pugnan por contener lágrimas. Yo, que te amo tanto, que perdería por tu adoración mi vida, yo no merezco ni una lágrima, ni un suspiro, en premio de esta pasión tan inmensa como pura.

-Fatal fue mi destino; nací para llorar y para hacer llorar. ¿Por qué me amaste, Eugenia, si sabías que mi maldita naturaleza ha sido forjada para la desgracia?

-¡Ay!

-No llores. Seremos felices, en cuanto cabe serlo, aquí en la tierra. Todo pasa, todo se desvanece como la niebla que ayer envolvía a los bosques. Un tiempo fue en que sentía yo ardor por la ciencia, buscaba los secretos de la naturaleza en ese libro escrito con caracteres de fuego por la mano del Eterno. Entonces también la fe ardía en mi corazón. Iba en pos de lo bello y creía con fe en la emancipación de los hombres, y en el reinado de Dios sobre la tierra.

-¿Y el tiempo ha borrado todas esas creencias?

-Todos mis ensueños se han desvanecido. ¿Quién sabe si se disiparán también todos mis dolores?

-Dios lo quiera. Los jóvenes deben pensar en lo porvenir. Después que Dios haya bendecido al pie de los altares nuestros amores, iremos como peregrinos a visitar los templos de las artes. Tu verás cómo Dante renace entre las esculturas de Florencia, y bajo aquel cielo oirás suspirar a Beatrice, y llorar a Miguel Ángel. Buscaremos la antigua Roma, y contemplarás a la vencedora de la eternidad roída por el gusano del tiempo, y sepultada bajo el peso de sus ramas. Oraremos en San Pedro, y nuestra oración tomará el vuelo a lo infinito, porque aquella inmensa cúpula, es la cadena con que el genio de Italia lo ha unido el cielo y la tierra en un amor eterno o inefable. Y tal vez en medio de aquel mundo de las artes, mecido por las auras que hicieron vibrar la lira de Virgilio, sentado sobre las ruinas del mundo antiguo, y al pie de la curia del mundo moderno la inspiración te oiga y ciña a tus sienes una corona imperecedera de laureles.

-Y que veré, si llevo en mi pecho la desesperación y en mi inteligencia la duda. Florencia me recordará la ingratitud de los hombres, y el martirio del genio, Roma la heroicidad sepultada para siempre en el polvo que levanta la huella de los siglos; San Pedro la fe abandonada, e Italia la hermosa Itálica, esa esclava coronada de flores, nada dirá a este corazón desgarrado.

-Ernesto, Ernesto no me amas.

-Que no te amo. Tú eres la única luz que brilla en esta vida tenebrosa. Tu aliento refrescará mis sienas.

-Ernesto. ¿Seremos felices?

-Sí, sí.

-Abandona ese dolor.

-Lo mitiga tu presencia. Ámame. Ámame.

Por mas que Ernesto intentaba levantar remordimientos en su conciencia, el dolor que por su antigua amante sentía era un dolor poético, un dolor artístico como el amor, que a Eugenia profesaba era un amor lleno de vida, aunque parecía nacer a despecho de su misma voluntad.

Los poetas rara vez dicen bien lo que bien sienten. Esta consideración podrá ser muy vulgar, pero es muy cierta. Además, los poetas rara vez sienten lo que cantan, y pocas veces cantan lo que sienten. Yo no quiero conocer ni a Zorrilla ni a Lamartine. Si me los mostraran, cerraría los ojos, y si los oyera pondría un candado a mis oídos.

El gran poeta de la Francia, el que ha llenado el mundo con sus armonías, y nos ha subido a los cielos en alas de sus meditaciones, el cantor del siglo que ha dorado con su luz el sol, y ha vertido a torrentes la poesía sobre el corazón de los desgraciados pueblos que le escuchan, tiene... gota.

LXXX

Que bien dijo el que dijo.

Son celos una pasión,
que al más cuerdo desatinan...

Eugenia ya se había cansado de las jeremiadas de Ernesto, y creo que al infatigable lector le sucederá lo mismo. María era su rival. Aquel amor poético de Ernesto iba a ser atizado por la realidad. Delante de su María, Ernesto daría al olvido ciertamente todo su afecto

por Eugenia. Enviar a Madrid a María, le parecía arriesgado a Eugenia, y temía que cualquier día se encontrasen ambos amantes. Sus celos no la dejaban sosegar, y así no durmió en toda la noche. Registró en sus mientes todas las novelas que había leído para que la diesen medios de abordar aquel apuro. Concibió un plan descabellado, y lo puso en práctica. Paciencia y barajar, como dijo don Quijote, que pronto verás lector, lo provechoso que es aplicar las novelas a la vida.

Soy algo desmemoriado, y se me olvidaba decirte que el matrimonio de Ernesto y su amada iba muy adelantado. Ya se habían tomado los dichos, y ya se había enviado a Toledo por un modo breve de verificar el casamiento; Eugenia no dudó un momento en dar a Ernesto su mano empañada con la deshonra. Y al fin, ¿qué es el honor? Un fantasma que yace enterrado en los fosos y castillos de la edad media.

LXXXI

Amanecía la mañana con sus esplendentes galas y sus armoniosos rumores. La faz del alba doraba el horizonte con esplendorosos matices, y suaves auras agitaban las sonrosadas alas de la aurora. Las flores abrían sus cálices, en cuyo fondo naturaleza había vertido algunas lágrimas de purísimo rocío, y los árboles mecían sus hojas, arrullando los nidos de las parleras aves que saludaban con sus armoniosas canciones al Dios de la vida y de la luz. Algunas estrellas esparcidas en el campo de los cielos plegaban sus alas, y se dormían gozosas en el regazo de la eternidad. Los montes lucían aureolas de luz, engalanándose con los primeros albores de la mañana, y las sombras huían despavoridas como fatídicos sueños de la tierra.

Don Braulio

Eugenia contempla aquel cuadro y su imaginación no encuentra una oración que unir a las oraciones de la naturaleza. María en su blanco traje, destrenzado el cabello, fijos los ojos en el cielo, y cruzadas las manos sobre el pecho busca a Dios en los arreboles del alba. Perdida en sus oraciones no oye a su rival que vestida también de blanco penetra en la estancia con los labios contraídos y desencajado el semblante.

-¡María! dice.

-¡Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama.

-Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado parece hebras de oro, tus ojos son de color de cielo.

María se ruborizó, y queriendo disculpar su hermosura la aumentó con su rubor.

-¿No has amado nunca?

-Amo aunque sin esperanza. ¿Mas que importa? La vida es breve y Dios tiene en el cielo coronas para el verdadero amor.

-¿Con que no han muerto tus ilusiones?

-Mis ilusiones ni morirán nunca. No veo a mi amado, pero vive en mi corazón. No oigo su voz, pero sus palabras son las armonías con que se duerme en la esperanza mi alma. Tal vez en este mundo no le encuentre, Dios querrá que nos amemos en su presencia.

-¿Es hermoso?

-Negros sus ojos, rizado su cabello, alta su frente, y noble y generosa su alma.

-Y...

-¿Con Dios puedo tan sólo comparar mi amor?

¿Y él te ha abandonado?

No, yo le abandoné por remediar una desgracia.

-¿Y esperas?

-En el mundo nada; pero sí en el cielo.

-Infeliz. Debe ser muy triste padecer de un amor desnudo de esperanza.

-Para los que creen que el mundo está subordinado a su voluntad es un horrible martirio. Para las almas que han aprendido a llorar desde la cuna, es una lágrima más tributada al dolor.

-¿Y desearías verle?

-Hace días no lo deseaba, por no exaltar pasiones adormecidas ya por la desesperación. Hoy deseo lo que ayer no deseaba.

-Esa incertidumbre es propia de tus años.

-Hay una razón poderosísima que no debo ocultar, y que me obliga a desear una entrevista. Mi amado era muy cristiano. A orillas del mar lo enseñé a pronunciar el nombre de Dios. En una noche estrellada le mostré los ángeles que nos guarecen bajo sus alas. Cuando se ponía el sol, al compás de la campana de la oración entonábamos el Ave

María acompañados del último gorjeo del ruiseñor, y de los primeros murmullos de la noche. Las flores de nuestros jardines eran para adornar la peana de María. A la luz de la luna íbamos al santuario, y nuestros amores nos dictaban oraciones llenas de esos deseos de eterna felicidad, que siente el alma cuando el mundo es mezquino para encerrar su amor. En su isla había levantado una cruz que aparecía todas las mañanas ornada de flores cogidas por sus manos, y esmaltadas de rocío. Nuestra vida era como la vida de los serafines, toda amor, toda oraciones. Pero después que le perdí sé que ha perdido la fe. Y quisiera hablarle de Dios, mostrarle en mis manos el cielo para que jamás la duda se apoderase de su alma.

Eugenia, aunque bastante conmovida, peleaba consigo misma por ahogar su conmoción. Sin mirar a María, temerosa de que tanta virtud tuviese poder para desbaratar sus intentos, alzó una cortina y se perdió en largos corredores, diciendo:

-María, sígueme.

Inútil es decir que María la obedeció.

¿Por qué en el mundo las altas pasiones han de ser siempre blanco de la desgracia? Amar para llorar, ése es el destino de los corazones privilegiados. En vano sueña el alma con el amor, en vano divinas visiones esmaltan el camino de la vida, que amor es muerte, cuando los labios secos buscan afanosos su rocío, y las ilusiones son como el aire vanas cuando queremos prenderlas en el lazo de la realidad. Corremos en pos de fantasmas, lloramos por mentiras, y padecemos dolores que no existen. ¿Cuándo nos incorporamos sobre nuestro sepulcro para aspirar las auras de los cielos? ¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?